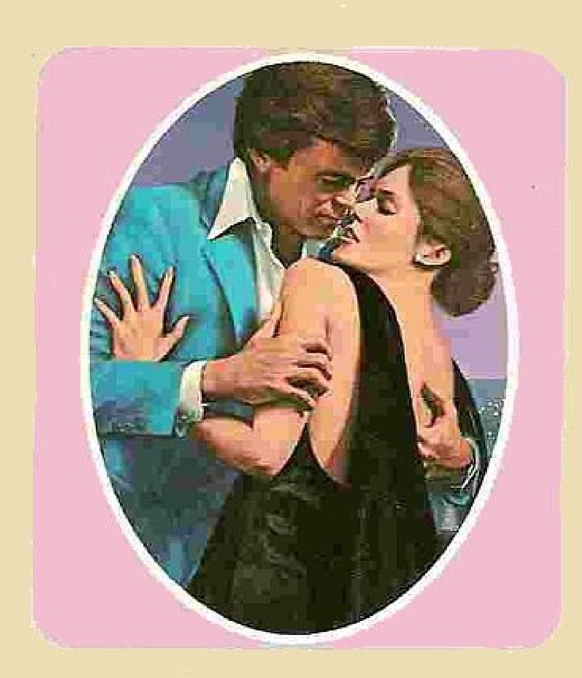


Demasiado tiempo



Jayne Castle

Desde el primer momento en que se enfrentaron sus voluntades en la mesa de negociaciones, se convirtió en un duelo por el predominio. Slade ha trasladado ese desafio de la mesa de negociaciones al dormitorio, y allí esta decidido a ganar y conquistarla. Pero ella se ha jurado que nunca trabajaría para él y por descontado no exponerse a su arrolladora personalidad. Pero sus besos la convertían en fuego. Un solo toque y perdía la voluntad. Debía reunir sus defensas porque quizás ganará la batalla en la mesa de negocios, pero perdería la guerra en su vida personal.

Publicada en Violena: Rendición negociada (Serie Oro 31).



Jayne Castle

Demasiado tiempo / Rendición negociada

Bianca - 232

Oro - 31

ePub r1.0

LDS 07.03.17

Título original: A Negotiated Surrender
Jayne Castle, 1982
Traductor: Eduardo Reneboldi
Publicado originalmente: Candlelight Ecstacy Romance (CER) - 68
Protagonistas: Slade York y Calla Nevin
ePub modelo
LDS
, basado en ePub base r1.2



Capítulo 1

¿Por qué me temes? Carla Nevin parpadeó, sorprendida por la inesperada pregunta. Sólo cabía una respuesta. Alzó sus ojos hacia el hombre que permanecía junto a ella e hizo un esfuerzo para no manifestar lo que sentía.

—Yo no le temo. ¿Qué le ha hecho pensar algo así?

Slade York se apoyó contra la barandilla que rodeaba la piscina del club campestre y sonrió en medio de la oscuridad de la noche de Arizona. Las luces del restaurante iluminaban el jardín, complementando el discreto alumbrado oculto entre los arbustos. Éste era suficiente para que Carla pudiera ver su misteriosa mirada.

—Tú misma me has hecho pensarlo. Has estado nerviosa toda la noche. Creí que esto sería una celebración y tú te estás comportando como si hubieras caído en una trampa. Su voz era ligeramente áspera.

—Creo que tengo derecho a desahogarme un poco ahora que las negociaciones han terminado —replicó Carla con una sonrisa forzada. Su voz tenía un tono seductor, pero su mirada no manifestaba demasiado interés.

—¿Desahogarte? —preguntó sonriendo irónicamente—. Creo que soy yo el que debe desahogarse —agregó—. Es muy difícil regatear contigo, querida. No sé cómo pude pensar que con tu intervención en las negociaciones todo sería más fácil. Carla frunció el ceño al oír sus palabras. Se volvió y fijó la vista en la piscina.

—No necesita burlarse de mí, Slade. Soy consciente de mis limitaciones. Ha habido momentos en los que he creído que estaba jugando conmigo.

—Eso no es verdad, Carla —dijo él.

Carla sonrió irónicamente, apoyó las manos sobre la barandilla y continuó contemplando las profundidades de la piscina.

—No soy tonta, Slade. Lo único que agradezco es que usted estuviera firmemente interesado en comprar la compañía de Lester y en pagar un precio razonable por ella.

—Si no hubiera estado dispuesto a pagar ese precio tú habrías roto las negociaciones —le recordó él Mámente.

Carla le miró con expresión de pesar.

—¿No se dio cuenta de que Lester estaba desesperado por vender?

Se produjo un corto silencio durante el cual Slade permaneció pensativo.

—No —dijo él finalmente—. Eso es algo que él tiene que agradecerte. Supiste hacerme creer que tenías el triunfo en tus manos y no te importaba rechazar la oferta si no te convenía.

—Gracias. Lo consideraré como un halago.

Carla sintió que la mirada penetrante de él aumentaba su malestar a medida que pasaba el tiempo. Las negociaciones habían terminado; todos los papeles habían sido firmados y sellados.

Su jefe, o mejor dicho su ex-jefe, estaba divirtiéndose en el salón del club campestre, bebiendo champán y contándoles a los invitados el buen trabajo que había hecho su gerente de planificación y recursos. No había razón para ocultarle sus planes a Slade York, pero ella aún dudaba. Sabía que le disgustaría lo que iba a decirle, y aunque él ya no podía hacerle nada, Carla no deseaba irritarle.

Le miró fijamente tratando de examinar su rostro.

Él medía un metro ochenta, o tal vez algunos centímetros más. Pero no era la altura lo que le hacía imponente. Había hombres más altos que no producían el mismo efecto en ella.

Tenía el pelo corto, y en la oscuridad del jardín los mechones color castaño se veían casi negros. Sus ojos brillaban profundamente, y Carla comprendió que él había advertido su mirada escudriñadora.

Slade tenía treinta y siete años, según le había dicho Lester Chapman cuando planearon la venta. Era siete años mayor que ella, y tenía más experiencia. Carla a los treinta años, era una joven inexperta en el mundo de los negocios. Siempre había estado

protegida por Chapman, que era una persona cortés y galante.

York nunca podría ser descrito como un hombre encantador. El rostro bronceado tenía rasgos demasiado rectos, con una nariz grande, mandíbula agresiva y pómulos prominentes.

Vestía pantalones oscuros y una chaqueta de corte elegante. Carla adivinó, sin necesidad de mirar, que el estuche de cuero donde guardaba las gafas estaba en el bolsillo. La imagen de Slade estirando la mano hacia el estuche cada vez que tenía que leer algo se había grabado en su mente. Le había visto muy a menudo durante el pasado mes.

—¿Te das cuenta de que ésta es la primera vez que te veo vestida con algo que no es el atuendo apropiado para los negocios? —preguntó él en tono jocoso, interrumpiendo sus pensamientos— Cuando entraste del brazo de Lester, con ese vestido negro, más de un hombre decidió que necesitaba un gerente de planificación y recursos.

Carla se sonrojó avergonzada y el color verde de sus ojos se tornó más intenso.

—¡Ningún hombre aprecia la habilidad de una mujer a menos que no demuestre su superioridad! —observó ella.

—¡Oh! Me retracto de lo dicho.

Carla se resistió a mirar a Slade. Sabía que él estaría riéndose.

Slade nunca la había halagado durante las conversaciones. En algunas ocasiones, Carla se había sentido perseguida no como mujer sino como rival. Y el hecho de enfrentarse a alguien más experimentado le hizo comportarse con brusquedad.

Existía otra razón por la que el comentario la había sorprendido, incluso a pesar de encontrarlo desagradable. Y era que Carla sabía que estaba lejos de ser una mujer hermosa. Sin embargo, había escuchado esa clase de comentarios con mucha frecuencia desde los veintiséis años. Recordó con humor que muy poca gente la había mirado dos veces cuando entraba a un lugar, a los veintidós o veintitrés años.

Pero no había nada como superar las dificultades de un divorcio para dar experiencia a una mujer. A los veintiséis años había dejado atrás su fracasado matrimonio y había comenzado una nueva vida con una decisión de la que ella misma se asombraba.

Después del divorcio había descubierto que el *ballet* y la danza eran las dos únicas actividades que habían invadido su vida. Ella nunca había pensado convertirse en una bailarina profesional, pero el baile

le daba cierta fortaleza interior.

Carla era delgada, tenía los senos erguidos y las caderas estrechas. Sus pies y sus tobillos eran perfectos.

Después de un largo silencio, Slade se atrevió a preguntarle:

—¿Te acuestas con él?

—¿Qué? —Carla se volvió para mirarle—. Ésta es la noche de los comentarios groseros, ¿verdad? ¿Qué clase de impertinencia es ésa? ¿Puedo, preguntarle con quién me acusa de acostarme?

El se encogió de hombros con indiferencia, sin preocuparse por el brillo de sus ojos.

—No es más que una pregunta. Me refiero a tu jefe. Tu
ex-jefe,
eso es-corrigió Slade con evidente satisfacción —Supongo que yo disfruto de ese título ahora.

Ella ignoró sus palabras y contestó a su acusación.

—¡No me acuesto con Lester Chapman! ¡Si yo le dijera lo que usted me acaba de preguntar, seguramente le retaría a duelo al amanecer! ¡Él es un caballero!

—Nunca he sugerido que no lo fuese —dijo Slade con voz serena —. Pero es un hombre…

—¡Un hombre que podría ser mi padre! —le interrumpió ella secamente.

Slade alzó una mano en gesto apaciguador.

—De acuerdo. Cálmate. Simplemente te he preguntado lo que mucha gente quisiera saber.

—¿Por qué tendría que pensar la gente que Lester es mi amante? —preguntó ella—. No, olvídelo. Supongo que es una sospecha lógica, ¿verdad? Quiero decir, es un hecho que a la gente de negocios le resulta difícil aceptar que un hombre y una mujer puedan ser colegas.

—¿Te preocupa lo que vayan a decir sobre nuestra relación? —preguntó él en tono cordial.

Carla se sobresaltó al recordar que aún no le había contado sus planes. Él daba por supuesto que seguirían trabajando juntos.

—Dudo que alguien tenga razones para sacar conclusiones erróneas sobre nosotros, señor York —dijo ella en tono severo—. Espero que usted se esfuerce por mantener un trato formal con sus empleados.

—Bueno, no soy tan paternalista como Lester Chapman —admitió

él.

Carla no pudo dejar de sonreír al escuchar el tono de su voz.

—Nadie lo confundiría con un anciano galante.

—Supongo que eso ha sido un halago. Pero no quiero que vuelva a llamarme señor York. Convinimos en llamarnos por nuestros nombres el día que fuimos presentados.

—Era necesario que estuviésemos en un plan de igualdad —replicó Carla—. Era evidente que usted me llamaría por mi nombre, así que no tuve más remedio que hacer lo mismo. Si hubiera seguido llamándole señor York usted podría haber pensado que estaba demostrando condescendencia…

—¿Y por lo tanto debilidad? —bromeó él.

—Exacto. Yo estaba trabajando con desventaja. Varias veces le dije a Lester que él necesitaba profesionales para encargarse de algo tan complicado como la venta de un negocio de esa magnitud.

—Pero él prefirió dejarlo en tus manos —Slade descansó el brazo sobre la barandilla y se apoyó contra la cerca—. Confia en ti.

—Lo sé. Ha sido muy bueno conmigo. El mejor jefe que he tenido.

—Debo admitir que es un trabajo difícil, pero lo haré lo mejor posible —Slade sonrió.

Carla deseaba confesarle los planes en ese momento, pero seguía sin atreverse.

—Creo haber oído que a usted no le gustan las actitudes paternalistas —comentó ella.

—Es cierto, pero hay otros modos de comportarse.

—Lo siento. Yo estoy habituada el estilo de Lester.

—Te adaptarás —afirmó él con voz suave—. Sabes muchos de los secretos de Lester. Probablemente sepas más sobre la compañía que cualquiera que haya trabajado allí. Después de que su hijo murió…

—Sí, lo sé —Carla recordó que Lester Chapman se estaba recuperando de su depresión cuando ella solicitó un puesto como asistente personal.

Carla había estado luchando por superar el caos de su divorcio y, de alguna manera, los dos habían encontrado un cierto alivio en esa relación de trabajo que con el tiempo se había hecho más estrecha.

—Además de la compañía de Lester he comprado también tus conocimientos y tus ideas. No habría pagado un precio tan alto si tú no hubieras estado incluida en la oferta.

—No soy parte del inventario, señor York —le recordó ella con frialdad, comprendiendo que las cosas no serían fáciles cuando Slade descubriera que tampoco era parte de la oferta.

—Yo considero que lo eres —Slade sonrió irónicamente—. Tú dirigirás esa rama de mis negocios a partir de esta noche. Pero no te asustes, te enseñaré a hacer las cosas a mi manera. Tal vez yo no tenga el enfoque paternal de Lester, pero no permitiré que tengas dificultades por falta de dirección.

—Usted es muy amable —dijo ella en tono frío—. ¿Qué le hace pensar que yo puedo encargarme de la dirección de la compañía? Hasta ahora sólo me he ocupado de una sección.

—Él te enseñó los fundamentos del negocio. Yo te enseñaré cómo ponerlo en marcha. Tienes los conocimientos técnicos y cierta experiencia en administración. Todo saldrá bien —dijo Slade satisfecho.

Carla apretó los dientes en un gesto de evidente irritación. ¿Por qué pensaba ese hombre que ella trabajaría para él? Enseguida comprendió que esa pregunta no era razonable. Ella le había hecho creer que permanecería en la compañía. Había pensado que de esa forma aseguraba el éxito de las negociaciones.

—¿Qué ocurrirá si no aprendo con rapidez? —preguntó Carla en tono sarcástico alzando la vista hacia él.

—Olvídalo; he descubierto tu habilidad para los negocios —murmuró Slade con fingida cordialidad.

—Se puede aprender mucho sobre una persona en una mesa de negociaciones —reconoció ella con sinceridad. Entre otras cosas había decidido que no seguiría trabajando con Slade York cuando el trato terminara.

—¿Y tú, qué has aprendido sobre mí? —preguntó él con aparente interés.

—¿Me pregunta en serio o está tratando de forzar una conversación?

—Pregunto en serio —afirmó Slade, mirándole a la cara—. ¿Y si te dijese que es una mera charla, qué contestarías?

Una sonrisa tenue se dibujó en los labios de Carla y sus ojos brillaron divertidos.

—Comenzaría diciendo que me ha impresionado muchísimo su conocimiento de los instrumentos…

—Tú sabes que soy el dueño de una compañía de instrumentos para aviación, por lo tanto ese comentario es superfluo —señaló él.

—Pero si solamente se tratara de mantener una conversación sería un tema completamente aceptable, ¿verdad?

—Hum, sí —admitió Slade.

—Luego agregaría que usted tiene una gran sagacidad para analizar los aspectos más importantes de una venta —continuó Carla con voz suave.

—Muchas gracias —dijo él después de meditar un instante.

—También podría decir algo sobre su talento para regatear —sonrió inocentemente.

—Nuevamente, gracias —Slade la miraba con escepticismo, como si esperase otra clase de comentario.

—Veamos —murmuró ella inclinando la cabeza hacia un lado—. Supongo que podría terminar con alguna observación sobre su honestidad en los negocios.

—A todo hombre le gusta que los demás le consideren honesto —Slade sonrió con ironía.

—Claro, es algo muy útil, ¿verdad?

Los ojos de Slade brillaban profundamente.

—¿Eras tan sarcástica con Lester?

—¡Jamás se me hubiera ocurrido!

—¿Lo estás siendo conmigo porque no soy paternalista?

—¿Eso quiere decir que usted no estimula un trato amable y natural con sus empleados? —preguntó ella.

—Creo, que debes manifestar un poco de respeto hacia mí. Tal vez deba pedirte que sigas llamándome señor York.

—Usted es el jefe —replicó ella con exagerada cordialidad.

—Te convendría recordarlo —dijo Slade en tono jocoso—. El hecho de enfrentarte a mí en una mesa de negociaciones te ha dado muchas ideas.

—¿Ideas que no corresponden a mi posición? —Carla sonrió y sintió que su coraje renacía. Después de todo, él ya no podía hacerla nada.

—¿Será muy difícil para ti volver al papel de empleada? —bromeó Slade.

—Me adapto fácilmente.

—Muy bien. Me alegro de saberlo. Los empleados que se adaptan

llegan lejos en mi organización.

—¿Las mujeres también? —preguntó frunciendo el ceño.

—Las mujeres también. Bueno, volviendo a nuestra conversación…

—Oh, sí. La pregunta sobre lo que he aprendido de usted durante las negociaciones… —Carla vaciló un instante—. ¿Por qué no me dice primero lo que ha aprendido usted?

—Si tú lo quieres…

Carla esperó la respuesta con ansiedad. ¿Qué había pensado Slade de ella durante esas semanas? ¿Había considerado su habilidad o simplemente habría estado probando si podía ser su próximo gerente?

De todas maneras, la cuestión no tenía importancia. Cualesquiera que fueran las ideas de Slade sobre sus condiciones, Carla sabía lo que él realmente quería. Lo había advertido desde el comienzo, aunque Slade se hubiera preocupado por ocultar sus objetivos.

Su experiencia le había dado la astucia necesaria para comprender los impulsos masculinos que Slade se empeñaba en ocultar. Y se pondría furioso cuando descubriera que ella no iba a asistir al final del juego.

—Seré honesto contigo —dijo Slade después de un momento de reflexión—. Cuando Lester nos presentó y me dijo que tú decidirías pensé que podría estar tratando de…

—¿Usar la vieja táctica? —sugirió Carla fríamente.

—Bueno, sí. No sería la primera vez que se usa a una mujer para persuadir a un hombre.

Slade cambió su expresión al decir esas palabras y le dirigió una mirada penetrante. Luego, se acercó a ella. Carla podía percibir la dureza que reflejaba su rostro. ¿Habría pensado que podía ocultarle sus intenciones? Los hombres como él ya no podían sorprenderla. Era una pena que no hubiese sido tan sagaz cuando tenía veinticinco años.

—Estoy segura de que Lester sabe que ese diabólico plan nunca resultaría con usted —señaló Carla con una sonrisa artificial.

Slade la miró con incredulidad.

—¿Estás segura de que nunca le hablaste a tu anterior jefe de esa forma?

—Nunca hubo necesidad.

—¿Lester siempre estuvo en su lugar? —preguntó él con marcado interés.

—Como ya le he dicho, Lester es un caballero.

—Supongo que yo podría considerar eso como un insulto —observó Slade.

—No, por favor. Estoy deseando escuchar el resto de sus apreciaciones —dijo Carla.

Slade la contempló fijamente y, por primera vez, Carla se preguntó si sospecharía lo qué iba a ocurrir. Luego él pareció aceptar su petición.

—He advertido —dijo Slade con voz serena—, que eres una gerente de planificación y recursos muy leal. No hay dudas sobre tu dedicación para conseguir las mejores condiciones para tu compañía… a pesar de que, bueno, yo sugerí que podría haber algo para ti si retirabas algunas exigencias.

Carla respiró profundamente.

—¿Quiere decir que yo no comprendí esas sugerencias?

—Eso creo.

—¿Hubiera cumplido usted lo prometido si yo hubiese cedido? —Carla le miró con expresión cínica y notó que los rasgos de su rostro comenzaban a endurecerse. Más atractivo que otros hombres, pero en el fondo igual que todos ellos.

—Oh, sí —aprobó él inmediatamente—. Habría cumplido las promesas. Pero te diré algo, no he lamentado lo sucedido. La lealtad es un bien que no tiene precio en estos días y cuando uno te encuentra no debe dejar de apreciarla.

—Entiendo —dijo ella con voz suave—. La suya es un actitud altruista, ¿verdad? Le complace saber que su amigo y colega Lester Chapman ha disfrutado de la lealtad de un miembro de la gerencia durante cuatro años.

Por un instante Carla creyó que él reprobaría el velado sarcasmo de su comentario.

—Un hombre de negocios casi nunca es altruista, Carta. Me complace tu lealtad porque sé que pronto estarás trabajando para mi.

—¿Y usted piensa que la lealtad se puede transferir tan fácilmente?

—En este caso creo que sí —dijo él con voz profunda—. ¡He pagado un alto precio por ella!

Carla contuvo una réplica.

—¿Qué más ha descubierto sobre mí?

—Durante las negociaciones he advertido que te preparas muy bien para las reuniones, que eres organizada y eficiente y que tienes

una gran disciplina —resumió él brevemente.

—¡Cuántos elogios! Debo haber cedido más de lo que pensaba.

—No has cedido nada, si eso es lo que te preocupa. Pero estoy satisfecho igualmente.

Slade hizo un gesto con la cabeza como enfatizando su complacencia con el trato que acababan de firmar.

—Es tu turno —le recordó y se echó hacia un lado la chaqueta para apoyar el puño sobre la cadera. Esperó su respuesta con una actitud de agresión controlada.

—¿Quiere saber lo que yo he descubierto sobre usted? —Carla reiteró la pregunta inicial sabiendo que se acercaba el momento del enfrentamiento final—. He descubierto que es organizado, eficiente y disciplinado, tal como usted dice que soy yo. Además he podido advertir que le domina el deseo incontrolable de lograr que todo sea como usted quiere y que le agrada controlar a la gente que le rodea. Cuando se fija un objetivo solamente le importa conseguirlo. En pocas palabras, señor York, usted es la esencia del hombre de negocios.

Carla desvió la mirada y sus ojos se fijaron en la piscina. Sin embargo, podía percibir la reacción irritada de Slade. Cuando él habló el tono de su voz tenía un matiz brusco.

—No sé qué decir. Tendrás que aclarar un poco tus comentarios. ¿Eran halagos o acusaciones?

—¿Qué piensa usted? —le desafió ella.

—Estoy empezando a pensar que eran acusaciones —admitió él secamente.

—Eran comentarios de una realidad, señor York.

—¿Señor York? —repitió él con voz áspera—. ¿Sigues llamándome de esa forma porque ahora trabajas para mí?

—No —respondió ella con fingida tranquilidad.

Al volverse para enfrentarse a él, el vestido negro se movió suavemente alrededor de sus tobillos.

—Esta noche he decidido llamarle señor York porque es una manera de darle formalidad a esta situación.

—¿Para qué necesitamos formalidad ahora? —preguntó Slade con voz serena.

—Quiero decirle que he decidido no formar parte del convenio de venta. Lo que usted compró a Lester Chapman incluye muchos instrumentos, pero no una gerente de planificación y recursos.

Ella permaneció con la cabeza erguida, la mirada clara y decidida, mientras el silencio se prolongaba peligrosamente. Sabía que Slade estaba eligiendo la respuesta más punzante.

Slade la miró fijamente, sin moverse pero Carla presintió que él no iba a permanecer durante mucho tiempo indiferente ante sus palabras.

—Eras parte del convenio. Tú lo sabías.

Las palabras eran suaves y amenazadoras.

—Creo que usted decidió creer que me quedaría en la compañía después de la venta, pero yo nunca he dicho nada, ni he firmado ningún contrato a tal efecto.

—Permitiste que Lester y yo creyéramos que ibas a quedarte. Ni él ni yo consideramos que fuese necesario firmar nada.

Carla humedeció sus labios secos.

—Sé lo que usted creyó.

—Quizá tú planeaste todo.

Carla no lo negó. No podía decir nada. Ella había dejado deliberadamente que él pensara lo que quisiera.

—¿Por qué?

Era una pregunta sincera y Carla pensó que merecía una respuesta.

—Sabía que usted me necesitaba —dijo simplemente.

—Sin ninguna duda. Para mí vales mucho. Como he dicho antes, tú conoces todos los secretos de Lester y eso será importante en los próximos meses.

—No —dijo ella con cautela—. No me refería a eso. Yo sabía que usted… me necesitaba.

Se produjo un breve instante de tenso silencio. Carla permaneció inmóvil con los dedos apretados sobre la barandilla de madera, que utilizó para aliviar la tensión de sus brazos.

—Ah —suspiró él finalmente—. Comprendo. Yo pensé que no lo habías notado durante las negociaciones —inclinó la cabeza en un gesto de divertida admiración—. Felicidades. Eres más astuta de lo que había imaginado —hizo una breve pausa y luego agregó—: Eso no cambia nada, por supuesto. Todavía te considero una parte del convenio que hemos pactado.

Carla le observó sorprendida ante la seguridad que demostraba.

—Me parece que usted no entiende, señor York. Yo no trabajaría para usted aunque fuese el último hombre sobre la tierra que pagara un sueldo.

Giró bruscamente y se alejó de él. El final del juego había sido breve pero concluyente.

Capítulo 2

Carla había dado dos pasos cuando una mano la detuvo. —No tan deprisa, mi pequeña negociante— murmuró Slade en tono amenazador, obligándola a enfrentarse a él.

—Usted no puede hacer nada —afirmó ella—. El convenio está cerrado.

—No tengo intención de anular la venta. Tú te ocupaste de que todo estuviera bien firmado y sellado, ¿verdad?

—Por supuesto —admitió ella.

—¿Por qué piensas que no voy a reclamar todo lo que he comprado? —Slade le dirigió una mirada amenazadora.

—Obtendrá todo lo que le pertenezca —asintió ella con fingida tranquilidad—. ¡Pero yo no le pertenezco! ¡No estoy incluida en el contrato!

—¿No?

—¡No!

—Estás equivocada pero te lo demostraré más tarde. Ahora voy a conseguir lo que he estado esperando durante un mes.

Apoyó su mano sobre el brazo desnudo de Carla y la atrajo hacia su cuerpo, ignorando su resistencia.

—¡Suélteme! —gritó ella indignada.

—Tal vez no estés incluida en el contrato, pero nada me impide hacer lo que deseo.

Carla comprendió que Slade estaba más furioso de lo que había esperado. Pero ella sabía lo vulnerable que era el orgullo de hombres como ése. Extendió la mano en un gesto de vana protesta, tratando de

evitar que la abrazara.

Una mezcla de sensaciones confusas la invadió al experimentar sus caricias. Antes de que pudiera comprender el significado de ese ataque abrumador, la boca de Slade se unió a la de ella con violencia, ahogando las palabras en su garganta.

La lengua de Slade exploró sus labios. Cuando ella intentó defenderse cerrando la boca, Slade le mordió suavemente el labio inferior.

—¡Oh! —balbuceó ella sorprendida, sintiendo que la boca de Slade buscaba la suya de nuevo.

Carla presionó con los dedos sus hombros pero la tela de la chaqueta atenuó la violencia de su ataque. Desesperada al advertir que él no retrocedía, trató de pensar una estrategia de lucha. Las opciones eran limitadas y, finalmente, adoptó el viejo pero efectivo recurso de la pasividad total.

Slade continuó besándola con pasión. Luego, le acarició te espalda, provocándole un profundo estremecimiento.

—Tienes una espalda firme, delicada —susurró Slade contra su mejilla después de besarla—. Cuando bailaste con Chapman él apoyó sus manos aquí…

La mano de Slade volvió a acariciar la espalda desnuda y ella no se resistió. Era como si una descarga eléctrica recorriese su piel.

—Cuando Lester apoyó las manos sobre ti, sentí deseos de correr hacia el salón de baile y arrancarte de sus brazos. Pero enseguida pensé que si había tenido paciencia durante un mes, podía esperar un poco más. ¿Cómo iba a saber que estabas planeando escaparte?

—¡No me escapo! —exclamó enfurecida. Pero permaneció inmóvil mientras Slade la besaba con suavidad en los párpados, estimulado por su pasividad.

Él pareció atenuar la violencia del ataque, pues sus besos se tornaron dulcemente persuasivos. Carla no comprendía lo que estaba ocurriendo.

—¡No lo niegues! Me acabas de decir que ibas a dejar la compañía después de que la venta se formalizara. Pero es demasiado tarde para huir, Carla. ¡Si eso era lo que pretendías hacer no deberías haber seguido con las negociaciones hasta el final!

Ella sintió su aliento tibio y suspiró levemente cuando él le besó la mejilla y la oreja.

—No puede hacer nada, Slade —le recordó ella con voz vacilante—. No trabajaré para usted. Me resisto a trabajar para un hombre insensible y dominante. ¡Y menos aún cuando ese hombre ha dicho que me desea! ¡Seria imposible tener una relación de trabajo decente!

—Si llegara el momento de elegir entre una relación de trabajo y otra clase de relación, entonces aceptaría tu renuncia. Pero creo que no será necesario —declaró él con voz firme.

—¡Usted está loco! —exclamó Carla indignada, mirándole a la cara.

—¿Sí?

Carla advirtió su expresión burlona.

—Me fascina la idea de darte una reprimenda ocasional durante el día, sabiendo lo que haremos por la noche —dijo Slade con expresión divertida.

—¡Estúpido arrogante! ¡Por su bien deseo que no haya comprado la compañía de Lester con la idea de apoderarse de mí!

Él rió con cinismo.

—Querida —murmuró suavemente—. No es necesario comprar una compañía para apoderarse de una mujer. Hay otras formas.

—¡Tendrá que encontrarlas si quiere apoderarse de mí!

Enseguida, Carla comprendió que lo que acababa de decir no tenía sentido. Slade se comportaba con una seguridad tal que ella había comenzado a hablar del mismo modo.

Slade sonrió.

—¿Cuándo decidiste escapar, Carla Nevin? ¿Sabías que yo empecé a desearte el mismo día en que te conocí? ¿O sólo te has dado cuenta a medida que avanzaban las negociaciones?

Él esperó su respuesta mientras la abrazaba con fuerza.

—Supe que no trabajaría para usted el primer día que le vi. Pero no fue porque adivinara sus intenciones, sino porque me desagradan los hombres que se enorgullecen de su poder como usted lo hace. ¡Como si todo fuese suyo por derecho divino!

—Espera un poco —dijo él con los ojos entrecerrados—. Me he comportado bien durante éste, tiempo. Nunca he golpeado la mesa con el puño. ¿Qué te ha hecho pensar que soy un capataz de esclavos?

—Su reputación lo dice —respondió Carla con fingida cordialidad.

—¡Pero Lester me aprecia! ¡Él no puede haberte dado una mala impresión sobre mí! —protestó Slade irritado.

—Él no lo ha hecho.

—Entonces…

—¿Usted piensa que yo me habría enfrentado a una negociación tan importante sin averiguar todo sobre usted? —Carla frunció el ceño con expresión burlona.

—¡Dios mío! —exclamó él asombrado—. ¿Lo sabía Lester?

—Creí que no era necesario decírselo. No descubrí nada que me hiciera pensar que usted fuera un mal comprador. ¡Y para ser honesta, no teníamos muchos compradores!

—Entonces dejaste de lado tus sentimientos personales y llevaste adelante el proyecto —Slade asintió conmovido—. A pesar de que pensabas que yo era insensible y dominante.

—Usted tenía el capital para invertir en la compañía de Lester —le recordó ella.

—¿Fue ése el factor decisivo?

—Me temo que sí.

—¿Qué parte de mis antecedentes te ha demostrado que soy un mal jefe? —preguntó Slade.

—Usted es intolerante —observó Carla.

—Lo único que no tolero es la incompetencia.

—Su mal genio es conocido por todos los miembros del personal.

—¡Nadie ha renunciado por culpa de mi mal genio! —declaró él con firmeza.

—De acuerdo. Lo que ocurre es que por ser un hombre consideran aceptables sus actitudes violentas. ¡Pero yo no pienso que sean aceptables!

—Nunca soy violento.

—Ésa es su opinión. Todavía me duele el brazo.

—Por favor, continúa con la lista de mis defectos —ordenó él con voz suave—. No voy a disculparme por lo que he hecho. Estaba nervioso.

—¡Un buen jefe debe controlarse cuando está nervioso!

—¡En tanto puede controlar a los demás, no interesa cómo reaccione! ¡Continúa con la lista! —insistió Slade sin apartarse de ella.

—Conozco la forma en que se apropió de una pequeña compañía hace dos años —prosiguió Carla furiosa—. Parece ser que no jugó limpio.

—Tuve mis razones.

—Lo sé. Usted deseaba la firma. ¡Es evidente que siempre encuentra la forma de obtener lo que quiere! —exclamó Carla.

—¡Debes recordar algo! —después de su advertencia, Slade se tranquilizó—, Matheson era un canalla, Carla. Se merecía lo que le sucedió.

—Según dicen, usted no puede mantener relaciones prolongadas —continuó Carlancón decisión.

—¿Qué quieres decir?

—¡Usted sabe muy bien lo que quiero decir! Ha tenido muchas mujeres después de su divorcio, hace cuatro años.

—No creo que deba disculparme por eso —replicó él mientras la miraba fijamente.

—¿Por el hecho de ser un hombre? —sugirió Carla con voz serena.

—¡Sí! Pero no te detengas ahí. ¿O también vas a reprocharme mi divorcio?

—No puedo —contestó ella—. También yo he pasado por esa situación.

—Lo sé —dijo Slade con satisfacción—. Iba a referirme a ese hecho si tú no lo hacías.

—¿Cómo se ha enterado? —preguntó Carla con nerviosismo.

—Me lo dijo Lester. Me contó que habías llegado hace cuatro años, y al ver tu decisión y coraje para empezar una nueva vida, decidió contratarte como asistente personal, pese a que no te necesitaba.

Carla se sonrojó.

—Él no tiene derecho…

—Díselo a él.

—Nos estamos desviando del tema —señaló ella en tono enérgico.

—Adelante, dime las otras razones que tienes para no trabajar conmigo —le pidió él.

—¿No he sido bastante clara? No apruebo su forma de llevar los negocios y tampoco comparto su conducta privada, aunque debo admitir que eso no es asunto mío. Y, además, yo nunca podría trabajar para un hombre que es capaz de pensar que si compraba la compañía de Lester también se adueñaba de una nueva amante. Por otra parte —agregó con cierto placer— no creo que le gustara mi modo de administrar su nueva empresa.

La respuesta sobresaltó a Slade.

—¿Por qué no? Lo harás de la forma que yo te enseñe.

—Es probable que seis años antes usted hubiera podido hacer de mí lo que hubiera querido, señor Slade York. Pero no ahora. Tengo mi propio modo de hacer las cosas, y aunque desee aprender, no tengo intención de transformarme en otra persona. ¡Especialmente si esa transformación significa convertirme en su mujer! Seria una situación laboral insostenible.

—Tienes la inteligencia necesaria para adaptarte a mi forma de hacer las cosas… —murmuró él.

—Tengo la inteligencia pero me faltan los deseos de colaborar —replicó Carla secamente—. No quiero cambiar para adaptarme a un hombre.

—¿Es por eso por lo que tu esposo te abandonó?

Carla palideció, pero su voz se mantuvo firme.

—No es momento de discutir eso.

Carla vio que Slade vacilaba.

—Lo siento. Ha sido un comentario indiscreto. Tú sabes cómo provocarme, cariño.

—No me llame así.

Carla retrocedió y comprobó con alivio que él no le impedía marcharse. Le miró fijamente, con la cabeza erguida y los ojos llenos de desprecio.

—Creo que nuestra discusión ha terminado, señor York. Si no le importa, voy a buscar a Lester para despedirme.

El la observó pensativo.

—No puedes hacerlo.

—Ahora verá —Carla sonrió y se dirigió bruscamente hacia la puerta.

Sin embargo, cuando parecía que todo había terminado, la situación se complicó aún más con la presencia de Lester Chapman, que entró adonde ellos estaban con una sonrisa aprobatoria en su atractivo rostro.

—¡Estabais aquí! ¿He interrumpido una interesante conversación? ¿Estáis celebrando el trato? —preguntó, apoyando el brazo sobre los hombros de Carla y fijando su mirada en el rostro serio de Slade.

—No exactamente —replicó Slade con voz firme dirigiendo una profunda mirada a Carla—. Ella acaba de decirme que no se quedará en la compañía.

—¿Qué? —exclamó Lester confundido—. Yo pensé que deseabas

quedarte, Carla. Slade contaba con tu ayuda, al menos durante el proceso de transición.

—Oh, Slade contaba con algo más que eso —dijo Carla en tono severo.

—Percibo cierta agresividad en tu observación —dijo Lester con voz serena.

—Pregúntele a Slade. Yo estoy cansada de discutir. Sin decir más, Carla se escurrió de su brazo y se alejó, dejando a los dos hombres en el jardín. Lo último que pudo ver, antes de entrar en el salón del club, fue el gesto de perplejidad en el rostro de Lester.

—Veo que has perdido a tus guardaespaldas —le dijo una agradable voz masculina—. ¿Podré convencerte de que vayamos a bailar? Carla sonrió al hombre que se hallaba frente a ella. —Gracias, Boyd… Me encantaría—. Espléndido. Creí que nunca llegaría mi oportunidad. La cogió del brazo y la condujo hacia el salón. Boyd Carson trabajaba en la compañía que Lester terminaba de vender. Si Carla hubiera decidido trabajar para Slade, habría tenido autoridad sobre él. Era evidente que el muchacho no conocía los planes de York. Los hombres se mostraban encantadores con mujeres que no representaban una amenaza a su orgullo. Boyd era agradable pero no se diferenciaba de los demás.

—Todo ha salido bien, ¿verdad? —comentó Boyd mientras bailaban—. Los empleados siempre se preocupan un poco cuando la compañía se vende. Despidos, cambios en los beneficios… Pero después de la declaración de que nadie perdería el trabajo, la gente se tranquilizó. Fue una maniobra muy sagaz por parte de York, pues de ese modo logró que todo el personal le apoyara de inmediato. Carla apretó los labios y se preguntó qué diría Boyd si supiera que ella había logrado que se redactara la declaración. Slade se había negado, aduciendo que tenía derecho a deshacerse de los trastos viejos. Carla insistió con firmeza hasta que él tuvo que asentir. Su argumento había sido que los beneficios que obtendría compensaban la ineficiencia de algunos empleados. Ese problema podía resolverlo > otros métodos. La respuesta instintiva de Slade ante las diferentes situaciones era siempre la más despiadada y efectiva. Carla se estremeció al recordarlo.

—¿Tienes idea de cuál será tu posición ahora que Chapman no estará? —preguntó Boyd—. ¿Seguirás como gerente de planificación

recursos?

—No, creo que no —contestó ella amablemente—. En realidad, yo pienso…

.Una mano le cogió la muñeca interrumpiendo sus palabras.

—¿Te importa si te interrumpo, Carson?

—Claro que no, señor York —contestó Boyd rápidamente, apartándose de Carla con presteza.

—No pienses mal de él —sugirió Slade, estrechándola entre sus brazos—. Boyd sabe lo que le conviene y yo necesito hablar contigo.

—La actitud de Boyd no me sorprende. No tiene intención de ofender.

—Es una lástima que tú no compartas sus sentimientos. Todo sería más fácil —comentó Slade en tono jocoso.

—Cuando yo me vaya de la empresa, Boyd se alegrará, seguramente le haré un favor —señaló ella con una risa divertida.

—¡Un favor! ¿Cómo demonios puedes decir algo así?

—Es muy simple. Sé que usted cree que sabe lo que desea.

—¿Qué quieres decir? —dijo Slade en tono sarcástico mientras trataba de contener la risa.

—Los hombres siempre creen que saben lo que quieren. Son como los niños, que ven un juguete y deciden apropiarse de él. En este caso usted ha decidido que me desea. Ahora que yo voy a poner el juguete fuera de su alcance, ocurrirán dos cosas.

—No me interesa escuchar eso —gruñó él, mirándola desconcertado—. Siempre he evitado el contacto con mujeres que han aprendido demasiada psicología en el colegio.

Carla sonrió.

—¿No le gustaría escuchar el resto de mi análisis?

—Sabes que no tengo alternativa. Tengo que deducir qué te motiva y por lo tanto… ¡Dios! ¡Estoy hablando como tú!

—No se preocupe. Un poco de reflexión es bueno para el espíritu. Como iba diciendo, cuando ponga el juguete fuera de su alcance, usted pasará por dos etapas.

—¿Lloraré? —sugirió él irónicamente.

—En absoluto. Usted creerá que me desea más que nunca y yo seré su desafío. Si me rindiese en ese punto, usted habría ganado. Su orgullo estaría satisfecho y después de un tiempo se interesaría en otra cosa. Si yo no me rindo, con el tiempo llegará usted a cansarse de mí.

Finalmente, se convencerá de que no me necesita y buscará otra cosa que le interese. De cualquier forma, el resultado será el mismo —concluyó Carla encogiéndose de hombros—. El segundo camino seria más fácil para mí.

—Fascinante. ¿Pero qué sucede si yo no reacciono así? ¿Qué sucede si pierdo la cabeza y me enamoro de ti?

—Conociendo su reputación con las mujeres, me permito dudar de que eso sea posible. Usted no parece interesarse en las relaciones prolongadas.

—¿Y si me intereso? —insistió Slade con voz áspera.

—Si se interesa —repitió ella amablemente enfrentando su mirada con decisión—, habría un cambio en el esquema. Si usted se enamorase, vería todo de color de rosa durante un tiempo, incluso mi profesión, pero luego yo me convertiría en una amenaza.

—¡Oh! —la interrumpió él con expresión satisfecha—. ¿Por qué tendría que ser una amenaza?

—¿Piensa que por ser mi jefe siempre estará en una posición dominante? —se burló ella—. Lo más probable, naturalmente, es que yo llegue a un punto donde ya no pueda avanzar más en su empresa y decida continuar trabajando para otra firma. Si tengo éxito bajo la influencia de otro hombre, usted no lo tolerará. Además, en mi posición tendré que viajar y eso no le gustaría a usted. Los hombres se ponen nerviosos cuando sus mujeres viajan por negocios.

—Hay una buena razón para ello —replicó Slade en tono severo—. Las conferencias fuera de la ciudad están destinadas a los hombres y una mujer sola…

—¿Sin la protección de su amante? —murmuró ella, observándole con expresión inocente.

—¡Sí, maldición! Una mujer que viaja sin la protección de un hombre puede encontrarse con muchas dificultades.

—¿A qué dificultad se refiere? —preguntó Carla sonriente.

—Estás tratando de irritarme —la acusó Slade.

—Estoy tratando de que comprenda que es imposible que trabajemos juntos. Los hombres como usted son posesivos, arrogantes. Cuando están con una mujer tienen que dominarla o se vuelven agresivos. Finalmente buscan otra mujer que no signifique una amenaza a su orgullo. Es algo muy simple y evidente.

—Parece que has vivido esa experiencia antes —observó Slade

fríamente.

—Es verdad. Hace cuatro años, pero no tengo intención de vivirla nuevamente.

—Bueno, al fin estamos avanzando —comentó él aliviado—. Mientras estábamos en el jardín te negaste a hablar sobre tu anterior esposo. ¡Ahora terminas de decirme por qué fracasó tu matrimonio!

Carla le miró enfurecida. Slade la había inducido a contarle su historia y ella había caído en la trampa como una víctima ingenua.

Se escapó de sus brazos y dijo:

—Le aseguro que no sabe nada sobre mí o sobre mi pasado. Y no quiero seguir discutiendo con usted. Me voy.

—Si va a pedirle a Lester que la lleve a su casa, será mejor que lo olvide. Ya le he dicho que yo me encargaría de hacerlo. Él me ha cedido ese privilegio muy gustosamente —murmuró Slade mientras salían del salón de baile—. Creo que le gusta la idea de un romance entre nosotros. Es una forma de conservar la compañía. Tú eres para él como de la familia.

—Eso es absurdo. Yo no soy miembro de su familia —replicó Carla.

—Tú has desempeñado el papel de una hija durante estos años —le dijo Slade rodeándole la cintura.

—¡Según usted, Lester era mi amante!

—He cambiado de idea después de hablar con él. Lester no permitirá que dejes la empresa.

Carla no contestó. Se dirigió hacia la mesa donde estaba Lester y Slade la siguió.

—¿Habéis llegado a un acuerdo? —les preguntó Lester en tono divertido.

—Ella no ha empezado las negociaciones: —dijo Slade mientras se sentaba frente a ellos—. Aún me tiene en ascuas.

—No me quedaré, Lester —dijo Carla, convencida—. York Instruments no me necesita. Estoy segura de que Slade podrá dirigir la empresa sin mí.

—Carla —dijo Lester con voz serena—, veo que has tomado una decisión, pero, francamente, yo dejé que Slade creyera que contaría contigo al menos durante algún tiempo.

Ella le miró apesadumbrada.

—Lamento que lo haya hecho, Lester…

—Hizo algo más —anunció Slade fríamente—. Me dio su palabra.

—¡Le he dicho que no soy parte del inventario! —exclamó ella, levantando la vista hacia Slade.

—Los secretos que guardas en tu cabeza son parte del inventario que acabo de comprar —dijo Slade en tono despreocupado.

—Es verdad, Carla —asintió Lester—. Lo siento, querida, pero yo creí que querrías quedarte…

—Yo vi los papeles antes de que los firmasen y los leí cuidadosamente… ¡No hay ninguna mención sobre mí en ellos! —replicó Carla con gesto triunfal.

—Esto fue… —Lester vaciló tratando de encontrar la palabra; adecuada—. Un pacto entre caballeros.

—¿Cómo pudo serlo si había un solo caballero? —murmuró ella—. ¡Se necesitan dos para que haya un pacto!

—¡Carla! —Lester parecía conmovido—. ¡Te aseguro que Slade es un hombre de palabra! ¡No tienes motivos para insultarle!

Carla se arrepintió de su hiriente comentario y lamentó haberse expresado de esa forma.

—Sé que ustedes dos son amigos, Lester, pero yo…

—Olvidémonos del resto de la explicación y sigamos hablando del problema —la interrumpió Slade secamente—. ¿Me ayudará o no?

—No quiero trabajar para usted, Slade York. ¿No puede entenderlo? —preguntó ella con ira, advirtiendo la expresión sombría de Lester, que había sido bueno con Carla durante esos años y contaba con su ayuda.

—Lo entiendo, pero eso no contesta mi pregunta.

Se produjo un momento de tensión y Carla sintió la presión de los dos hombres. Si todo se hubiese limitado a los deseos de Slade, ella habría ignorado la cuestión. Pero Lester estaba tan perturbado… ¿La habría considerado como una hija a quien le dejaba los negocios?

—Carla, por favor —dijo Lester con voz suave—. Solamente por unos meses. Tu experiencia no tiene precio y Slade tiene que aprender mucho sobre nuestros empleados y la forma en que manejamos las cosas…

Al escuchar el tono de su voz, Carla supo que estaba apelando a otra clase de recurso. Lester le había advertido que si ella no intervenía, Slade tendría una excesiva libertad. Tembló al imaginar que él se apoderaría de la empresa sin nadie que atenuara su natural

rudeza. ¿Cómo podría estar segura de que Slade cumpliría la promesa de no deshacerse de lo que él llamaba trastos viejos?

Carla se sintió acosada nuevamente y anheló poder gritar su desprecio hacia el hombre que trataba de llevarla en la dirección que él deseaba.

—¿Lester? —murmuró con voz trémula.

—Yo se lo prometí, Carla. Le di mi palabra.

Carla le contempló un instante con la certeza de que tenía que pensar en ella en primer lugar. Era peligroso permanecer cerca de alguien con tanto poder.

Se volvió para enfrentar la mirada de Slade. Él esperaba pacientemente, con frialdad. Sabía que Carla no tenía alternativas.

—¿Cuánto tiempo? —preguntó ella en tono severo.

—Seis meses —respondió él sin vacilar. Nuevamente estaban haciendo un pacto.

—Un mes —se apresuró a replicar Carla—. No hay necesidad de que me quede seis meses. Otra persona puede aprender todo en un mes.

—Tal vez, si esa persona hubiera trabajado antes en la empresa. Pero había pensado que tú ocuparías esa posición. Me llevará al menos seis meses encontrar a alguien y ponerlo al corriente de todo.

—¡Tendrá que hacerlo en menos tiempo! —exclamó ella.

Slade la miró con los ojos entrecerrados.

—De acuerdo, si encuentro a otra persona en unas semanas, solamente tendrás que estar cuatro meses.

—Me quedaré tres meses. Es mi última oferta —Carla se sentó y le miró con gesto desafiante.

Slade vaciló un instante, como si considerara su ultimátum y luego pareció llegar a una decisión.

—De acuerdo —aprobó secamente—. Tres meses.

Se produjo un tenso silencio mientras los tres reflexionaban sobre lo que acababa de ocurrir. Lester sonrió complacido y dijo:

—Es un placer contemplarles. He disfrutado durante un mes y éste ha sido un final brillante.

—Lester —le interrumpió Carla, decidida a ignorar su satisfacción por el resultado de la conversación—. Si no le importa, quisiera regresar a mi casa.

—¿No te lo ha dicho Slade? —preguntó Lester en tono cordial—.

Él se ha ofrecido para llevarte. Yo me quedaré un rato más por aquí. Tú sabes cuánto me gustan estas fiestas.

Slade se puso de pie.

—Vamos, Carla. Será un placer acompañar a mi nueva gerente a su casa.

Capítulo 3

Tu rebeldía se ha disipado rápidamente —Slade sonrió satisfecho y condujo a Carla hacia su Mercedes plateado—. ¿Serás siempre tan dócil?

Carla le dirigió una mirada despectiva y subió al coche.

—¿Se ha propuesto ser grosero o siempre actúa así cuando alguien se interpone en su camino?

—Supongo que no debo enorgullecerme. La victoria ha sido demasiado fácil. ¡Chapman debe ocupar un lugar muy importante en tu corazón! No has querido seguir luchando cuando él te ha mirado con expresión paternal, pidiéndote que te quedaras por el bien de la compañía.

Carla sabía que Slade estaba burlándose de ella. Una mueca sarcástica curvaba sus labios y el firme perfil evidenciaba su orgullo masculino.

—Espero que comprenda —dijo ella con voz suave— que el pacto que hemos hecho no tendrá ningún valor si usted pone una mano sobre mí.

—Ya he puesto una mano sobre ti —señaló él en tono despreocupado—. Pero no vamos a mezclar los negocios con el placer. Quiero evitar los chismes de oficina. Tendremos tiempo después del trabajo…

—¡Ni después del trabajo! —replicó Carla irritada.

—Deberías haberlo dicho en el club —bromeó él—. Te has apresurado a negociar, pequeña, y ahora estás sometida a los términos del trato. ¡Por el bien de Lester, por supuesto!

—¿No le avergüenza aprovecharse de la debilidad de una persona? —preguntó ella con fingido interés.

—¿Por qué? ¿Qué sentido tiene prolongar una situación si puede ser resuelta con rapidez?

—¡Y aún se pregunta de dónde viene su reputación! —murmuró.

Carla al mismo tiempo que se volvía para mirar las palmeras que se alineaban a un lado de la calle. Ya era tarde pero la luz de la luna permitía distinguir los riscos escarpados que rodeaban Fénix.

Él frunció el ceño con expresión jocosa.

—¿Por qué piensas que yo me pregunto eso? —dijo él sonriendo—. No olvides que debes indicarme el camino —agregó cambiando de tema.

Carla suspiró disgustada y le señalo la ruta que llevaba a su casa. ¿Por qué estaba tan irritada? Aquel hombre era extremadamente pesado pero ella había pasado un mes tratando de comprobar que le podía dominar. Era verdad que en algunos momentos había perdido la calma pero en los últimos días había logrado que Slade York cediera. Ella podía dominarle. Lester había tenido razón al sugerir que sería mejor que hubiese alguien en la empresa para evitar que York avasallara a su nuevo personal.

Siguiendo las instrucciones precisas de Carla, Slade encontró el barrio de estilo español, situado en las afueras de Fénix, y detuvo el coche en el aparcamiento.

—Hermoso lugar —dijo Slade al bajar del coche—. De alguna forma se parece a ti. La calidez es sorprendente.

Carla le observó confundida mientras caminaba hacia la puerta.

—No sé lo que quiere decir, Slade. ¡Pero le aconsejo que no pierda el tiempo!

—Tu calidez es evidente, Carla Nevin —dijo él con voz firme—. Y yo voy a…

Se contuvo al llegar a la puerta; sus ojos se fijaron en el ramo de flores que había sobre el felpudo. También había una tarjeta.

—¿Qué demonios es eso? —preguntó él en tono acusador.

—No estoy muy segura, pero se podría decir que alguien me ha enviado flores —contestó Carla con voz suave. Luego se agachó para recoger la tarjeta.

Sin decir una palabra metió la nota dentro de su bolso y recogió el ramo.

—¿Puede abrir la puerta, Slade? —murmuró Carla aspirando la suave fragancia con placer.

—¿Las ha enviado Chapman? —preguntó Slade bruscamente antes de coger la llave que ella le daba.

—No.

Slade la siguió a través del vestíbulo hasta la sala de estar. Los muebles de estilo mejicano y las alfombras indias realzaban el encanto sureño de la decoración. A pesar del interés que había demostrado por ese lugar, Slade permanecía absorto. Carla dejó las flores sobre la pequeña mesa camilla, cuya superficie estaba recubierta con azulejos pintados.

—¿Quién te ha enviado las flores, Carla? —insistió Slade.

—Un amigo —contestó con serenidad. Carla retrocedió unos pasos para admirar las flores. Podía advertir la presencia de Slade a sus espaldas y le produjo cierto placer atormentarle de esa forma.

—Un amigo íntimo, supongo.

—Sí.

—¡Carla…!

—Puede leer la nota si le interesa tanto —sugirió ella en tono despreocupado.

—Felicidades en el gran día —leyó Slade, en voz alta, y trató de descifrar la firma—. ¿Gary?

—Gary Crispin —asintió Carla—. Él sabía que esta noche terminaban las negociaciones. Es muy atento —sintió que dominaba la situación y sonrió divertida—. Le ofrecería un café, pero…

—Gracias —dijo Slade antes de que ella pudiera terminar—. Lo tomaré sin azúcar.

Carla vaciló un instante sin saber cómo enfrentarse a sus actitudes groseras. Luego se calmó. ¿Qué importancia tenía un café en ese momento? Y además estaba gozando al verle enfurecido por culpa de las flores. Sin decir nada se dirigió hacia la cocina.

—¿Es ese tipo la razón de tu frialdad cuando estás cerca de un hombre? —preguntó Slade con voz suave, apoyándose contra la puerta con los brazos cruzados.

Carla percibió la intensidad de su mirada mientras preparaba el café.

—Gary es el dueño de la escuela de danza donde yo tomo lecciones de *ballet* —contestó ella.

—¿Es bailarín? —su áspera voz tenía un matiz de incredulidad.

—Gary solía bailar con una compañía del este antes de mudarse aquí y abrir la escuela —comentó Carla mientras vertía agua caliente sobre el café instantáneo. No estaba dispuesta a tomarse el trabajo de moler los granos para ese hombre.

—Entiendo.

Carla le miró por encima del hombro y advirtió cierta seguridad en su expresión.

—No… —Carla sonrió con desdén—. No entiende. Usted es de los que creen que todos los bailarines varones no son varones, ¿no es cierto?

—Bueno, cariño —dijo él en tono amable, y la miró con expresión burlona mientras saboreaba el café—. Todo el mundo sabe que los bailarines son…

—Espléndido —le interrumpió Carla—. Pensé que un hombre de su experiencia evitaría hacer generalizaciones sobre un grupo de hombres cuya capacidad física está a la altura de los atletas más entrenados.

Los ojos de Slade brillaban profundamente.

—¡No esperará que discuta algo así con usted! —le dijo con voz enérgica, sentándose en el sillón de cuero.

—¿Por qué no? —gruñó Slade que se sentó frente a Carla con las piernas extendidas—. ¡Cuando seas mía espero que se lo hagas saber a los otros hombres!

Carla se esforzó por controlar su ira.

—¿Me dejaría en paz si le dijese que Gary Crispin es mi amante?

—¡No! —Slade la miró fijamente—. Te diría que le olvides.

—Entonces no importa si admito que tengo una relación con él, ¿verdad? De cualquier manera, usted está convencido de que me desea.

—Esta noche te has propuesto irritarme, ¿no es cierto? —observó él mientras luchaba contra sus propios impulsos. Se tomó el café sin apartar la vista de su rostro.

—Nadie le ha pedido que viniera.

—Puedes llamarme masoquista —sugirió él secamente.

—Me gustaría llamarle de muchas formas —replicó Carla con voz serena.

—No te olvides de llamarme jefe…

—¡No me diga que me va a amenazar con el despido si le falto al respeto! ¡Usted ha hecho todo lo posible para obligarme a permanecer tres meses en la compañía! —se burló ella.

—Sabía que te quedarías cuando Lester te insinuara sutilmente lo despiadado que podía ser yo con los demás empleados si tú no permanecías en la empresa —le dijo Slade con voz suave—. Tu lealtad hacia él y hacia su compañía es admirable.

—Ya le he dicho que no espere que conserve la lealtad con usted. Me iré dentro de tres meses, y empezaré a contar los días desde ahora.

—Te ayudaré a contar —dijo Slade y, después de apoyar la taza sobre la mesa, se levantó rápidamente—. Y podríamos comenzar a trabajar esta misma noche.

Carla advirtió su intención y se puso de pie con arrogancia.

—Yo comenzaré cuando deje de molestarme.

Él sonrió divertido y deslizó la mano alrededor de su cuello.

—¿Piensas que puedes dominarme? Después de luchar civilizadamente contigo durante más de un mes, estoy preparado para usar otros métodos, mi querida Carla. Y aunque hayas podido ganar alguna escaramuza durante las negociaciones, no tendrás ninguna posibilidad en esta clase de guerra.

—¡Maldito sea, Slade!

La presión sobre su cuello aumentó y Carla comprendió que sería inútil intentar escapar.

Él inclinó la cabeza y la besó con pasión. Ella permaneció rígida entre sus brazos, mientras pensaba que aquel hombre era como Drew. ¿Sería el competitivo mundo de los negocios lo que generaba hombres como ellos? Tanto Slade como Drew se comportaban con arrogancia y orgullo, y los dos solían alterarse cuando alguien se atrevía a desafiarlos.

—¿Tienes miedo, Carla? —musitó él en tono insinuante—. ¿Tienes miedo de hacer comparaciones entre mis besos y los de tu amigo el bailarín?

—No hago comparaciones —murmuró Carla con ira, echando hacia atrás el cuello para evitar los besos de Slade. En ese momento él inició un lento recorrido con su boca hasta la curva del hombro.

—Creo que no las haces por motivos distintos de los que yo desearía.

—¡Es verdad! ¡No me interesa ser maltratada por un hombre que

no se comporta civilizadamente! ¡Alguien que considera que el sexo es un juego para dominar a las mujeres!

Carla notó que el cuerpo de Slade se ponía tenso y se arrepintió de haber hablado.

—Tú no entiendes —murmuró Slade con voz profunda. Su mano ascendió por la cintura de Carla hasta detenerse debajo de los senos.

—¡No! —gimió ella con desesperación al sentir la sensualidad de su caricia. Alzó los brazos y los apoyó contra su pecho en un intento por apartarse de él.

Slade no se inmutó al ver la reacción de Carla y, con intencionada suavidad, rozó la parte más sensible de sus senos. Al mismo tiempo, la otra mano oprimía su espalda, atrayéndola hacia su cuerpo.

—No eres tan fría como has pretendido hacerme creer, ¿verdad? —dijo él sonriendo, Carla no pudo ocultar el temblor que la estremecía.

—¡Slade, no quiero que me toque! ¡Quite sus manos de mí!

—Me gusta tocarte —replicó él con voz grave mientras sus manos le acariciaban la espalda—. Quiero sentir el fuego que arde en tu interior…

La boca de Slade recorrió su hombro desnudo y Carla sintió la humedad de su lengua.

Y por primera vez después de la terrible experiencia del divorcio, Carla advirtió que su cuerpo, su esbelto y disciplinado cuerpo, estaba respondiendo a las caricias de un hombre. No podía tolerarlo. ¡Jamás iba a entregarse a un hombre como ése! Había aprendido la lección y no estaba dispuesta a equivocarse nuevamente.

El porqué de lo que estaba sucediendo escapaba a su entendimiento en ese momento. Pero lo que realmente le importaba era terminar con esa situación lo antes posible.

—Suélteme, Slade o gritaré —le ordenó con voz enérgica—. Se lo digo por última vez.

Slade irguió la cabeza y fijó la mirada en sus ojos. Carla percibió la fuerza de la mano que se cerraba sobre su nuca.

—Iba a hacer las cosas lentamente —gruñó él—. Quería darte tiempo. Creí que así comprenderías cuánto te deseo y no huirías aterrorizada. Pero tú has estropeado mis planes al admitir que sabías lo que yo sentía. Ahora tengo un solo camino. Carla debo dejarte mi huella porque tú no me has permitido que el juego fuese como yo lo había planeado. ¿No lo entiendes?

—Entiendo que se esté comportando con su arrogancia habitual. El niño con ropa de hombre se apresta a tomar un juguete, que soy yo y que le pertenece simplemente porque lo desea.

—¡Estoy harto de tus absurdos análisis! —gritó Slade. Sus dedos buscaron la cremallera del vestido y un instante después el canesú cayó hacia adelante—. Y será mejor que dejes de tratarme como si fuese un niño. ¿No comprendes que me estás forzando a enseñarte la diferencia entre un hombre y un niño?

Carla jadeó sobresaltada y trató desesperadamente de ponerse el vestido de nuevo. Un sentimiento de ira la invadió.

—¡Nunca le perdonaré esto! Puede olvidarse de los tres meses que le he prometido esta noche. ¡Quiero que desaparezca de mi vida ahora mismo!

—No soy un perro sumiso al que puedas asustar con esos ojos fríos —le advirtió Slade en un tono persuasivo, rodeándole la cintura—. ¿Es así como has mantenido alejados a los hombres durante estos años? —continuó él con expresión sarcástica.

—¡Váyase de aquí! —le ordenó Carla, apartándose de él con decisión.

Slade se quitó la chaqueta y aflojó el nudo de la corbata sin dejar de mirarla.

—Te lo he advertido —dijo con serenidad, abrazándola—. Tengo que dejarte mi huella esta noche. Mi honor está comprometido.

Carla se apartó de él con un movimiento ágil y, sin reflexionar, cogió un candelabro de bronce del aparador que estaba detrás de él. Lo empuñó en una mano mientras con la otra sostenía el canesú, pero ya era demasiado tarde. Slade avanzó hacia ella muy enfurecido, después de haber estudiado la situación.

Un instante después, Carla se encontró sobre el suelo y desde allí contempló a Slade con expresión colérica. El candelabro quedó fuera de su alcance. Aferró el canesú desesperadamente pero no pudo evitar que los senos quedaran expuestos a la mirada codiciosa de él.

El pelo, que hasta entonces llevaba recogido, cayó sobre sus hombros. La respiración agitada le impedía hablar y tuvo que limitarse a mirar a su verdugo.

Slade permanecía de pie junto a ella con las manos sobre las caderas. El cuello abierto de la camisa blanca le daba un aire salvaje.

—Debo admitir que pareces muy sensual tendida de ese modo —

dijo él divertido—. Aunque no había planeado usar el judo para atrapar a mi futura esposa.

—¡Tu esposa! —exclamó Carla tuteándole. Le observó estupefacta y se preguntó si no estaría loco.

—No te pongas nerviosa, querida —murmuró él con voz suave. Se sentó a su lado y le acarició la mejilla—. Al menos esa mirada de asombro no es demasiado intensa.

—¿Puedes dejar de burlarte de mí, Slade? —le pidió ella mientras intentaba ponerse el vestido con dedos temblorosos—. Comprendo que todo esto te resulte muy divertido, pero yo… ¡Oh!

Slade le cogió las manos y la forzó a permanecer inmóvil sobre la alfombra.

—Esto no me resulta nada divertido —afirmó él, mirándola con pasión. Deslizó la mano hacia los senos y corrió suavemente el vestido hasta la cintura—. No me había propuesto hacerlo de esta forma. Estás estropeando todos mis planes.

Inclinó la cabeza para ahogar la protesta que se insinuaba en los labios de ella, mientras su mano exploraba el nacimiento de sus senos.

—No tengas miedo —murmuró Slade con voz áspera—. No te haré daño…

—¡Suéltame! —gimió ella con furia. No podía moverse. El vigor de sus brazos le impedía resistirse.

—No… —dijo Slade, iniciando un lento descenso hacia el vientre de Carla.

—Por favor, Slade…

—¡Dios! Tienes un cuerpo fuerte y al mismo tiempo delicado. ¿Será por la danza? ¿Quién hubiera pensado que el baile podía dar poder y gracia a un cuerpo? —agregó divertido mientras le besaba el cuello—. Tal vez sea tu naturaleza…

—¡No dejaré que me seduzcas, Slade! —exclamó Carla en tono enérgico.

—No puedes detenerme, cariño —musitó él besando sus senos—. Te deseo… Un hombre tiene derecho a seducir a la mujer que va a ser su esposa —agregó con convicción.

—Ningún hombre tiene derecho sobre una mujer, salvo que ella se lo otorgue.

A pesar del tono desafiante de su voz, los dedos temblorosos de Carla se apoyaron sobre el cuello de Slade. Un instante después apartó

la mano como si hubiera rozado una llama.

—Tal vez yo sea anticuado —dijo él en tono jocoso, mordiendo su seno con suavidad—. Sigo creyendo que un esposo tiene derechos y privilegios.

—¿Quieres dejar de decir disparates? —dijo ella con voz vacilante.

Pero Carla no podía entender lo que le estaba sucediendo. Ni siquiera con Drew había alcanzado la cima del placer. Intentó convencerse a sí misma de que sus sentidos la estaban engañando, y no quería aceptar que aquel hombre había sido capaz de hacerle experimentar un profundo placer. ¿Cómo podía su cuerpo percibir algo que desconocía?

—No son disparates —musitó Slade—. Serás mía, Carla Nevin. Mía para siempre.

—¡No! —la protesta de Carla era una mezcla de temor femenino y furioso rechazo. Pero en ese momento ella no podía decir qué era lo que rechazaba. ¿Era el ataque sensual de Slade o su respuesta a ese ataque?

Él permaneció indiferente a su protesta. La tendió sobre la alfombra y la cubrió con su cuerpo.

—¿Puedes imaginar cuánto he deseado tenerte así? —preguntó Slade con voz profunda—. Te he deseado desde el día que nos conocimos. Desde la primera vez que te miré.

Carla le miró y trató de reprimir el torbellino de sensaciones que crecía en su interior. Apelando a la disciplina conseguida en esos duros años se esforzó para no sucumbir al dominio de Slade.

—Tú lo único que deseas es agregar otro nombre a la lista de tus conquistas.

—Ya te lo he dicho. ¡Me casaré contigo, querida! ¿Por qué no dejas de hablar de conquistas?

—No creo que vaya a casarme nuevamente, Slade York —se apresuró a decir ella—. Pero si lo hago, estoy segura de que no será con un hombre que necesita dominar a su mujer para reafirmar su virilidad. Un hombre incapaz de aceptar que su mujer es igual a él sólo porque eso amenaza su personalidad. Y sobre todo nunca me casaré con alguien que cuando no puede dominar a su mujer la deja y busca otra.

Slade la contempló con expresión inescrutable.

—Ahora entiendo —dijo finalmente—. Él no podía dominarte y

entonces buscó otra mujer.

—¡Muchas mujeres! —reconoció Carla evocando a su ex-espo-so—. ¡Tal como tú pareces haber hecho desde que abandonaste a tu esposa!

Por un instante, Carla pensó que había ido demasiado lejos. Observó que se ponía tenso, como si fuese a replicar con una agresión física. A pesar de la fuerza de su cuerpo de bailarina no podía negar que Slade era mucho más fuerte y no quería seguir provocándole.

—No sabes nada sobre mi divorcio ni de las mujeres que he tenido desde que mi matrimonio se disolvió —gruñó él con los dientes apretados—. ¡Será mejor que aprendas a no sacar conclusiones apresuradas!

—¿Y si no lo hago? —preguntó ella con sarcasmo. Era habitual en un hombre como Slade recurrir a las amenazas. Seguramente se iría cuando comprendiera que no estaba dispuesta a rendirse.

—¡Lo harás! —exclamó él furioso—. Es evidente que has superado el fracaso de tu matrimonio. Yo sería un tonto si no advirtiese que con tu fortaleza interior puedes hacer todo lo que te exijan.

—¡Mi fortaleza interior la voy a usar contra ti! —replicó Carla con desesperación.

—Cálmate —le pidió él con una sonrisa inesperada. Después se puso de pie y la cogió entre sus brazos—. No querrás que me convierta en un niño travieso para probar que somos iguales…

Carla contuvo el aliento mientras él le abrochaba el vestido. Luego sintió que Slade le besaba la nuca posesivamente y ansió poder abofetearle.

—Has logrado lo que querías, ¿verdad? —murmuró él con voz suave, atrayéndola hacia su cuerpo. Inclinó la cabeza y aspiró la delicada fragancia de su pelo.

—Solamente te he dicho que soy consciente de tus planes absurdos.

—Pero tú no sabías todos mis planes, ¿verdad? —bromeó Slade mientras le besaba la oreja—. No sabías que quería casarme contigo.

—Eso no significa nada. No me interesa casarme contigo ni mantener una relación.

—Lo veremos dentro de tres meses.

—¡Si piensas que voy a trabajar contigo…! —comenzó a decir Carla con furia.

—Lo harás —afirmó Slade con firmeza—. Tienes que proteger a

todos los empleados ineficientes, ¿recuerdas?

—¡No dejarás que esa gente se vaya! —balbuceó ella después de escurrirse de sus brazos— ¡Firmaste una declaración donde asegurabas que nadie sería despedido durante el primer año! —se volvió para mirarle con la seguridad de que Slade no dudaría en cumplir su amenaza.

—Es verdad que firmé una declaración. Pero no estaba incluida en el contrato.

Slade se puso la chaqueta e instintivamente buscó la funda de las gafas en el bolsillo.

—Buenas noches, querida —murmuró con ternura. Luego la besó en la frente y se dirigió hacia la puerta. Al llegar, se volvió y, con la vista fija en el ramo de flores, dijo:

—Dile a tu amigo que no quiero más flores en la puerta de tu casa. Y no me importa su grado de virilidad.

Un instante después se perdió en la cálida noche de Arizona.

Capítulo 4

Carla terminó la serie de movimientos en la quinta posición, con el pie izquierdo ligeramente adelantado. Respiró hondo y comprendió que la señorita Marsden no iba a estar satisfecha.

—¡No, no, no! ¿Qué sucede contigo, Carla? —preguntó la mujer enfadada—. Ya es hora de que sepas que no debes doblar las rodillas cuando estás en el aire. ¡Inténtalo de nuevo!

La pequeña y autoritaria mujer conocida simplemente como la señorita Marsden dio palmadas para marcar el ritmo correcto de las piernas. Carla flexionó las rodillas, saltó con la pierna derecha bien extendida y volvió a caer en la quinta posición con el pie izquierdo hacia adelante.

—¡Mejor, mejor! Vamos a repetir todos los movimientos de nuevo.

Los ojos oscuros de la señorita Marsden evidenciaban que no estaba dispuesta a tolerar la excusa del cansancio. Su cabello grisáceo recogido en un moño de bailarina, parecía menearse cuando ella comenzó a dar palmas nuevamente.

—¡Suficiente! —exclamó después de unos minutos. Luego se volvió hacia el resto de la clase—. Lo harás mejor cuando vengas a tu lección la semana próxima, ¿verdad?

—Sí, señorita —asintió Carla sumisamente tratando de recobrar el aliento con disimulo.

Sus piernas temblaban por el esfuerzo que había tenido que hacer. Aún quedaban quince minutos de clase, un tiempo que podía ser muy largo con la señorita Marsden.

Finalmente, las doce mujeres vestidas con mallas se dispusieron a

terminar la clase con la clásica inclinación de saludo a la señorita Marsden. Ella tocó palmas una vez más y les permitió relajarse.

—¡Dios mío! La señorita Marsden se ha fijado solamente en ti esta mañana —bromeó Angie Connors mientras caminaba hacia el vestuario aflojándose las zapatillas negras.

—Me acosté tarde anoche —admitió Carla mientras sacaba los pantalones del bolso. Estaba bañada en sudor pero decidió ducharse en su casa. Al mirarse en el espejo comprobó que su pelo no estaba demasiado desaliñado y que su cuerpo reflejaba la tensión de la clase.

—¡Eso no es una excusa! —exclamó Angie imitando el acento de la señorita Marsden—. El primer deber de una bailarina es cuidar de su cuerpo.

—Solamente así podrá bailar sin sentir vergüenza —agregó Carla en tono jocoso—. Creo que la señorita Marsden sólo se preocupa por la danza, como si fuese algo tangible que debe ser tratado con respeto.

—¡Y tiene razón! —dijo alguien en tono divertido cuando las dos mujeres salían del vestuario.

El nombre que las esperaba en el vestíbulo tenía los ojos oscuros y su pelo negro le daba un aire enigmático que ostentaba con orgullo. Su cuerpo de bailarín profesional era ágil y armonioso, a pesar de que casi tenía cuarenta años.

—¡Gary! —Carla le sorprendió con una sonrisa y se despidió de Angie—. No debes escuchar los comentarios de los alumnos.

—El profesor de danza ve todo y sabe todo —afirmó él con fingida seriedad.

—Incluso mi dirección —dijo Carla— Recibí las flores anoche. Son preciosas, Gary. ¡Gracias!

—Me alegro de que te hayan gustado. ¿Cómo estuvo la fiesta en el club campestre?

—Muy bien —contestó Carla con poco entusiasmo—. Demasiado bien quizá. Me ha resultado difícil concentrarme en las instrucciones de la señorita Marsden.

—Ella es muy severa, ¿verdad? —Gary sonrió complacido—. Tuve suerte al contratarla.

—¿Trata a los niños con el mismo rigor que a los adultos?

—Oh, sí. Concentración absoluta y disciplina —dijo él con voz firme—. Él objetivo de la señorita Marsden es la perfección.

Carla sonrió.

—Nosotras apreciamos que nos permitas aprender con tu mejor instructora, Gary. Ella lleva la clase como si fuésemos futuras bailarinas y no un puñado de mujeres que tratan de estar en forma.

Él se encogió de hombros.

—El *ballet* enseña mucho. Yo quiero conseguir lo mejor de cada uno de mis alumnos. Oh, estás empapada. Deberías ir a la ducha: —le sugirió.

—Es lo que haré —Carla dio un paso hacia adelante y le acarició el brazo—. Gracias por las flores, Gary.

—Sabía que estabas poniendo todos tus esfuerzos en esas negociaciones —dijo él amablemente—. Cuando supe que la señorita Marsden te había estado reprendiendo deduje que gran parte de tu energía no se volcaba a la danza. Eso cambiará a partir de ahora, ¿verdad?

—Pareces una versión atenuada de la señorita Marsden —protestó Carla—. Todo lo que perjudique a la danza debe ser dejado de lado.

—Me complace que lo entiendas. ¡Te convertiremos en una buena bailarina!

Carla sonrió y, después de sacar las llaves del bolso, se dirigió hacia la puerta. Una sensación de bienestar la invadió al poner en marcha el Fiat verde. A pesar de la actitud reprobatoria de la señorita Marsden esa mañana, sus consejos sobre la necesidad de mantener la concentración habían contribuido a despejar su confundida mente.

Los ejercicios físicos le habían dado fuerza para enfrentarse de nuevo a Slade York. Mientras conducía rumbo a su casa bajo el sol calido de la mañana, comprendió que estaba agotada. Ese mes había trabajado mucho.

Pero esa mañana sintió que recobraba el control del cuerpo y de la mente. Lester Chapman había tenido razón al advertirle sutilmente sobre los peligros que acarreaba el período de transición de la compañía. Alguien debía atenuar el impacto y la persona indicada era ella.

Sabía que iba a tener que enfrentarse con muchos problemas, pero si conservaba la calma lograría salir adelante. Lo más importante era mantenerse lejos de York, sin caer en situaciones como la de la noche anterior. Ese hombre era potencialmente peligroso.

Frunció el ceño mientras evocaba los recuerdos de la fiesta y planeaba su estrategia para dominar a Slade York. Absorta en sus

pensamientos, no vio el Mercedes plateado que estaba frente a su casa.

Cuando se dio cuenta, un sentimiento de pánico se apoderó de ella. ¿Estaría decidido a continuar acechándola?

Cogió el bolso de cuero y avanzó hacia la puerta con deliberada lentitud.

Él estaba sentado sobre un escalón con un diario en las manos y una taza de café de un restaurante cercano. Carla advirtió la sombra oscura de su pelo bajo la luz brillante de la mañana. Tenía puestas las gafas de montura marrón, que daban un matiz intelectual a sus facciones rígidas. Los pantalones eran ajustados y la camisa azul estaba algo desgastada. Llevaba el cuello abierto y las mangas subidas. Carla tuvo que hacer un esfuerzo para desviar la mirada del vello de sus brazos bronceados.

—No lo tomes a mal —murmuró Carla deteniéndose frente a él—, pero hubiera preferido encontrar un ramo de flores en los escalones.

Él levantó la cabeza lentamente y le recorrió el cuerpo con la mirada hasta detenerse en el amplio escote de la malla de baile.

—Sé que no ha sido tu intención, pero me has ofendido —dijo Slade con voz suave. Después se quitó las gafas y las guardó en el estuche de cuero. Sus ojos se posaron sobre el rostro de Carla—. No perturbes la paz —murmuró sonriente.

—¿Conoces el significado de esa palabra? —dijo Carla adelantándose para abrir la puerta.

—Carla —dijo él poniéndose de pie—. Tengo que hablar contigo.

—Estaré en mi oficina el martes por la mañana —replicó Carla secamente. Luego se volvió para cerrar la puerta en su cara, cuando él interpuso un pie para impedírselo.

—Carla, por favor, cariño —insistió con voz tierna y mirándola—. Escúchame aunque sea unos minutos. Lamento lo de anoche…

Carla trató de disimular la sorpresa que le habían producido esas palabras.

—¿Lo lamentas? ¿Lamentas no haber podido conseguir lo que buscabas?

Él respiró profundamente.

—¿Vas a escucharme?

—Ahora no puedo. Tengo que bañarme.

—Esperaré.

—¡Aquí no!

—Veo que estás de buen humor. ¿Siempre eres así cuando vuelves de tu clase de *ballet*?

—Sí. Creo notar que tus intenciones no son demasiado buenas —comentó ella con fingida cordialidad—. ¿Estamos perdiendo la paciencia?

—¡No, maldición! ¡No perderé la paciencia!

—Creí que ya la habías perdido.

Slade contuvo la ira y comenzó a empujar con fuerza la puerta.

—Tenemos que hablar, Carla. Ve a tomar una ducha. Yo te esperaré en la sala —frunció el ceño con expresión irónica—. A menos que recurras a los gritos para que los vecinos vengan en tu ayuda.

—¿Te irías si lo hiciese?

—No.

Carla sabía que él decía la verdad. Sin embargo, su actitud no era amenazadora. Simplemente decidida. ¿Estaría arrepentido por lo ocurrido la noche anterior? Le observó con cierto escepticismo y abrió la puerta.

—Volveré en unos minutos —dijo ella alejándose del vestíbulo en dirección al dormitorio.

A Carla le encantaba permanecer bajo el agua caliente, pero esta vez se duchó con rapidez. Sé recogió el pelo en un moño, se puso unos pantalones de algodón y una blusa de manga corta y se calzó las sandalias. Había recuperado fuerzas y estaba lista para enfrentarse a aquel hombre nuevamente.

—¿Cómo sabías que iba a regresar por la mañana? —preguntó en tono frío al entrar en la sala.

Slade dejó el libro sobre *ballet* que había estado hojeando, se quitó las gafas y las guardó en el estuche.

—Tu vecina me ha comentado que siempre tenías clases de danza los sábados por la mañana —dijo él impasible mientras Carla iba hacia la cocina.

El tono inusualmente impersonal de su voz alertó a Carla. Se detuvo y le observó a través de la puerta entreabierta.

—¿Le has preguntado a mi vecina dónde estaba yo? —demandó con voz preocupada.

—Yo… no podía imaginar dónde habrías ido tan temprano un sábado por la mañana —admitió él en tono conciliador.

Cuando hirvió el agua Carla comenzó a preparar el té.

—¿Dónde habías pensado que estaba?

Él no contestó.

—¿Slade? —dijo ella preocupada. Cogió la taza y fue hacia la sala.

—No me mires así —le pidió Slade con una mueca burlona—. Admito que sentía curiosidad por saber dónde estabas, pero puedo jurarte que no he hecho una escena con tu vecina…

—¡Espero que no! —exclamó Carla. Vio que su mirada se posaba sobre el ramo de flores y comprendió la causa de su curiosidad.

—Si yo hubiera pasado la noche en otro lugar después de que te fuiste —dijo Carla secamente— no sería asunto tuyo.

—¿Cómo puedes decir eso sabiendo que vamos a casarnos? —protestó Slade.

Carla no estaba segura de que le gustara esa nueva imagen de Slade. No confiaba en su aparente empeño por evitar una confrontación más intensa.

—Puedo decirlo porque no tengo ninguna intención de casarme contigo —replicó ella—. Ahora dime qué has venido a hacer tan temprano. Si te fueras enseguida podría comenzar a lavar la ropa.

Él manifestó su disgusto ante esas palabras.

—¿Tienes idea de lo que significa para un hombre que le digan que no es tan interesante como la colada semanal?

—Si yo escribiese una lista de todas las cosas que preferiría estar haciendo en vez de hablar contigo, tu orgullo sufriría un golpe muy serio.

Slade contempló su pelo bajo la luz del sol que se filtraba a través de las puertas de cristal.

—Carla —dijo con tono enérgico—. Lamento lo de anoche.

Ella irguió la cabeza; sus ojos azules se posaron sobre los de Slade.

—¿Lamentas haberme propuesto matrimonio, o haberme forzado a besarte, o haberme obligado a que trabajase contigo?

Una sonrisa tenue se dibujó en los labios de Slade.

—Creo que tengo muchos motivos para disculparme.

—Estoy de acuerdo.

—¿Me harías el honor de aceptar mis disculpas? —preguntó él con cautela.

—Primero dime por qué te disculpas.

Él sonrió irónicamente.

—Ya debería saber que eres una negociante muy precavida —

señaló él.

—He adquirido mucha experiencia durante el último mes —le recordó Carla.

Slade suspiró pensativo.

—Empecemos de nuevo, Carla. Quiero seguir viéndote. Te pido disculpas por no haber sabido controlarme. No ha sido mi intención forzarte a hacer nada. Sé que eres la clase de mujer que necesita tiempo, pero al descubrir que sabías cuánto te deseaba, me precipité, pues había esperado mucho tiempo para besarte…

—¡Eso no suena como una disculpa! —gritó Carla con evidente disgusto.

—Pero lo es —insistió él mientras avanzaba hacia las puertas de cristal. Se llevó las manos a los bolsillos del pantalón y contempló absorto el jardín.

—Aceptó mi error por permitir que mis emociones prevalecieran sobre mi sentido común. ¿Qué otra disculpa puedes esperar de un hombre?

—Me sorprende que no sepas cómo disculparte —comentó Carla mientras trataba de adivinar lo que sobrevendría después de eso.

—Hago todo lo que puedo —le dijo él con voz tranquila—. ¿Me creerás si te digo que estoy arrepentido de, haberte forzado anoche?

—¿De haberme forzado?

—¡Sí, maldición!

—No te creo.

—¡De acuerdo! —se volvió hacia ella bruscamente—. No me arrepiento de haberte besado. ¡Sólo Dios sabe cuánto he deseado hacerlo todo este tiempo! Pero no volveré a forzarte. Confía en mí, por favor.

Un tenso silencio reinó en la sala mientras Carla le miraba fijamente. Slade parecía perturbado pero muy decidido.

—¿Me das tu palabra? —preguntó seriamente.

—¡Te doy mi palabra! —Slade hizo una breve pausa y luego agregó —: Si puedo seguir viéndote los próximos tres meses.

—¿Se trata de un nuevo pacto, Slade?

Él contuvo una réplica irónica y dijo:

—Me parece que sí. Y debo admitir que tú tienes ventaja.

Tres meses era mucho tiempo para trabajar con alguien que podía hacer su vida tan difícil como la noche anterior. Pero tres meses bajo

esas condiciones podrían ser tolerables. Incluso lograría cierto control sobre él.

Carla no tenía ninguna intención de casarse con ese hombre, pero si él pensaba que a ella le entusiasmaba la idea, podría manejarle con facilidad.

—¿No más llaves de judo? —murmuró Carla, vacilante.

Slade sonrió.

—Te prometo, que no volverá a suceder.

—¿Dónde aprendiste judo?

La pregunta sorprendió a Slade.

—¿Qué importancia tiene?

—Simple curiosidad.

—Tal vez sea un buen indicio. ¡Nunca has demostrado curiosidad sobre mí hasta ahora! Aprendí judo en el colegio.

—Entiendo.

—¿Carla?

—Estoy pensando en eso, Slade —bebió un sorbo de té y tomó una decisión. Aceptaría la oferta para atenuar la intensidad de su persecución. De esa forma lograría una tregua durante los meses.

Finalmente dejó la taza sobre la mesa de madera que estaba frente al sillón y, con voz fría, preguntó:

—¿Estás seguro de que no repetirás lo de anoche?

—No te forzaré —asintió Slade—. Al menos mientras tú respetes el pacto.

—¿Qué quieres decir?

—Que aceptarás mis invitaciones y me darás la oportunidad de cortejarte adecuadamente —explicó él sin vacilar.

—¿Y no mezclarás nuestra relación personal con el trabajo?

—No.

Carla asintió con la cabeza.

—De acuerdo. Acepto.

La expresión preocupada del rostro de Slade desapareció.

Carla se mordió el labio inconscientemente; por un momento dudó de haber hecho lo correcto, pero no había tenido otra alternativa. Si iba a trabajar con él durante tres meses sería mejor tener algún control sobre sus acciones.

—Tengo que hacer muchas cosas esta tarde, Slade —dijo ella secamente.

—Lo sé. Tienes que lavar. Pero yo tengo algo mucho más interesante para sugerirte. ¿Alguna vez has volado en un planeador?

—¡En un planeador! Bueno, no. Solamente vuelo cuando es imprescindible hacerlo.

—Ese tipo de avión es algo totalmente distinto. No es un medio de transporte —dijo él alzando la mano con gesto reprobatorio—. Volar en un planeador es como tener tus propias alas. Ven conmigo, Carla, y te mostraré lo que es volar.

—¿Es seguro?

—Hoy no nos alejaremos del aeropuerto y el día está despejado. Por favor, Carla —le rogó, extendiendo las dos manos con gesto inocente—. ¡No podré hacerte nada mientras maniobro los controles!

Carla decidió dejarle creer que aceptaba ser cortejada. De esa forma quedaría establecido que ella había actuado de buena fe, aunque no era fácil engañar a aquel hombre.

—Dejaré la taza en el fregadero —dijo ella finalmente, aceptando con poca convicción.

—No te apures. Tengo que hacer algo mientras tú enjuagas la taza.

Ella asintió con la cabeza y se dirigió hacia la cocina mientras Slade abría las puertas que daban al jardín.

Al regresar a la sala comprobó que él no estaba allí. Miró a su alrededor con el presentimiento de que algo había cambiado. Finalmente advirtió que las flores de Gary habían desaparecido.

Cuando Slade saltó a través de la ventana ella le estaba esperando.

—¿Qué has hecho con mis flores? —le increpó con severidad, indignada al verle frotarse las manos.

Slade la miró divertido.

—Estaban empezando a marchitarse. No hay nada peor que las flores cuando mueren. Es muy triste.

—¡Demonios, no es cierto! Estaban frescas anoche y esta mañana, ¡no dejaré que te entrometas en mi vida privada porque he aceptado que me cortejases! ¿Me entiendes?

—Vamos, cariño. No quiero desperdiciar el buen tiempo para volar.

—¡Pero mis flores…!

—Demasiado tarde —afirmó él en tono amable, y cogiéndola del brazo la llevó hacia la puerta—. Las he tirado a la basura.

—¡Qué descaro! Si esto es una muestra de tu nuevo estilo, déjame

decirte que…

Slade la interrumpió empujándola hacia el interior del Mercedes y cerrando la puerta en su cara. Pero ella no se enfureció. Reconocía que la situación en que se encontraba era muy divertida.

La idea de festejar sus extravagancias era desalentadora, sin embargo, Carla tuvo que reprimir la sonrisa que curvaba sus labios.

—Si quieres flores yo te las compraré —le prometió él mirándola detenidamente.

—Lo primero que tendrás que aprender para cortejarme es que no me agradan los hombres celosos y posesivos. Ninguna de esas emociones refleja un gran amor. Los celos son síntoma de…

—Por favor, no me llames niño nuevamente —la interrumpió él con voz suave.

Al observar que sus dedos apretaban el volante con fuerza, Carla decidió retractarse de su comentario, pero no sabía si lo había hecho por temor o por no estropear el día con una discusión. Ninguna de las razones le parecía satisfactoria y meditó sobre ello camino del aeropuerto.

—¡Parece un juguete! —exclamó Carla un rato más tarde al contemplar el pequeño planeador que descansaba sobre el borde de un ala de aluminio.

Slade sonrió con orgullo y abrió la cubierta de la cabina, dentro de la cual había dos asientos.

—No te preocupes; vuela como un pájaro.

—Tiene el mismo tamaño —señaló Carla. Ésta se acomodó en el asiento trasero—. ¿Estás seguro de que no atravesaré la chapa con mi pie? ¡Es como subir a una canoa por primera vez!

—Te enviaré la cuenta si lo haces. Este planeador es mi tesoro más preciado. Aparte de ti, por supuesto —agregó con una sonrisa burlona —. Abróchate el cinturón de seguridad.

Se inclinó sobre ella y la ayudó a ajustarlo. Una vez más, Carla tuvo que contenerse para no decirle que sabia cómo hacerlo.

Ella dirigió una mirada preocupada a la pista donde el pequeño avión aguardaba pacientemente. Delante de ellos, un Cessna 180 de apariencia más segura, esperaba la señal.

—¿Esa cuerda es lo único que nos hará despegar? —preguntó Carla con la vista fija en el cable de remolque que unía al Cessna con el planeador.

—A pesar de tus conocimientos tecnológicos no tienes mucha fe en las maravillas de la aeronáutica —protestó Slade mientras ajustaba su cinturón. Luego cerró la cabina, hizo una seña al piloto del Cessna y saludó a un muchacho delgado que había salido de un hangar cercano.

—Los aviones deben tener motores —señaló Carla mientras el Cessna avanzaba sobre la pista.

El cable de remolque se tensó y el pequeño planeador comenzó a deslizarse. El muchacho corrió hacia un lado, sosteniendo el ala hasta que la velocidad fue suficiente para mantener el equilibrio. Unos segundos después el Cessna se elevó en el aire y Carla se agarró en el asiento al ver que el planeador lo seguía. El pequeño juguete le pareció entonces más seguro.

—¿A qué altura quedaremos abandonados a nuestra suerte? —preguntó ella inclinándose hacia adelante para hablar. El motor del Cessna inducía a creer que era un vuelo normal.

—A los tres mil metros aproximadamente —contestó Slade con la mirada fija en el altímetro y en el indicador de ascenso.

El Cessna describió un amplio círculo, arrastrando al planeador cada vez más arriba. Carla divisó la ciudad, donde resaltaban los imponentes edificios. Las montañas que envolvían Fénix y el valle de Salt adquirían una nueva perspectiva.

Estaba comenzando a disfrutar de aquella maravillosa vista cuando Slade apretó un botón rojo y un instante después él planeador se desprendió del Cessna, que regresó al aeropuerto.

Capítulo 5

Oh, dios mío —suspiró Carla al comprender lo reconfortante que era el rugido de un motor en esas circunstancias. Lentamente comenzó a percibir otro sonido, el silbido del aire.

—¿Cómo estás? —preguntó Slade desde el asiento delantero.

—Creo que me estoy acostumbrando —contestó ella llanamente—. Al menos no nos hemos caído al suelo cuando se ha soltado la cuerda. Era lo que esperaba, ¿sabes?

—Es evidente que no tienes fe en la teoría de vuelo —bromeó Slade—. ¿Piensas que los pájaros tienen miedo de caerse?

—Un pájaro tiene alas que se mueven, —señaló Carla.

—Pero apenas las utilizan cuando puede volar en las corrientes de aire. ¿Nunca has visto un halcón volar sin mover las alas? ¡Es como un piloto de planeador!

—Tendré que admitir que volar así produce una sensación diferente. Hay más… libertad.

—La misma diferencia que hay entre nadar desnudo y con un traje de baño —bromeó él.

—¡Slade!

—Fíjate ahora en el movimiento del planeador.

Carla era consciente de que habían estado moviéndose en espiral, siguiendo una burbuja ascendente que estaba debajo de ellos desde que habían dejado atrás la cuerda. Cuando Slade dejó ese colchón de aire se produjo una sensación de vértigo.

El planeador encontró otra corriente y nuevamente giró en cerradas espirales. Ascendieron mil metros más. Carla comenzó a

relajarse mientras disfrutaba de fugaces vistas del aeropuerto, cosa que la tranquilizaba. Sabía que incluso los aviones con motor podían volar sin dificultad hasta la pista si perdían altura.

—Aún no puedo creer lo tranquilo que es —murmuró con voz débil—. Sólo se oye el silbido del aire.

—Lo sé. Es fantástico, ¿verdad? —la voz de Slade manifestaba su complacencia.

—¿Cómo sabes dónde estarán las corrientes? —preguntó Carla cuando pareció que perdían el empuje ascendente que habían estado siguiendo.

—Nunca se sabe. Al menos no es seguro. Pero hay muchos indicios. Aquella pequeña nube que ves allí puede estar formando una, por ejemplo.

Slade condujo el pequeño avión hacia la nube y cuando estuvieron debajo de ella comenzaron a elevarse con fuerza. Al llegar a la base de la nube, Slade descendió nuevamente.

—Y ahora voy a demostrarte que la superficie de una carretera siempre está mas caliente, que el desierto que la rodea, pues el aire que hay sobre ella se eleva más, debido a su mayor temperatura.

Inmediatamente comprobó su afirmación volando sobre una carretera de doble vía.

—Debes buscar los accidentes del terreno donde el sol pueda haber causado temperaturas diferentes. Allí donde hay distintas temperaturas existe la posibilidad de que se libere una corriente de aire cálido. ¿Conoces las leyes de la termodinámica, verdad?

—Sé que el aire más calido asciende —dijo Carla con un toque de indignación.

—Bien, nena. Es todo tuyo.

—¿Qué? —Carla se irguió sobresaltada—. ¡Slade! ¡No hagas esta clase de abromas! ¡Pon tus manos en el timón, por favor!

—¿Por qué? Tienes uno delante de ti.

—¡No sé lo que estoy haciendo! ¿Te has vuelto loco?

El planeador comenzó a moverse sin control. Carla cogió el timón con fuerza. Lo desplazó con cautela y advirtió que el planeador respondía automáticamente.

Excitada por la emoción maniobró una vez más, y enseguida consiguió ascender.

—¡Dios mío! ¡Uno puede convertirse en un adicto a esta clase de

poder!

—Lo sé —dijo Slade en tono irónico.

—Apuesto a que no te deben faltar citas los sábados por la mañana, a pesar de tu arrogancia.

Después de un instante de silencio, Slade dijo con voz serena:

—Eres la primera mujer que traigo a volar conmigo.

—Oh.

Carla no sabía qué responder y decidió concentrarse en el pilotaje del planeador.

Durante algo más de una hora continuaron persiguiendo las corrientes, subiendo y bajando con la libertad de un pájaro. Antes de que Slade tomara el control por última vez y empezara el suave descenso sobre el aeropuerto, Carla había decidido olvidarse del incidente de las flores.

—¿Qué sucede si un avión está a punto de aterrizar? —le preguntó ella.

—Nosotros pasamos primero —afirmó él—. Los aviones con motor tienen que ceder ese derecho a los planeadores.

Un instante más tarde el planeador aterrizó suavemente con su única rueda y se deslizó sobre la pista. Por medio de los alerones, Slade mantuvo las alas balanceadas hasta que el vehículo se detuvo. Dos muchachos que estaban junto a un hangar corrieron para empujar el avión.

Cuando Slade se aseguró de que los dos muchachos se encargaran de guardar el planeador, deslizó su brazo sobre los hombros de Carla y se dirigieron hacia el Mercedes. Antes de que ella tuviera tiempo de entrar en el automóvil, Slade la oprimió con fuerza.

—Sabía que te gustaría volar —dijo él satisfecho al abrirle la puerta del coche—. Volveremos el próximo fin de semana.

Carla le muró con pesar cuando él se deslizó detrás del volante.

—Gracias, Slade. Me encantaría, pero no podré. Tengo otros planes para el próximo fin de semana.

—¿Todo el fin de semana? —preguntó él frunciendo el ceño.

—Creo que sí. Negocios.

—¡Negocios! ¿Qué clase de negocios? Tú trabajas para York Instrumens ahora. No veo que haya ninguna razón por la cual no puedas estar libre el fin de semana.

—Slade, voy a ir a una conferencia en Tucson. Es algo que está

planeado desde hace varios meses. Lester siempre envía a alguien y este año es mi turno.

—¿Ese encuentro de dos días sobre el estado de la técnica de instrumentación? —preguntó él.

—Exacto.

Slade se relajó y puso en marcha el motor.

—No hay problema. Ya he designado a gente, de la compañía para que vaya. York Instruments estará representado sin ti.

—Yo tengo un interés personal en asistir —declaró Carla irritada mientras él conducía el Mercedes hacia la autopista—. Ya están hechas las reservas y me apetece mucho ir. Es una conferencia importante.

Carla presintió que él había advertido la severidad de su tono e intuyó que estaba buscando una respuesta lógica para seguir la discusión. También adivinó que a Slade no le importaban los razonamientos. Todo lo que deseaba era decirle que no podía ir. Claro que si hubiese sido una conferencia que le interesara a él, jamás hubiera dejado que una mujer se interpusiera.

—¿Qué harás si te digo que York Instruments no pagará tu viaje? Ya hemos gastado demasiado dinero en esta conferencia y no estoy dispuesto a enviar más gente —su voz áspera recobró el tono impersonal.

Carla se encogió de hombros.

—Si la compañía ha decidido eso, yo pagaré mi viaje. He esperado esta conferencia durante mucho tiempo. Hay muy pocas reuniones que puedan ser tan útiles para mí.

—Hablaremos de esto más tarde —le dijo Slade con expresión impaciente.

—No hay nada que hablar —replicó ella fríamente.

—Sí, pero lo haremos después de la cena. ¿Dónde te gustaría comer esta noche?

Carla suspiró.

—¡No puedo salir! ¡Tengo que lavar!

—Puedes hacerlo esta tarde. Iré a buscarte a las seis y, dado que no tienes preferencias, te llevaré a un lugar que conozco en Scottsdale. ¡Comida mejicana y buen ambiente!

* * *

Dos horas más tarde Carla terminó sus tareas y se preguntó por qué había aceptado la invitación de Slade York. Mientras sacaba las toallas de la lavadora pensó que la experiencia de volar la había debilitado. El estado de euforia que ambos habían experimentado había sido aprovechado por él para convencerla. Cerró la lavadora y volvió a la cocina.

Tenía que salir con él esa noche y, a juzgar por las intenciones de Slade, era muy probable que tuviera que hacerlo muchas otras noches. ¿Cuánto tiempo tardaría él en advertir que no pensaba ceder a sus caprichos?

Sin embargo, Carla tampoco sabía exactamente lo que debía hacer, y decidió no pensar más en ello durante algunas horas.

Comenzó a vestirse. Se puso un vestido color turquesa y blanco cuyo escote dejaba al descubierto su esbelto cuello. Después, se recogió el pelo en un moño y se colocó una gargantilla de plata.

La expresión de Slade cuando abrió la puerta la cogió por sorpresa. Había pasado mucho tiempo sin encontrar un gesto aprobatorio en los ojos de un hombre. Al verle se sintió conmovida y trató de disimular su disgusto.

—Estás muy hermosa esta noche, pequeña Carla. Aunque tú siempre tienes un aspecto maravilloso. Incluso con la ropa de oficina.

—No sabía que no te gustaba mi ropa de trabajo —señaló ella retrocediendo.

Él también estaba atractivo esa noche. El estilo clásico de su vestimenta le sentaba muy bien. Llevaba un traje azul marino y una elegante corbata. Era la imagen de un ejecutivo frío, confiado, con dominio de sí mismo y de los que le rodeaban.

—Oh, me gusta tu ropa de trabajo. ¡Es de un estilo puritano que apruebo de todo corazón! —sonrió, divertido—. No quiero que ningún hombre piense que estás disponible.

Carla se sonrojó.

—¿Toda mujer está disponible si un hombre no se ha adueñado de ella, verdad?

—Oh… Creo que no me he expresado bien —dijo él disgustado—. Tú sabes lo que he querido decir, cariño. No, interpretes mal mis palabras, por favor. ¡No puedo evitar ser posesivo contigo!

—No, supongo que no puedes. Parece que muchos hombres tienen

el mismo problema. Estoy lista para salir, Slade.

Sin decir nada, él la condujo hacia el coche. Durante el viaje, mantuvieron una conversación cordial hasta llegar a la lujosa aldea de Scottsdale. Aparcó en una vieja calle y recorrieron las tiendas y las galerías antes de ir a cenar.

* * *

Sólo cuando estuvieron sentados en el salón del restaurante, Slade dejó que la conversación volviera a ser personal.

Sacó el estuche de cuero del bolsillo y, después de ponerse las gafas, se puso a leer la carta con curiosidad.

—No puedo creer que sea nuestra primera cena juntos —dijo él—. Ya que te conozco desde hace mucho tiempo.

—Desde hace un mes —bromeó Carla cogiendo la carta.

—Es demasiado tiempo para desear a una mujer y no invitarla a salir.

—Tu voluntad es admirable —le dijo ella secamente.

—Oh, yo puedo ser paciente cuando es necesario —señaló Slade quitándose las gafas.

—¿No sabes que a algunas mujeres no les gusta ser perseguidas como si fuesen un trofeo que hay que ganar para luego desecharlo?

—¿Cómo puedo ganar ese trofeo, Carla?

Carla alzó la vista pero la aparición del camarero postergó su respuesta. Sin embargo, cuando se quedaron solos, su mirada seguía fija en ella.

Carla se sintió invadida por un desbordante deseo de decirle lo inútil que era su persecución. Pero antes de que pudiera pensarlo, comenzó a hablar de ella.

—De acuerdo, te lo diré, Slade. Tal vez puedas entenderme cuando te diga por qué no quiero tener relación con ningún hombre que trate a las mujeres como si fuesen una presa.

—Adelante —la invitó, y, levantando la copa de vino, la miró pensativo, sin molestarse en negar su acusación.

—Conocí a Drew Sheridan cuando fui a trabajar a la empresa donde él trabajaba, en Denver —comenzó ella con nerviosismo—. Él era mi jefe. Al poco tiempo me hizo ver que quería ser algo más que

eso. Dijo que estaba enamorado de mí. Era atractivo, tenía todas las cualidades que una mujer busca en un hombre. Además de ser románticamente posesivo.

Se contuvo esperando una réplica de Slade, pero él permaneció callado, mirándola con expresión inescrutable.

—Nos casamos. No era la gran pasión que yo había soñado pero sabía, o creía saber, que los buenos matrimonios se basaban en cosas tales como el respeto, la confianza, los intereses comunes. Drew y yo compartíamos un trabajo. Luego obtuve un ascenso.

—¿Y empezaste a convertirte en una amenaza?

Carla asintió.

—Ya no era la protegida de Drew. De alguna forma, me transformé en una profesional agresiva, astuta, en una mujer que usaba a los hombres para llegar a la cima. Estaba aturdida. Había creído ingenuamente que él estaría orgulloso de mí. Pero él ya no era mi jefe y eso cambiaba las cosas. Estábamos al mismo nivel.

—¿Todo empezó a complicarse a partir de entonces? —aventuró Slade en voz baja.

—Al principio, se limitaba a desaprobar mi puesto en la empresa, pero luego comenzó a quejarse de las exigencias de mi trabajo. ¡No importaba que su trabajo fuera igual de exigente! Por el bien del matrimonio traté de ceder a sus protestas. Como era de suponer, mi carrera declinó.

Carla hizo una pausa mientras evocaba aquel difícil año en Denver.

—Cierto día, ante la insistencia de los directivos, acepté ir en un viaje de negocios. Al volver a casa, Drew me insultó y me hizo horribles acusaciones. Tuve que decirle a la compañía que no podía viajar. Drew continuó viajando, casi siempre con su secretaria. Cuando le hice ver que el arreglo no era justo y que estaba perjudicando mi carrera, él me dijo cosas terribles y sostuvo que era natural que un hombre se comportara de una forma tan posesiva.

Carla suspiró.

—Pienso que empezó a odiarme, vivir con él era insoportable. Finalmente, le propuse buscar una solución racional —sus labios se curvaron con una sonrisa irónica—. Creí que sería mejor hablar lejos de casa y de la oficina. En un territorio neutral, por así decirlo. Fui a buscarle a Los Ángeles, donde él había asistido a una conferencia. Al entrar al dormitorio descubrí que estaba acostado con su secretaria.

Me quedé frente a él como una tonta, escuchándole decir que todo era culpa mía. Según Drew yo le había empujado a los brazos de otra mujer, porque era incapaz de hacerle feliz en la cama. Durante todo el tiempo, la secretaria permaneció tendida junto a él con una sonrisa en los labios. Drew me dijo que iba a casarse con ella. Salí del dormitorio e inicié la demanda de divorcio. Y ésta es toda mi historia.

—Y la lección que has aprendido es que el deseo masculino de poseer nace de una personalidad inmadura. Un hombre posesivo es aquel que quiere a una mujer mientras puede dominarla a su antojo. Y si esa mujer no puede ser poseída totalmente, entonces se aleja en busca de otra. ¿Es así?

—Él no es el único caso, Slade, y tú lo sabes. Después de lo que he visto en estos cuatro años, pienso que la mayoría de los hombres son como él, al menos los que yo suelo tratar en el mundo de los negocios. No les interesa tener una relación prolongada con una mujer que significa una amenaza a su personalidad. Tienen que dominar la relación tanto en lo sexual como en lo económico, o se alejan acusándola de ser culpable.

—Tú misma me dijiste que no es justo generalizar.

—¿Vas a decirme que tú eres distinto? —preguntó ella con voz serena.

—¡Es una pregunta mal intencionada!

—Contesta simplemente sí o no.

—La respuesta no es simple. Cometiste el error de casarte con un niño inmaduro y ahora quieres creer que yo soy igual que él.

—¿Puedes contestar la pregunta con honestidad? —le desafió Carla mientras le servían la comida.

Slade esperó que el camarero se alejara. Era evidente que estaba buscando una forma de escapar, y ella sintió una profunda satisfacción al comprender que le había acorralado.

—De acuerdo, Carla. Te daré una respuesta —dijo él mirándole fijamente a los ojos—. Físicamente, soy tan posesivo como tu ex-marido. Quiero hacerte el amor hasta lograr qué seas completamente mía. Quiero tenerte en mi cama, oírte pronunciar mi nombre con pasión y sentirte temblar en mis brazos. ¡Y quiero que tu cuerpo responda sólo a mis caricias!

Carla se ruborizó al escuchar sus palabras. Intentó disimular el temblor de sus manos y le miró sin decir nada.

Slade se inclinó hacia adelante y dijo:

—¡También quiero que tú me hagas el amor con la misma pasión! ¿Me entiendes?

Carla permaneció en silencio, con el rostro iluminado por la tenue luz de las velas.

—Si un hombre se atreviera a tocarte después de haber sido mía, yo le mataría. ¡Pero también quiero ser poseído!

—Slade, por favor —dijo Carla con voz trémula—. Éste no es el lugar para discutir algo así…

—Tú lo has querido —contestó Slade—. En cuanto al aspecto económico, eso no me preocupa. Ya he podido comprobar lo que quería saber. Sé que soy capaz de llevar cada vez más adelante a York Instruments si me lo propongo, pero también tengo un sentido del equilibrio en la vida. No quiero que mi trabajo me destruya. Necesito tiempo para volar en mi planeador, para nadar en la piscina en un día caluroso y, más que nada, necesito tiempo para mi mujer. No, no me importaría que tuvieras un empleo tan bien pagado como el mío, pero sí me importaría que no dedicáramos tiempo a nuestro matrimonio.

—Slade, baja un poco la voz —le pidió, Carla, mirando nerviosa a su alrededor.

—Aún no he terminado, Carla —dijo él con voz suave—. Hay algo más que debes saber. Si descubriese que no soy lo más importante para mi mujer, creo que me indignaría. ¡Admito que no lo toleraría! ¡Pero jamás me acostaría con otra mujer para vengarme!

Sus palabras terminaron por conmover a Carla.

—Hermosas palabras, ¿pero qué hay detrás de ellas? ¿Qué sucederá si tengo que viajar por motivos de trabajo? ¡Ya has tratado de impedir que vaya a Tucson el próximo fin de semana!

—¡No es porque desconfíe de ti! ¡No me gusta la idea de que estés sola y desprotegida entre un grupo de idiotas! ¡Y no me digas que no hay muchos de ellos allí! He estado en muchos seminarios y conferencias…

—¿Tratas de decir que no permitirías que me separase de ti?

—No exactamente —replicó él con dureza—. Nuestro trabajo no requiere viajar tanto. Iré contigo cuando sea necesario y espero que tú hagas lo mismo cuando yo deba viajar. Tal vez el plan no resulte en algunas ocasiones, pero nos limitaremos a separarnos cuando sea imposible evitarlo —sonrió y luego agregó—: Mientras sigamos juntos

en York Instruments controlaremos muy bien esa parte de nuestra vida.

—Lo que estás diciendo es que yo debo seguir trabajando contigo para que todo marche bien. Aún sigues siendo el que manda.

—Veo que te has propuesto que estemos discutiendo durante toda la noche, ¿verdad? Prueba tu torta de maíz antes de que se enfríe.

* * *

Un clima de tensión persistió durante el resto de la velada. Slade evitó referirse a temas potencialmente peligrosos y limitó la conversación al trabajosa aviación y otros asuntos menos personales. Carla le escuchaba con una cierta sensación de alivio. Era como si ambos hubiesen pactado una tregua hasta el final de la cena.

—¿Por qué no te relajas? —sugirió Slade en tono persuasivo al detenerse en un semáforo—. Pareces un resorte a punto de saltar.

—Es natural, teniendo en cuenta lo que sucedió anoche después de llegar a mi casa —señaló ella con sarcasmo sin apartar la mirada de la ventanilla.

—No debes preocuparte. Ya te he dicho esta mañana que te trataré con delicadeza. No pretendo forzarte, querida.

—No tengo miedo de ti, Slade, pero no quiero que se repitan escenas como la de anoche.

—Comprendido —dijo él amablemente, mientras aparcaba el coche —. Te trataré como si estuvieses hecha de la más fina y delicada porcelana. ¡Si eso es lo que deseas! —agregó con una carcajada.

—Eso es lo que deseo —dijo Carla, que se dirigía apresuradamente hacia la puerta—. Me pregunto si serás capaz de controlarte tal como acabas de prometerme.

—Compruébalo. Invítame a tomar un café.

—Así empezó todo anoche.

—De acuerdo; prepara un té. O coñac. Tal vez, si estoy ebrio, me quede quieto en el sillón.

Carla cedió a su sentido del humor. Slade parecía más inofensivo que la noche anterior y se había comportado bastante bien durante el día.

—Tengo un buen coñac —dijo ella, tirándole la llave—. No se lo

ofrezco a cualquiera; tú entiendes…

—Lo saborearé bien —prometió Slade en tono jocoso.

Un rato más tarde, le dijo:

—Ven conmigo a Sedona mañana. Todavía nos quedan dos días.

Luego agregó detalles sobre las coloridas artesanías de la aldea de Oak Creek Canyon.

Carla bebió el coñac lentamente.

—Si me estás proponiendo que pase la noche contigo en Sedona, la respuesta es no.

Él meneó la cabeza.

—Sabía lo que ibas a decir, pero valía la pena intentarlo —apoyó la copa sobre la mesa y se volvió hacia ella—. Bueno, dado que no te ha gustado mi propuesta, será mejor que empiece a trabajar yo solo.

Se quitó las gafas y apoyó las manos sobre los hombros de Carla.

—Slade, tú prometiste… —se detuvo al encontrarse con su mirada.

—Yo prometí no forzarte a hacer nada —asintió él, y acercándola hacia su cuerpo con delicadeza—. Pero eso no significa que no pueda rogarte, suplicarte, o vender mi alma por un beso.

—¡Oh, Slade! —murmuró Carla sin saber cómo defenderse de su inesperada actitud.

Él no respondió. Su boca descendió hacia los labios de Carla en una suave caricia.

El beso era tibio, persuasivo, insinuante. No había agresividad en Slade esa noche. Lentamente, ella empezó a relajarse. Lo ocurrido el día anterior había suscitado emociones que nunca había soñado. Emociones que Drew jamás había buscado en ella.

Esa noche todo era distinto. No había amenazas ni necesidad de defenderse. Carla sabía que podía detenerle en un segundo. Todo lo que teñía que hacer era apartarse o esbozar una protesta.

—Me gustan tus labios cuando responden a mis besos —dijo suspirando profundamente—. Es como besar a una flor cuyos pétalos se abren al tocarlos.

La tibieza de Slade comenzó a invadir los sentidos de Carla, que separó los labios, dejando que él disfrutara del contacto más íntimo que estaba buscando. Apoyó las manos sobre sus hombros y su cuerpo se unió al de Slade en un arrebato de deseo.

—Carla, querida. Eres de miel y fuego, ¿lo sabías?

Carla advirtió con deleite que él temblaba. ¿Habría ocurrido lo

mismo la noche anterior cuando ella estaba tan perturbada? ¿Qué significaban la miel y el fuego? Sabía que eso no era cierto. Drew lo había afirmado muchas veces…

Ella gimió suavemente. El deseo de sentirle la empujaba contra su cuerpo. Sus manos vacilaron y luego se detuvieron sobre el nudo de la corbata.

—Sí, por favor —murmuró Slade cuando Carla comenzó a aflojar la corbata oscura.

Advirtió que los músculos de Slade se tensaban y contuvo el aliento cuando él deslizó los dedos sobre sus hombros buscando la cremallera del vestido.

Él permaneció inmóvil durante un momento, mientras Carla le quitaba la corbata, y luego le tocó el borde de la oreja con la punta de la lengua.

Un gemido ahogado escapó de los labios de Carla, que apoyó su mano contra la pierna de Slade. En ese instante Slade se movió ligeramente sobre el sillón y ella apartó la mano.

—Slade —se detuvo. Deseaba que la abrazara y que la acariciara, como había querido hacerlo la noche anterior.

Pero ésa no fue la reacción de él. Su respiración se aceleró mientras le besaba la oreja. Sin embargo, no hizo nada para dar rienda suelta a sus instintos.

—¿Slade? —su voz era apenas un murmullo.

—¿No lo entiendes, Carla?, —balbuceó él estremecido por el deseó —. Quiero que clames por mi amor esta noche. Quiero que me poseas como yo lo haré contigo. Quiero que aprendas lo que significa poseer, que comprendas lo diferente que es de la emoción egoísta y enfermiza que descubriste en tu esposo.

Capítulo 6

Carla fijó su mirada en los ojos de él y se preguntó cómo había llegado a esa situación. ¿Qué le estaba pasando? ¿Dónde estaba su sentido de la disciplina?

—¿Qué sucede, querida? —murmuró Slade con una sonrisa—. ¿Has cambiado de idea sobre lo que deseas esta noche? ¿Esa expresión preocupada significa que no me llevarás a la cama?

—¡Oh, Slade, eres un tonto! —exclamó riendo—. Dudo que pudiera llegar al vestíbulo aunque te arrastrara de las piernas.

—Claro que podrías. Eso es algo muy normal.

—Hmmm… Según he oído, es el hombre el que lleva a la mujer en brazos —replicó ella en tono irónico, y sorprendiéndose de su serenidad. Las bromas parecían aumentar aún más su confianza.

—Bueno, supongo que yo podría colaborar en mi seducción —señaló Slade con fingida seriedad—. Pero de todas formas me parece un poco injusto.

—¡No te preocupes! No tengo intención de seducirte y tampoco de llevarte a la cama.

—¿No? —la miró con pesar—. ¿Seguirás burlándote de mí entonces?

—¡Burlarme de ti!

—A ningún hombre le gusta que se burlen de él, pero cuando es lo único que puede obtener de su mujer…

Inclinó la cabeza y la besó lentamente.

Carla sintió que el deseo renacía en su interior con más intensidad. Después comenzó a desabrocharle la camisa. Slade gimió al sentir sus

caricias y la abrazó con fuerza.

—Oh, Dios mío, Carla —murmuró Slade con voz profunda.

El fuego encendido en el cuerpo de Carla adquiría cada vez más intensidad, despertando sensaciones que nunca había imaginado, un deseo desbordante que Drew no había suscitado en ella.

Slade acariciaba su cuello, provocándole breves temblores que recorrían su espalda, mientras buscaba la cremallera del vestido color turquesa.

Una vez más Carla le esperó ansiosa, pero al ver que no respondía con verdadera pasión a sus insinuaciones le abrazó con fuerza. —Slade, por favor…— murmuró desesperada apoyándose contra su pecho.

De pronto, Carla sintió que él comenzaba a desabrocharle la cremallera.

Apelando al único recurso que tenía para estimularle, ella deslizó la camisa de Slade sobre los hombros y, cuando se arrojó a sus brazos con un gemido de placer, él hizo lo mismo con el vestido.

—Tu cuerpo es hermoso… —la voz de Slade reflejaba el deseo que le consumía.

—Acariciame, Slade, por favor…

Con las manos cogidas firmemente en su nuca, Carla se inclinó hacia adelante para obligarle a tenderse sobre el sillón.

—¿Quieres enloquecerme?

—Sí —gimió ella.

Slade terminó de quitarle el vestido y estrechó sus caderas contra las de él.

Carla contuvo el aliento y hundió la cara en su cuello.

—¿Me deseas, Slade? —murmuró ella cuando las manos vacilantes de Slade se deslizaron por su cuerpo casi desnudo.

—Es una pregunta tonta —dijo él con voz áspera—. ¡Te deseo más que a nada en la tierra!

—Sí —suspiró Carla sin saber si esa palabra era una expresión de entrega o de orgullo femenino.

—¿Me deseas, Carla?

—Te deseo, Slade.

—Soy tuyo, querida.

Carla irguió la cabeza y miró a Slade mientras éste le acariciaba la cintura. Arqueó el cuerpo y hundió las piernas entre las de él.

—Soy todo tuyo —musitó Slade—. ¿Vas a aceptarme?

—Yo… no sé…

El pánico invadió a Carla cuando se dio cuenta de que estaba perdiendo el control con demasiada rapidez. Aún podía dominar sus emociones, pero la incertidumbre persistía. Comprendió que todo sería más simple si Slade dejara de hablar y le hiciera el amor. Si fuera un poco más agresivo podría olvidarse de la necesidad de tomar una decisión. Pero tampoco deseaba eso. Porque entonces Slade descubriría la verdad. Sabría que ella no era capaz de satisfacer a un hombre y no podía tolerar que eso ocurriese.

—En ese caso, olvida lo que he dicho.

—¿Qué? —Carla le miró fijamente sin entender el significado de sus palabras.

—Ya me has oído. No me entregaré a una mujer que no me desee realmente. Creo que valgo más que una aceptación indiferente.

—¡Slade! ¿De qué estás hablando?

—Quiero que tú me desees tanto que nada en la tierra pueda detenerte —respondió él con voz firme—. ¡Quiero ser poseído, encadenado a ti para siempre! ¿No puedes entenderlo? ¡Así es como yo te necesito! Pero hasta que tú lo sientas como yo, tendré que dominar mis impulsos.

Slade se apartó de Carla lentamente y recogió su camisa. Mientras se vestía, sus ojos permanecían fijos en ella.

Algo vibró en el interior de Carla al percibir esa mirada. ¡Él la deseaba! Tenía qué hacer un gran esfuerzo para alejarse de su lado esa noche. Con una pequeña provocación podía hacer que se quedara.

Cerró los ojos como si quisiera negar esa posibilidad y, al abrirlos, Slade estaba junto a la puerta.

—Buenas noches, Carla —le dijo con voz serena mientras se disponía a salir.

Durante unos minutos, ella permaneció sentada en el sofá, pisando los pliegues del vestido que estaba sobre la alfombra.

El sentir que las lágrimas se deslizaban por sus mejillas, se levantó con dificultad y trató de ordenar sus pensamientos.

¿Por qué había dejado que Slade York se acercara tanto a ella? ¿No había aprendido todo sobre los hombres posesivos y dominantes cuatro años atrás? ¿Cómo podía ser tan tonta y enamorarse de alguien que era igual que su ex-marido?

No debía enamorarse. No deseaba ser una ingenua nuevamente.

¡No! No volvería a casarse. Y menos aún por el deseo de experimentar un placer físico. No se casaría solamente para gozar de ese placer. Además no estaba segura de poder dar a Slade todo lo que, posiblemente, le exigiría.

Carla movió la cabeza, rechazando esos pensamientos, aunque reconocía que no era fácil olvidar a aquel hombre.

Se levantó del sofá y decidió acostarse.

A la mañana siguiente, Carla se despertó con el firme propósito de ser razonable y dedicarse enteramente a su trabajo.

Con renovado vigor se apresuró a limpiar la cocina, una tarea que aseguraba a cualquier mujer la posibilidad de distraerse y agotarse físicamente. Cuando el timbre sonó sus manos estaban cubiertas de jabón.

Suspiró indignada y se puso de pie para abrir la puerta.

—¡Slade! ¿Qué estás haciendo aquí?

Le miró estupefacta. Durante la noche, Slade se había vuelto una figura hostil en su mente. Un hombre que debía ser tratado con gran cautela y respeto. Y en ese momento estaba frente a ella con una sonrisa cálida, amistosa. Era difícil reconciliar las dos imágenes, pero la más peligrosa de ellas se disipó rápidamente.

—¿Qué te parece un plato de tallarines y un vaso de vino borgoña? —sugirió él mientras contemplaba su cuerpo.

Ella frunció el ceño pensativa y notó que el jabón estaba cayendo al suelo.

—Eso depende de quién cocine.

—Estás frente a uno de los más grandes cocineros de todos los tiempos —la informó él en tono despreocupado.

—¡Qué extraño…! No pareces italiano.

—Eso demuestra que el arte culinario no tiene fronteras —bromeó Slade—. ¿Nos vamos o quieres seguir jugando con el agua?

—Estás frente a una de las amas de casa más importante de todos los tiempos. ¡Estoy limpiando la cocina!

—¡Qué extraño! No pareces una fregona.

—Eso demuestra que el cuidado de una casa no reconoce diferencia de personalidad.

—Esperaré mientras limpias —dijo él con voz suave, y, subiendo al umbral la condujo hacia el vestíbulo—. ¿Qué es eso que tienes en la

mano?

—Una bayeta. No creo que te interese terminar de limpiar mi horno, ¿verdad? —preguntó ella divertida, dirigiéndose a la cocina.

—Yo tuve la precaución de comprar un horno que se limpia solo —dijo sonriendo—. Cásate conmigo y será el regalo de bodas.

Carla le dirigió una mirada breve y comprobó que sus ojos brillaban profundamente.

—¡Eres muy generoso!

—Bueno, tendrás que aceptar ciertas condiciones —admitió Slade—. Deberás desearme.

Carla se resistía a dejar que él la confundiera. Había recobrado el control de sí misma esa mañana.

—¿Un horno que se limpia solo? —repitió como si se tratara de algo serio.

—Pulsas unos botones y cierras la puerta. No está mal, ¿verdad? Y lo puedes obtener prácticamente gratis.

—Cumpliendo ciertas condiciones, por supuesto.

—Bueno, todo tiene un precio —le recordó él.

Después de remover los últimos restos de jabón de la puerta del horno, Carla reflexionó sobre sus palabras.

—¿Estás tratando de decirme algo? —preguntó ella con voz preocupada.

—Claro —asintió Slade—. Quiero decirte que el matrimonio tiene un valor. Al menos para mí.

Carla aclaró la bayeta y se volvió para mirarle, con las manos apoyadas contra el fregadero. Le contempló durante un instante y, finalmente, pensó que sería más seguro que él se fuera.

—Será mejor que te marches.

—Pero tú vendrás conmigo —dijo Slade bruscamente.

Media hora más tarde, Carla sintió una creciente ansiedad por conocer la casa de Slade. El pareció advertirlo y le dirigió una mirada cálida mientras aparcaba el Mercedes frente a una casa, que tenía un espacioso patio.

—¿Te gusta? —preguntó Slade lacónicamente mientras ella observaba las palmeras y el césped verde.

—Es preciosa —afirmó Carla—. ¡Pero yo he venido a ver el horno!

Él sonrió y la condujo a través de un portón de hierro forjado. Al entrar a la casa, Carla advirtió que todo era demasiado lioso. Los

muebles eran una combinación de varios estilos, donde predominaban los diseños modernos. Parecían cómodos pero todos tenían un aspecto agreste que evocaba a su dueño.

—El horno está allí —dijo Slade mientras atravesaba la sala cubierta con alfombras persas. Ella le siguió. La cocina era amplia, funcional y muy rústica.

—Es precioso —dijo Carla mientras observaba el horno.

—Espera un poco —le pidió Slade, apartándose de ella para abrir la puerta de la alacena—. Tengo muchas otras cosas para cortejarte.

—¿Tus comidas?

—Mis deliciosas comidas italianas —le corrigió él.

Finalmente se sentaron a comer en el jardín y Carla tuvo que admitir que él no había exagerado.

—Estás malgastando tu talento en York Instruments. Deberías abrir un restaurante.

—Entonces sería un trabajo y no una diversión —le explicó Slade.

—¿Te gusta mantenerlos separados?

—Ya te dije que pretendo tener una vida equilibrada.

Carla meditó su respuesta.

—Creo que mi vida es diferente —murmuró con voz suave un rato después—. Tus actividades, tales como volar y cocinar, parecen estar completamente separadas entre sí. Tú las disfrutas en forma independiente, mientras yo hago cosas que se apoyan unas a otras.

—¿Quieres decir cosas que garanticen tu seguridad? —le preguntó él con voz serena—. Has creado una coraza de acero y estás decidida a no quitártela nunca más por un hombre, ¿verdad?

Ella movió la cabeza.

—No, no es tan simple. Tú lo ves desde la perspectiva de un hombre. Una mujer que no esté dispuesta a someterse a un hombre es una afrenta a su orgullo viril. Tú analizas las relaciones en términos de poder. Alguien tiene que dominar. Pero yo busco algo distinto…

—¿Buscas un hombre a quien tú puedas dominar? —preguntó Slade en tono jocoso.

—¡No! Busco una relación abierta, honesta, en la que cada uno confíe en el otro.

—Olvídalo. Esa relación no existe, salvo en el caso de dos personas que comparten un dormitorio.

—No estoy de acuerdo. ¡Pienso que hay hombres en el mundo que

son capaces de tratar a la mujer en un plano de igualdad! —afirmó Carla indignada.

—¡La igualdad y la pasión son cosas distintas! —señaló. Luego le llenó la copa con vino borgoña—. Una relación apasionada requiere que cada uno de y reciba, haga cambios en su vida, y sepa comprender a su pareja y aceptarla tal como es. Tú debes aceptar mi necesidad de poseerte.

—¡Nunca! —Slade sonrió.

—Ya lo verás. Te mostraré un aspecto de tu personalidad que desconoces.

—¿Es una amenaza? —demandó Carla en tono enérgico.

—Por supuesto.

El resto de la tarde lo pasaron en el museo Heard, admirando las fabulosas colecciones de arte primitivo. La alfarería indígena, junto con los testimonios arqueológicos, era una muestra de los veinte mil años de historia de Arizona. Slade se mostró tan interesado como ella en la exposición y las horas pasaron rápidamente.

Él la condujo de regreso a su casa por la noche y se despidió con un beso al llegar a la puerta, sin darle la oportunidad de continuar el interrogatorio que había comenzado el sábado. Carla se mordió el labio, indignada, mientras él subía al Mercedes. «Al menos podía haberme besado como corresponde…», pensó.

Esa reflexión la hizo volver inmediatamente a la realidad. ¿Qué era lo que deseaba? Fue al dormitorio con un sentimiento de disgusto por su propia actitud.

El lunes fueron a la piscina. Carla experimentó una extraña sensación de inquietud al observar el cuerpo duro y musculoso de Slade, que enfrentó su mirada al salir del agua.

—¿Qué miras? —bromeó él.

—No debería estar permitido ponerse un traje de baño tan pequeño como ése —contestó ella con fingida seriedad.

Slade recorrió con sus ojos la figura de Carla cubierta por un traje de baño verde, y sonrió.

—Es extraño, yo estaba pensando que sería más cómodo nadar desnudo.

—Los vecinos se divertirían.

—¿Qué opinas tú? ¿Te gustaría hacerlo si no fuese por los vecinos?

—Nunca vas a saberlo —respondió ella en tono jocoso.

—Sí, lo sabré. Tengo una piscina en mi jardín. Completamente protegida de miradas curiosas. Algún día te invitaré a nadar y veremos lo audaz que eres.

—Me cuidaré de no aceptar más invitaciones a tu casa —bromeó Carla mientras él se sentaba a su lado.

Con los ojos entrecerrados contempló sus hombros bronceados. Era un hombre imponente. «Demasiado pesado para arrastrarlo a la cama», pensó divertida.

—¿Tienes clases de *ballet* esta tarde? —preguntó Slade, cerrando los ojos para evitar el reflejo del sol.

—Sí.

—¿A qué hora terminas?

—A las seis.

—Lleva algo de ropa para cambiarte. Iré a buscarte cuando salgas. Podemos cenar juntos.

—¿Estás planeando ocupar todas mis noches durante estos meses? —preguntó Carla sin saber cómo reaccionar ante sus exigencias.

Slade volvió la cabeza para mirarla.

—Todas las que pueda —afirmó.

Carla frunció el ceño con expresión preocupada pero aceptó su invitación.

Cuando terminó la lección con la señorita Marsden, Carla estaba empapada en sudor. Una cierta sensación de ansiedad comenzó a invadirla y se asomó al pasillo temiendo que Slade no hubiese llegado.

La inquietud que la dominaba hizo que no advirtiera su presencia hasta que él le habló al oído.

—¿Siempre te grita de esa forma? —preguntó él señalando a la señorita Marsden, que continuaba en el salón con una de sus alumnas.

—¡Habla más bajo! —le ordenó Carla en tono severo—. No, nunca me grita de esa forma —dijo, sonriendo—. Generalmente se enfada mucho más. Esta tarde estaba bastante contenta conmigo.

Un grupo de mujeres con mallas pasó junto a ellos. Slade ignoró algunas miradas insinuantes y comtempló a Carla con expresión atónita.

—¡Si yo te gritara así en el trabajo te pondrías furiosa!

Ella levantó la cabeza con gesto altivo pero sus ojos brillaban divertidos.

—¡La señorita Marsden es mi profesora de *ballet*!

—¿Por eso permites que te grite?

—¡Por supuesto!

—Tendré que hablar con ella. Tal vez me confiese su secreto.

—No te molestes. No dará resultado.

—Sin embargo, creo que podría hacer una gerente de primera clase con esa mujer.

—Es probable que sí, pero ella prefería morirse de hambre antes que dejar el *ballet*.

—Oh, bueno, te tengo a ti. Seguramente habrás aprendido sus técnicas. Ve a vestirte. Tengo hambre.

—¡Carla, querida! ¿Qué tratas de ocultarme? —preguntó Angie Connors con una sonrisa traviesa cuando Carla entró al vestuario y comenzó a desnudarse—. Si yo tuviera a alguien asi esperándome después de la clase de danza…

—Es mi nuevo jefe —comenzó Carla tratando de aclarar la situación. No quería hablar sobre Slade con nadie. Y menos con otra mujer.

—¿Por qué nunca he tenido un jefe como ése? ¡Un gato salvaje y viril!

Carla sonrió.

—Angie, tienes una imaginación increíble. Yo no pienso que sea tan atractivo.

—No lo es. ¿Qué importancia tiene eso? —murmuró Angie.

Carla suspiró irritada y entró a la ducha decidida a no prolongar la discusión. Por algo que no alcanzaba a entender, le disgustaba esa mirada en los ojos de otra mujer. Era algo que no le había sucedido con Drew…

Después de ponerse los pantalones y una camisa verde que realzaba el color de sus ojos, se calzó las sandalias y guardó la malla en un pequeño bolso. Luego se peinó y fue a buscar a Slade.

Slade estaba hablando con Gary Crispin y los dos mostraban la actitud desafiante que tienen los hombres cuando se disputan una misma mujer. No había indicios evidentes de hostilidad, pero Carla se sintió como un hueso arrojado entre dos perros furiosos.

Ella pensó que aquella situación era realmente ridícula y se dirigió hacia ellos decidida. Gary era un amigo. ¿Y Slade? Bueno, Slade necesitaba aprender buenos modales.

—Hola, Gary —dijo adoptando un aire de fingida serenidad—. Veo

que has conocido a Slade.

—Parece que habéis llegado a una solución favorable en las negociaciones —dijo Gary mirándole con expresión enigmática.

—Oh, ella ha conseguido hacerme comer en la palma de su mano —murmuró Slade— Y hablando de comer, si nos disculpas nos iremos a cenar.

—Por supuesto —respondió Gary.

—Slade acaba de conocer a la señorita Marsden —dijo Carla en un intento por disipar la tensión—. Piensa robártela y convertirla en gerente.

—No creo que el señor York espere que yo ceda tan fácilmente —señaló Gary con sarcasmo.

—El señor York consigue lo que desea —replicó Slade—. Le dejaré a la señorita Marsden.

Sin decir nada más cogió a Carla del brazo y la condujo hacia la puerta.

—¡Slade, por favor, me estás haciendo daño! —murmuró disgustada intentando apartarse de él.

—No es nada comparado con lo que quisiera hacerte —gruñó Slade —. ¡Tendrás que prometerme que nunca más verás a ese hombre fuera de la clase de danza!

Carla reaccionó con furia.

—¿Por qué, Slade York? ¡Pensé que un hombre como tú no se preocupaba por un bailarín que usurpara su propiedad privada!

—¡Me complace saber que eres mi propiedad privada! Ahora quiero que me hagas esa promesa.

Capítulo 7

No veo por qué tengo que darte mi palabra —dijo Carla en tono severo cuando Slade puso en marcha el Mercedes—. ¡Mi relación con Gary no es asunto tuyo!

Carla le miró y luego preguntó:

—¿Qué harías si te dijera que Gary y yo somos simplemente amigos? Nuestra relación nunca fue más allá del salón de danzas. Él me envió flores porque sabía que yo estaba en una situación de trabajo muy difícil.

—¿Es verdad lo que dices? —dijo Slade fríamente, mirándola a los ojos.

—Sí.

Él se encogió de hombros.

—En ese caso, te creeré.

—¿Lo harás? —Carla estaba conmovida. Drew jamás la hubiera creído. Por el contrario, la habría acusado despiadadamente de tener una relación sórdida.

—Pero eso no cambia nada —continuó Slade con voz suave—. Quiero que me prometas que no le verás fuera de la escuela.

—¡Acabas de decir que me crees! —gimió Carla indignada.

—Te creo, cariño —insistió él amablemente—. Pero quiero que me des tu palabra.

—¿Por qué?

Slade suspiró.

—La respuesta es obvia. Eres adulta, Carla. ¿No sabes que la amistad entre un hombre y una mujer siempre implica el riesgo de que

uno de los dos quiera algo más? Cualquiera que sea tu relación con Crispin, puedo asegurarte que él comenzará a exigir más de ti. ¡Admite que puedo entender a alguien de mi propio sexo!

—¡Pero Gary nunca ha hecho nada que me hiciera pensar lo que tú dices! —protestó ella.

—Pero todavía puede hacerlo…

Carla evocó con disgusto la imagen de los dos hombres hablando en el pasillo, como dos perros disputando un hueso…

—Carla, tú deberías saber que el matrimonio es algo muy serio que hay que tratar con cuidado y respeto. Un hombre y una mujer están obligados a ello cuando viven juntos, ¿no estás de acuerdo?

—¡Sí, pero tú y yo no hemos llegado a ningún acuerdo!

—Tú aceptaste que te cortejase —le recordó él en tono persuasivo —. Eso significa que estás pensando en el matrimonio y que debes estar dispuesta a no provocar a otros hombres.

—Slade —dijo ella con la mirada fija en el paisaje—. ¿Realmente me crees cuando te digo que Gary y yo somos amigos?

Él la observó con sorpresa.

—Te he dicho que sí.

Carla se mordió el labio y permaneció en silencio.

—¿Qué sucede? —preguntó él, y luego agregó con gesto comprensivo—: Oh, claro. Tu ex-esposo no te hubiera creído, ¿verdad? Bueno, te diré la verdad, si tú fueras mi ex-esposa tampoco te creería —su voz era débil.

—Cuéntame algo de ella, Slade —dijo Carla impulsivamente—. Te he contado todo sobre Drew.

Él vaciló un instante pero enseguida aceptó.

—¿Por qué no? Si estás segura de que quieres oírlo… Es una historia muy simple.

Continuaron hablando mientras cenaban en un restaurante polinesio. Al llegar a Fénix, Carla había considerado extraña la presencia de esa clase de restaurantes en el desierto. Pero más tarde se había enterado de que los lugares típicos de los mares del sur abundaban en ese estado. Era probable que al vivir en un desierto la gente apreciara más el agua.

Bebió un cóctel de frutas y escuchó el relató de Slade sin hacer comentarios.

—Es un golpe muy duro para el orgullo de un hombre descubrir

que su esposa sólo le quiere por lo que representa. Se podía decir que mi matrimonio fue un convenio de negocios. Sheila era muy guapa y supongo que me halagaba que ella se interesara en mí. Aunque me disguste, debo reconocer que era mi secretaria.

Slade hizo un gesto con la boca y continuó hablando.

—Un típico romance de oficina. Pero ella tenía la apariencia encantadora que yo consideraba ideal para la clase de esposa que creía necesitar en ese momento. Yo, por mi parte, representaba seguridad económica, pues era lo único que le interesaba a ella. Le entusiasmaba la idea de casarse con un hombre de negocios joven que empezaba a ser importante. También pensaba en el *bridge* y las copas en el club campestre, algunos flirteos por la tarde y la posibilidad de una vida suntuosa.

Carla permaneció en silencio mientras bebía su copa, consciente de lo desdichado que había sido Slade durante esa dolorosa experiencia.

—En realidad, a mí no me gusta ese tipo de vida —continuó Slade en tono amargo—. Nunca compartí los deseos sociales de Sheila. Yo deseaba una vida más tranquila con una mujer que quisiera estar conmigo por lo que yo era. Sheila conoció a alguien en el club que veía la vida de la misma manera que ella. En realidad conoció a varios hombres —agregó con pesar—. Finalmente me dejó para casarse con un hombre que la ayudara a subir en la escala social. Ésa es toda la historia en pocas palabras. Estuvimos casados menos de dos años.

—¿Ella aún vive en Fénix? —preguntó Carla titubeando.

—No. Se fue con su marido a Los Ángeles. ¿Por qué?

—Nada más que curiosidad.

—Te llevaré a los mismos lugares donde iría Sheila si aún viviera en la ciudad —le dijo Slade con una sonrisa—. Pero no debes preocuparte, no nos encontraremos con ella.

Carla respiró profundamente.

—¿Eras posesivo con Sheila?

Slade frunció el ceño.

—A ningún hombre le gusta que su mujer se acueste con otro —afirmó con arrogancia—. Y cuando lo descubrí, mi primera reacción fue pedir el divorcio. Ella estuvo de acuerdo y se ocupó de la parte legal. ¡Pero si tú hicieras lo que ella, yo actuaría de manera diferente!

Carla le miró pensativa.

—¿Qué quieres decir?

—Quiero decir que si descubriese que te interesa otro hombre no me conformaría con pedir el divorcio —respondió él con voz profunda —. ¡Te arrastraría a casa del pelo y te encadenaría para que nunca pudieras salir del dormitorio!

—¡Slade! —protestó Carla, sonrojándose al advertir que la estaba mirando—. ¡No digas eso! Pareces…

—¿Un poco desfasado? —preguntó él.

—¡Muy desfasado!

—Quisiera seguir hablando de Crispin —dijo Slade— ¿te has olvidado de eso?

—¿Por qué no? —balbuceó Carla con la vista fija en el coctel—. Anoche tú te olvidaste de discutir mi futuro viaje a Tucson.

—Simplemente decidí hablar de ello más tarde. Ahora, en cuanto a Crispin…

Carla le observó con los ojos entrecerrados mientras reflexionaba sobre la situación.

—Puedes recurrir a todas las vías de escape, pero quiero que sepas que hay una sola respuesta que me dejará satisfecho —murmuró Slade.

—¿Quieres que te prometa que no veré a Gary después de la clase?

—Exacto.

—Bueno, ¿por qué no? —¿dijo Carla completamente convencida? —. Puedo esperar tres meses.

—Estás muy segura de que no conseguiré nada de ti —comentó Slade con voz suave.

—Por supuesto.

—El hecho de que me hayas dominado en la mesa de negociaciones no significa que yo no tenga algunos talentos ocultos — le advirtió Slade en tono divertido.

* * *

Esa noche, cuando él la llevó a su casa, Carla comprendió la verdadera razón que la impulsaba a invitarle a beber una copa de coñac. No quería que volviera al Mercedes con un frío beso de despedida en el umbral.

¿Qué le estaba ocurriendo? Estaba jugando con fuego. Sin

embargo, a los treinta años, ¿no tenía derecho a disfrutar del amor del hombre que la hacía estremecerse con sólo mirarla?

Después de servir las copas, se sentó junto a Slade, que se había acomodado en el sofá.

Al ver que él no se movía, Carla dejó su copa en la mesa y le rozó la pierna con un suave movimiento.

—¿Y bien? —dijo él irónicamente cuando sintió los dedos de Carla sobre la tela del pantalón—. ¿Qué estás esperando? ¿Quieres besarme?

—¡Eres un tipo arrogante, provocador y desvergonzado! —exclamó ella con fingida indignación.

—Pero tú me deseas, ¿no es cierto? —replicó Slade.

—No sé —contestó ella—. Aunque quizá me gustaría besarte una o dos veces antes de que regreses a tu casa.

—¿No has pensado que los besos me impiden regresar a casa?

—No.

—¿Me estás seduciendo de nuevo?

—¿Acaso te molesta? —preguntó ella sonriendo.

—Si me molestara —murmuró Slade acercándose a ella—, ¿qué harías tú?

—Eso no importa —afirmó ella—. Haré lo que yo quiera.

—Eres una mujer cruel —protestó Slade mientras unía su boca a la de ella.

Carla deslizó las manos por debajo de la camisa de Slade acariciando suavemente su pecho. Quería decirle que nunca había logrado sentir algo tan intenso con Drew, pero no encontraba las palabras. Y cuando él comenzó a quitarle la blusa, no pudo evitar un gemido de placer.

—Tu cuerpo ha sido hecho para el mío —murmuró Slade con voz suave mientras le acariciaba los senos—. Adoro la fuerza que hay en ti, querida.

Los dedos de Slade rozaron sus pezones, haciendo vibrar todo su cuerpo y arrancándole un suspiro ahogado de los labios.

—¿Entiendes lo que quiero decir? —musitó Slade—. ¿Te ocurre a ti lo mismo?

—Tú sabes que sí —balbuceó ella en voz muy baja—. ¡Tú sabes tanto sobre mí!

—¿Sí?

—No te burles de mí, Slade —le suplicó mientras acariciaba todo

su cuerpo.
—¡Nunca lo haría! —afirmó él—. Ya te dije que soy tuyo… si tú me deseas con pasión.
Se hundió en el sillón y dejó que Carla se tendiera sobre él. Ella sintió que podía amarle tanto como quisiese y que Slade respondería a todas sus caricias.
Le besó con una pasión incontenible y su cuerpo vibró al sentir que las manos de aquel hombre le rodeaban la cintura. Arqueó las caderas y se acercó todavía más a él.
—Slade, oh, Slade… Nunca había sentido algo así…
—¿Y no te preguntas por qué?
—¡No estoy tan segura de que quiera saberlo! —gimió desesperada. No quería hablar, solamente sentir. Era mejor así. Su mente no estaba preparada para aceptar lo que su cuerpo exigía.
Quizá fue la pregunta de Slade lo que finalmente despertó en ella la necesidad de resistirse. Carla era consciente de que las cosas estaban llegando demasiado lejos.
Respiró hondo, irguió la cabeza y comenzó a retroceder. Al sentir que él no la retenía, Carla comprendió que su único deseo era permanecer junto a él.
Sin embargo, en ese momento, los cuatro años de vida cautelosa y disciplinada cayeron inexorablemente sobre ella. Se sentó y observó fijamente a Slade, que alzó los brazos y los cruzó detrás de su cabeza.
Luego, comenzó a abrocharse los botones de la blusa con manos temblorosas, sonrojándose cuando advirtió que él la recorría con la mirada.
—Cobarde —murmuró Slade.
Ella giró la cabeza para evitar su mirada y cogió la copa de coñac.
—Me dijiste que podía obtener lo que deseaba— replicó con fingida indiferencia —He obtenido lo que deseaba.
—Eres una mentirosa —dijo él.
—¿Cómo lo sabes? —se apresuró a preguntarle Carla—. ¡Acabo de decirte que estoy satisfecha con lo que he conseguido!
—No sabes lo que dices —insistió él en tono firme.
Carla acercó la copa a sus labios.
—Tengo treinta años, Slade. ¡Los tiempos han cambiado! ¡Las mujeres saben lo que es sentir placer! —bebió un sorbo de coñac y sintió que le ardía la garganta.

—Pero tú no —dijo él con frialdad—. Aún no…

—No quisiera seguir discutiendo sobre esto. ¿No deberías regresar a tu casa?

—Me estás echando, ¿verdad? —Slade suspiró y empezó a abrocharse la camisa—. Una mujer cruel y despiadada…

—Oh, Slade, no deseo que te vayas —dijo Carla con una expresión suplicante en los ojos— Yo quería llegar hasta aquí. No pienses que…

—¿Que me has estado incitando? —esbozó una sonrisa sarcástica —. Demasiado tarde, cariño. ¡Ya he comenzado a pensar lo peor de ti!

Carla se sobresaltó.

—No he querido…

—Claro que has querido —declaró Slade, poniéndose de pie mientras terminaba de vestirse—. ¡Te has propuesto obtener lo que deseabas de mí, sin importarte lo que yo sintiera!

Al oír su acusación, Carla entornó los ojos.

—Bueno, ¡tú tienes la culpa! ¡Tú has dicho antes que no te molestaba que te sedujera!

—Nunca he dicho eso. He dicho que lo toleraría si era todo lo que podía obtener —se inclinó sobre ella y la besó en la nariz.

—¿Tomarás una ducha fría al llegar a tu casa? —bromeó ella cambiando de tema.

—No, voy a nadar en el agua fría de la piscina. ¿Te gustaría venir?

—Buenas noches, Slade —dijo Carla con firmeza acompañándole hasta la puerta.

—Buenas noches, querida. Te veré en el trabajo mañana. Tal vez nos haga bien volver a nuestras peleas.

Una vez más, Carla tuvo que admitir que estaba en lo cierto. Slade se esforzaba por mantener un trato impersonal en la oficina, al menos delante de los demás empleados.

Él llegó a la oficina de Carla el martes por la mañana.

—El señor York está aquí, señorita Nevin —anunció Joyce con evidente excitación. Un nuevo jefe siempre suscitaba curiosidad y expectativas.

—Gracias, Joyce —dijo Carla secamente, y dirigió una fría sonrisa a Slade que se sentó frente a ella.

—He ordenado que limpien la oficina de Lester para que usted tenga un lugar donde trabajar cuando venga a visitar la empresa —dijo ella con indiferencia.

—Magnífico —aprobó él en tono amable—. Creo que esta mañana tenía que reunirme con los supervisores.

—Sí.

Slade asintió con la cabeza.

—Usted dijo que quería discutir algo conmigo primero. ¿Quiere que anuncie su designación como gerente de esta sucursal en ese memorándum?

—No —respondió ella bruscamente. Seguramente el resto del personal sabía ya lo que iba a ocurrir, pues la mayoría de las compañeras habían demostrado su alegría—. Quiero asegurarme de que estamos de acuerdo en la forma de hacer las cosas.

—Siempre estoy dispuesto a escuchar sus propuestas señorita Nevin —señalo él.

—¿Ha oído hablar de círculos de calidad?

—¿Círculos de calidad? —Slade sonrió—. Por supuesto. Es un estilo de administración japonés que se usa para estimular el control de calidad. Las empresas americanas tienen mucho interés en adoptarlo.

Carla asintió.

—Entonces sabe que es bastante simple. Pequeños grupos de trabajadores se reúnen regularmente con su supervisor para tratar los problemas de calidad y sugerir formas de resolverlos. Todos tienen participación, incluidos los niveles más bajos. Si se hace bien, estimula el entusiasmo y lealtad a la empresa. Le da a cada trabajador la sensación de estar haciendo contribuciones directas.

—También sé que varios ejecutivos japoneses han advertido sobre los riesgos que implica imitar esos métodos. Las diferencias culturales originan diferentes actitudes entre los trabajadores. Aquello que da resultado en una sociedad, no necesariamente tiene éxito en otra.

—El secreto está en adoptarlo poco a poco como hemos hecho en la compañía Chapman, quiero decir, en la nueva sucursal de York Instruments —corrigió Carla inmediatamente—. Tiene que ser algo voluntario y los trabajadores deben saber que sus sugerencias son escuchadas. Hasta ahora ha tenido gran aceptación entre nuestros empleados.

—Pero no creo que yo sea capaz de dirigir ese experimento —bromeó Slade.

Carla suspiró y se puso de pie.

—Pronto lo descubriremos, ¿verdad? —replicó ella, avanzando hacia la puerta.

A pesar de sus pronósticos, Slade impresionó a los nuevos empleados. No dejó ninguna duda sobre quién era el que mandaba pero les dijo que iba a reorganizar todo inmediatamente. Carla percibió el alivio de los trabajadores cuando advirtieron que la transición se llevaría a cabo sin problemas.

Slade llevó a Carla a cenar el martes por la noche y sus constantes insinuaciones le hicieron perder la paciencia.

El miércoles preparó la cena para él. Slade pareció apreciar sus esfuerzos y bromeó sobre la rivalidad culinaria que parecía existir entre ellos.

—¿Te preocupa que yo sepa cocinar porque amenaza tu orgullo? —preguntó ella divertida.

—En absoluto —dijo Slade en tono enérgico—. La competencia mejora el producto en casos como éste. Lo único que me preocupa es que engordemos.

Después de su partida, Carla fue al dormitorio y se puso el traje de baño para probar el remedio de Slade para atenuar el deseo sexual. Mientras flotaba en la piscina comprobó que no era tan efectivo. El baño logró enfriar el fuego encendido en su cuerpo, pero nada podía disipar las imágenes que invadían su mente.

Se sumergió hasta el fondo de la piscina conteniendo el aliento y, al contemplar el cielo, comprobó lo diferente que se veía desde debajo del agua.

Estaba enamorada de ese hombre. Enamorada y aterrorizada.

Nadó hasta el borde de la piscina, y después de salir con un ágil movimiento, se detuvo para quitarse el gorro.

¿Podía alguien entender que estuviera enamorada y aterrorizada a la vez? Necesitaba tiempo y todo estaba ocurriendo demasiado deprisa.

Pensó que el viaje a Tucson era más necesario que nunca. Unos días lejos de Slade le permitirían aclarar sus pensamientos. Tal vez lo que sentía por él no era amor, sino la reacción normal de una mujer después de cuatro años de soledad.

Capítulo 8

Carla recibió una llamada de Slade el jueves por la tarde, poco antes de salir de la oficina. —¿Querida?— su voz manifestaba disgusto —Me he demorado un rato aquí; creo que tendremos que cancelar nuestros planes para cenar. ¿Te molesta?

—No moriré de hambre, si eso es lo que te preocupa, pero echaré de menos la lasaña que me prometiste.

—Acuérdate de mí cuando abras una lata de atún —le dijo él irónicamente.

—Me las arreglaré para comer algo más sabroso. ¡Y también beberé una copa de vino!

—¿Irás a la clase de *ballet* esta noche? —preguntó Slade fingiendo indiferencia.

—¡Por supuesto! ¿Por qué?

—Por nada —suspiró él—. ¿Recordarás lo que te dije sobre Crispin, verdad?

—¿No recuerdas tú que no me gustan los hombres posesivos? —replicó ella evadiendo su pregunta.

—Lo recuerdo, pero no siempre la vida nos da lo que deseamos. A veces tenemos que hacer pequeñas concesiones.

—Menciona alguna concesión que hayas hecho hasta ahora —le pidió Carla secamente.

—Si empezara con la lista nunca terminaríamos esta conversación. Podría citar un pequeño ejemplo… —dijo Slade con voz suave.

—Adelante.

—La paciencia que he tenido para controlarme durante las últimas

cinco semanas.

—¡Paciencia! —exclamó ella sonrojándose—. ¡No me gustaría verte cuando estás impaciente!

—Recuérdalo cuando trates de provocarme con Crispin —le recomendó Slade.

—No te estoy provocando con Gary. Me he limitado a decirte lo que pienso de los hombres posesivos.

—Ya sabía lo que pensabas, pero las cosas serán así entre nosotros y te conviene aceptarlas. Ahora debo volver al trabajo. Deja de jugar conmigo y dime que te portarás bien esta noche.

—Me portaré bien esta noche porque siempre lo hago.

—Supongo que tendré que conformarme con eso —murmuró él.

—Sí —asintió Carla.

—Cortejarte es como arrastrarse sobre un campo sembrado de rosas. Uno se pregunta si podrá atravesar las espinas y alcanzar las flores.

—Piensa que tal vez esa experiencia le de un poco más de equilibrio a tu vida —sugirió Carla divertida.

—¿Acaso estás orgullosa porque tu ordenada existencia te hace más fuerte en estas situaciones? ¿Piensas que puedes dominarme a mí también?

—Nunca haría una afirmación tan provocativa. Al menos en voz alta.

—Nosotros, los que tenemos una vida menos equilibrada, somos más capaces de superar los pequeños inconvenientes. Podemos hacer frente a los cambios. La gente que se fija una dirección sin mirar lo que sucede, a su alrededor, son los que se desesperan ante los problemas imprevistos. Cuando lo comprendas serás la más sorprendida.

—¿Siempre te pones filosófico cuando tienes que cancelar una cita?

—Trato de hacerlo.

—¡Tal vez sea una buena táctica! —exclamó—. Además la filosofía es una bonita disciplina —agregó irónicamente.

—Yo no soy muy partidario de la disciplina. Eres tú la que ha construido una vida basada en ella. Adiós, querida. Te llamaré a la oficina por la mañana.

—Adiós, Slade. ¡No trabajes demasiado! —le dijo Carla en tono

jocoso, y luego colgó el receptor.

* * *

Carla estaba en la clase de *ballet* haciendo una serie de saltos cuando recordó que Slade no había mencionado el viaje a Tucson. Eso le impidió prestar atención. A pesar de que la pierna extendida volvió con la precisión adecuada a la quinta posición, el ojo observador de la señorita Marsden estaba sobre ella, como si la implacable mujer hubiera leído en su mente.

—¡Debes levantar la pierna mucho más, Carla! Haz otros diez movimientos, por favor.

Carla puso toda su voluntad para alejar la imagen de Slade de su pensamiento.

El esfuerzo del trabajo y el agotamiento de la clase la dejaron exhausta y sin deseos de encontrarse con Gary Crispin una vez más a la salida del vestuario. Estaba imaginando el baño que tomaría al llegar a su casa cuando tropezó con él en el pasillo.

—Veo que tu amigo no ha venido a buscarte esta noche —Gary sonrió cálidamente y sus ojos oscuros se fijaron en ella.

—Supongo que ha pensado que yo podía volver sola a casa —respondió Carla algo molesta, pero inmediatamente atenuó la dureza de sus palabras con una sonrisa—. Y precisamente es allí donde voy. La señorita Marsden nos ha hecho trabajar mucho esta noche.

—Siempre está en forma —comentó Gary en tono despreocupado—. Afortunadamente para mí, York no logrará huir con ella con tanta facilidad como parece haberlo hecho contigo.

—¡Gary! —Carla le miró sobresaltada. La mano que sostenía la toalla sobre el cuello húmedo se puso rígida—. ¡Qué cosas dices!

—Oh, él me lo hizo saber con mucha claridad cuando vino a buscarte la otra noche —Gary sonrió con sarcasmo y se apoyó contra la pared.

Carla frunció el ceño.

—¿Slade fue grosero contigo? —le preguntó preocupada.

—No. Simplemente me echó una mirada, dedujo quién era yo e insinuó que pronto iba a casarse contigo. El mensaje era muy claro. ¡Debo permanecer alejado!

Ella suspiró.

—Algunas veces es un poco impulsivo. Y está convencido de que sus planes darán resultado.

—¿No se casará contigo?

—Oh, me lo ha propuesto. Pero aún no he empezado ni siquiera a pensarlo —Carla sonrió divertida—. Hace nada más que un mes que nos conocemos y no es la clase de hombre…

Se detuvo horrorizada al recordar los pensamientos confusos que la habían perturbado durante todo el día. Gary era su amigo, pero algunas cosas no las discutía con él.

—De acuerdo, Carla —asintió Gary con voz suave—. Te escucharé si deseas contarme algo…

Ella le miró a los ojos y trató de adivinar si había algo más que amistad en ellos. Por un instante pensó contarle toda la historia a Gary. Después de todo, hacía mucho tiempo que no disfrutaba de la reconfortante sensación de contar sus problemas a otra persona. La tentación era fuerte.

—Gracias, Gary. Aprecio tu ayuda pero ahora sólo pienso en volver a casa y bañarme —su voz sonaba divertida—. Y no creo que tú necesites una alumna llorando sobre tu hombro antes de empezar una clase.

—Bueno… —Gary esbozó una tenue sonrisa y se apartó de la pared—. La oferta se mantiene. Si alguna vez necesitas hablar de eso, dímelo.

—Eres muy amable —sin embargo, Carla estaba segura de que no lo haría y él también lo sabía. Cualquiera que fuese el sentimiento que los unía, no debían permitir que creciera. Los dos comprendían que eso era lo mejor. Era la única manera de seguir siendo amigos.

—No puedo permitir que te preocupes por algo sin importancia durante mis clases —bromeó él, y se alejó.

* * *

Carla le miró mientras trataba de borrar la impresión que le había dejado. Por primera vez reconoció que las advertencias de Slade podían tener fundamentos. Movió la cabeza confundida. Era ridículo pensar que Gary la deseaba del mismo modo que Slade.

Mientras conducía, Carla no podía dejar de pensar en la situación en que se encontraba. Le había dicho a Slade que Gary era su amigo. Eso debía ser suficiente. No permitiría que él arruinara su vida, como había hecho Drew.

Había sido una tonta al tratar de mejorar su matrimonio. El tiempo que permaneció junto a su marido fue suficiente para hacerle ver la vida de otra manera. Slade estaba en lo cierto. Drew había destruido su confianza en sí misma como mujer, la había hecho dudar de su habilidad para triunfar en el mundo de los negocios y luego la había acusado del fracaso del matrimonio.

Nunca más confundiría los celos y los sentimientos posesivos con el verdadero amor. Era un signo de inmadurez en un hombre. Pero ¿tendrían algo en común los sentimientos posesivos de Slade y de Drew?

¿Podía creer que Slade estaba tan seguro de sí mismo como decía? ¿O estaba tan seguro porque tenía autoridad sobre ella?

Al menos sabía que aún era una mujer atractiva, pues era evidente que Slade la deseaba. Él la necesitaba y Carla gozaba al escuchar sus apasionados gemidos, al sentir la reacción de su cuerpo cuando ella le acariciaba.

Cuando llegó a casa intentó aclarar sus pensamientos. Slade la deseaba, eso era evidente. ¿Pero estaría satisfecho con ella? Drew le había demostrado que era un fracaso en la cama. —La relación con la secretaria había comenzado poco después de la boda.

Carla suspiró resignada y comprendió que había un solo camino para ver si Drew tenía razón. Y ese único camino implicaba un riesgo para su tranquilidad.

Hacer el amor con Slade York era un compromiso que estaba más allá de todas sus experiencias. Seguramente más allá de lo que había conocido en su matrimonio. ¿Y qué le sucedería a una mujer que comprometiera su cuerpo y su alma con un hombre si éste no correspondiera a sus sentimientos?

Carla se mordió el labio mientras enjuagaba el plato en el fregadero. ¿Si lograba satisfacerle dejaría de ser posesivo? ¿Comprendería Slade que ella no podía entregarse a otro hombre? ¿Podría confiar en ella?

Su próximo matrimonio debería basarse en la confianza y en el amor. Antes de llegar a la sala se detuvo un instante y sonrió con

ironía al meditar lo que había pensado. Unas semanas antes habría jurado qué nunca volvería a casarse. Y en ese momento estaba tratando de establecer las condiciones para hacerlo.

Carla cogió un libro que enseñaba cómo lograr los objetivos con disciplina y organización y trató vanamente de concentrarse en él. Volvió a sentir la inquietud que dominaba su mente cuando no estaba trabajando o en clase de *ballet*.

Después de leer un capítulo dejó el libro a un lado y se puso de pie. Afuera estaba oscuro. Observó la luz tenue de la piscina y decidió ir a nadar un rato. El agua estaría tibia después de un día de calor intenso y probablemente le ayudara a relajarse antes de dormir.

Se puso un traje de baño ceñido, cogió una toalla y atravesó el jardín en dirección a la piscina.

La temperatura del agua era agradable. Al echarse al agua sintió que comenzaba a relajarse. Todo estaba en silencio y flotó sobre la superficie mientras contemplaba el cielo.

Estaba enamorada. ¿Pero debía arriesgarse a casarse otra vez después del fracaso de su primer matrimonio?

Se sumergió hasta el fondo y con la respiración contenida contempló el cielo oscuro a través del agua.

Algo se movió, reflejando una larga sombra sobre la superficie. Carla dejó escapar el aliento y pensó que sería alguno de sus vecinos. Salió lentamente a la superficie y miró a su alrededor.

—¡Slade!

Él permanecía junto al borde, vestido con traje y corbata.

—Necesitaba verte —le dijo.

Carla respiró hondo.

—¿Has terminado el trabajo?

—Sí.

—Pareces cansado.

—Lo estoy.

Ella sonrió con ironía.

—¿Por qué no me acompañas?

Slade frunció el ceño.

—¿No les molestará a los vecinos que nade desnudo?

—Déjate los calzoncillos. Cubren más que el traje de baño que te pusiste la semana pasada —contestó, divertida.

—Así no me gusta.

Slade se quitó rápidamente la ropa, salvo los calzoncillos. Ella se apresuró a desviar la mirada.

—Ya puedo sumergirme —Slade sonrió y se arrojó al agua desde el borde de la piscina—. No quisiera herir tu sensibilidad al salir del agua sin los calzoncillos.

Ella retrocedió mientras le observaba avanzar rápidamente de un extremo a otro de la piscina. Súbitamente comprendió que no podía seguir mirándole y se sumergió de nuevo.

Al salir a la superficie otra vez, él la estaba esperando.

—¿Te sientes mejor? —preguntó Carla, consciente de la excitación que suscitaba su presencia.

—Mucho mejor.

—No estás muy hablador esta noche —bromeó ella, tratando de mantener la distancia.

—No.

—¿El trabajo que has hecho estaba relacionado con el futuro contrato para instrumentos de aviación que mencionaste hace unos días?

—Pues…

—Si te aburro, dímelo.

—Tú nunca me aburres.

Carla estudió su expresión enigmática bajo la tenue luz reflejada de la noche.

—Tal vez no te hayas relajado —sugirió ella con voz suave—. Es probable.

—Flota de espaldas —dijo inclinándose sobre él—. Yo te sostendré.

Él echó el cuerpo hacia atrás sin hacer ningún esfuerzo con sus manos para mantenerse a flote. Carla deslizó los brazos debajo de su espalda y le sostuvo con facilidad.

—¿Qué te parece? —Carla comenzó a mover los pies sobre el fondo de la piscina y le desplazó sobre el agua gozando con el contacto de su cuerpo.

—Espléndido —murmuró Slade entregándose por completo a esa agradable sensación.

Carla estaba complacida. Sentía una suerte de dominio sobre él al sostenerle sobre el agua. Le daba la sensación de protegerle y reconfortarle. Una sensación placentera. Tenía el poder de una diosa del mar.

Le movió suavemente sin dejar de mirarle con deleite y él pareció satisfecho con su dominio. Carla sintió que su confianza crecía mientras avanzaban. Era evidente que Slade deseaba que ella asumiera el control. Después de la terrible reacción en el club campestre el día de la fiesta, él no había vuelto a forzarla.

Carla suspiró inconscientemente.

—Tienes mucha habilidad para arrastrarme —murmuró Slade—. Deberías hacerlo más a menudo.

Carla retiró las manos de su espalda y le dejó hundirse. Sonrió divertida hasta que él volvió a la superficie un instante después.

—¡Tramposa! —protestó Slade, y sus ojos se fijaron en ella con expresión reprobatoria.

—Debes mantener la boca cerrada cuando las cosas son favorables para ti —le sugirió Carla—. ¿Has cenado?

—He comido un *sandwich* a las seis.

—¿Tienes hambre?

—Mucha hambre. ¿Te queda alguna lata de atún?

—No, y aunque me quedara no te la daría. Tengo queso y galletas, si quieres.

—Bueno —Slade la miró mientras ella nadaba hacia el borde de la piscina—. ¿Has visto a Crispin después de la clase?

Ella se volvió sobresaltada.

—Sí.

—¿Te ha invitado a salir?

—No.

—Lo hará —afirmó Slade mientras se sentaba sobre el borde de la piscina.

Carla se encogió de hombros y cogió la toalla.

—¿Entonces?

—Entonces será mejor para todos que le hagas saber lo que ocurre entre nosotros.

—Es asunto mío, Slade —dijo ella fríamente mientras se quitaba el gorro de baño. Luego le dio la toalla sin mirarle.

—Ése es un comentario ridículo y tú lo sabes, querida —dijo Slade.

—Tendrás que confiar en mí —dijo Carla en tono persuasivo.

—No es una cuestión de confianza, estoy tratando de protegerte. Debes hacerle entender tu situación.

Carla le observó mientras se secaba el pelo.

—Según creo, tú ya has tratado de que lo entienda, I Los labios de Slade se curvaron con una sonrisa sarcástica.

—¿Te ha contado nuestra conversación?

—Sí, y luego me ofreció que confiara en él si necesitaba un amigo.

—¿Y le has creído? —su voz áspera tenía un matiz burlón.

—Tú eres incapaz de concebir la amistad entre un hombre y una mujer, ¿no es cierto? —murmuró Carla apesadumbrada mientras él recogía su ropa.

—Creo que la clase de amistad que Crispin desea es muy peligrosa. No quiero que te encuentres en una situación difícil.

—Al menos tratas de hablar racionalmente sobre ello —bromeó Carla. Luego comenzó a caminar hacia su casa.

—Eso no significa que mis sentimientos sobre el tema sean racionales —replicó Slade.

—¿Usas siempre la táctica que pueda darte mejores resultados?

—Es probable.

—Hagamos un trato. Si no mencionas a Gary durante el resto de la noche te prepararé un plato de queso y galletas mientras tomas una ducha.

—Eres muy hábil para regatear —señaló Slade.

Carla permaneció unos minutos en la ducha caliente y luego sé puso una bata y unas zapatillas. Luego se peinó con energía dejando que el pelo cayese sobre los hombros.

—Toda tuya —dijo Carla al regresar a la sala, donde él la esperaba envuelto en una toalla.

Slade había sacado las gafas del bolsillo de la chaqueta y estaba hojeando el libro que ella había leído un rato antes.

—Gracias —dijo él, mirándola con indiferencia—. ¿No tienes una bata para prestarme?

—Lo siento, no tengo nada preparado para ofrecer a los hombres que me visitan —bromeó ella—. Puedo poner los calzoncillos en el secador de ropa.

Los ojos de Slade brillaron.

—Me complace que no estés preparada para recibir a hombres en tu casa.

Arrojó los calzoncillos al pasillo después de entrar al baño y Carla los puso en el secador. Un cuarto de hora más tarde se los dio de nuevo.

—Sabes cómo hacer sentirse bien a un hombre —murmuró él desde el otro lado de la puerta cuando ella le ofreció una copa de coñac.

Carla sonrió, fascinada por la sensación que le suscitaba esa intimidad. Era una emoción agradable que había olvidado o que tal vez nunca había conocido.

Cuando Slade regresó a la sala vestido con los pantalones grises del traje y la camisa desabrochada, Carla le esperaba sentada en un sillón.

—Ha sido una gran idea nadar un rato —aprobó él con voz tierna, y, después de sentarse junto a ella, tomó las galletas y el queso.

—¿Cómo has sabido dónde estaba? —le preguntó ella.

Slade se llevó un bocado a la boca y sonrió.

—He visto aparcado tu coche y he pensado que estarías por aquí. Me pareció lógico buscarte en la piscina.

—¿Lógico? ¿Después de descartar la idea de que estuviera con Gary Crispin? —preguntó Carla.

—Fue idea tuya no invitarle a tu casa esta noche —le recordó él sin mirarla.

—¿Fue por eso por lo que parecías tan sorprendido cuando me has visto en la piscina? ¿Temías que estuviera con Gary? —Carla no sabía realmente por qué le seguía provocando.

—Este queso es excelente. ¿Dónde lo has comprado?

—Slade…

—Será mejor que no discutamos sobre mi aspecto. Lastima mi orgullo. Un hombre debe ser capaz de trabajar unas horas de más sin mostrar los efectos.

—Oh, Slade. ¿No puedes confiar en mí? —murmuró Carla con voz vacilante.

—No has hecho demasiado para darme confianza —dijo él con voz serena—. Pero… sí, confío en ti. Tú no me entiendes, eso es todo. Y yo no sé cómo explicártelo.

—¿Celos?

—Te permito que pienses lo que quieras, pero espero que algún día llegues a sentir lo mismo que yo.

—Bueno, al menos no me estás gritando —dijo Carla tratando de poner una nota de humor.

—Porque sé que no daría resultado —gruñó Slade apoyándose contra el respaldo del sillón.

—Aunque tú no lo creas, considero que es un paso muy importante.
—¿Sí?
—Sí.
La tensión disminuyó y terminó por disiparse cuando sus miradas se encontraron. Slade apoyó la copa sobre la mesa.
—Creo que será mejor que me vaya. Ya es muy tarde —dijo mientras se ponía de pie.
Carla permaneció junto a él, sintiendo una mezcla de preocupación, miedo e inseguridad. Era algo que había experimentado muchas veces con Slade York.
Mientras le contemplaba fijamente, reconoció que había esperado las caricias suaves de Slade desde que él había aparecido en la piscina. Y estaba a punto de partir sin siquiera darle un beso.
Slade no se movió. Simplemente esperó que ella tomara una decisión.
Carla intentaba convencerse a sí misma de que debía manifestar sus sentimientos, demostrándole que ella también le deseaba, pues aunque solamente hacía una semana que se veían fuera de las reuniones de negocios, había tenido la oportunidad de conocerle durante más de un mes.
Además, ¿qué importancia tenía el tiempo? Había conocido a Drew mucho más que a Slade y eso no había impedido que cometiese el error de casarse. Afortunadamente, Slade no era como Drew y, aunque había tratado de forzarla el viernes anterior, parecía que estaba aprendiendo a controlarse.
—Slade —musitó Carla—. No te vayas, por favor.
Él sonrió y sus ojos se iluminaron cuando le acarició el pelo.
—No creo tener fuerzas para pasar otra noche contigo, querida. Como tú sabes, he tenido un día muy duro. Además, ya ha sido suficiente. Me he bañado en la piscina, he tomado una ducha y me he comido lo que tú has preparado. Creo que será mejor que las cosas no vayan más lejos.
Carla contuvo el aliento.
—Quiero seducirte.
Slade le cogió la mano con fuerza.
—¿Es esta mi noche, querida Carla? —musitó él estremecido—. ¿Me llevarás a tu cama y me amarás como yo he anhelado que me

amases?

Carla se sentía insegura. ¿Qué ocurriría si no era capaz de darle el amor que él ansiaba?

Pero sus propios deseos y su amor floreciente ya no atendían las advertencias. Sin decir nada más le cogió de la mano y lo llevó al dormitorio.

Capítulo 9

Slade la siguió en silencio, cogido de su mano. Carla advirtió que él temblaba cuando se detuvo junto a la puerta del dormitorio y se arrojó a sus brazos con un suspiro. Ella apoyó el rostro en el pecho y sintió un profundo estremecimiento.

—Mi amor —le susurró Slade al oído mientras le acariciaba la espalda—. ¿Estás segura?

Carla respondió con voz trémula.

—Estoy segura, Slade —dijo ella convencida—. Te deseo, Slade. Te deseo tanto que ya nada importa. ¡Te necesito!

—Te lo he dicho antes —musitó él con voz profunda—. Soy todo tuyo. Lo he sido desde el primer día que te vi. Te hubiera hecho el amor entonces si hubieras demostrado que me deseabas.

Carla sabía que él también la deseaba, y, después de desabrocharle la camisa, comenzó a acariciarle el pecho.

—Pero tú no has sabido comportarte —bromeó ella.

—Te sugiero que no discutamos quien se ha comportado mal. Esta noche no —le pidió Slade.

—¡Oh, Slade!

Carla lo abrazó con fuerza. Luego irguió el rostro y buscó su boca.

Vehementemente, Carla le separó los labios y le besó con pasión, deslizando la lengua a través de sus dientes. Slade abrió la boca y respondió con un gemido de deseo.

Casi inconscientemente se puso de puntillas intentando llegar al cuello, al borde de la oreja.

—¡Dios mío, Carla! Te deseo tanto…

Las manos de Slade descendieron hacia las caderas. Carla cerró los ojos y volvió a estremecerse al descubrir que los dos se deseaban con la misma intensidad. Nunca había experimentado algo semejante.

Mientras le acariciaba el pelo, Slade desabrochó el cinturón de la bata, y sonrió divertido al notar que esta caía al suelo.

—Todavía mando yo —le dijo sonriendo.

—¿Por qué no? Me encanta tu forma de seducirme.

Una sensación muy femenina invadió a Carla. Podía darle lo que él deseaba. ¡Podía darle placer!

—Tu cuerpo es dulce, fuerte, adorable —gimió Slade un instante después cuando los dos estaban desnudos.

Carla deslizó las manos hacia sus caderas y luego se apretó contra él.

—Déjame amarte, Slade —le pidió con voz suplicante.

—¿Qué crees que he estado esperando todo este tiempo?

Por cada caricia que Carla le hacía, ella recibía otra como respuesta. Pero Slade no asumía el papel dominante que Carla había esperado en un momento como ése. Ella era enteramente responsable de lo que ocurriese esa noche.

Súbitamente, ella comprendió que iba a disfrutar de su poder. Se sentía la diosa que había imaginado un rato antes en la piscina. Retrocedió un paso y empujó a Slade haciéndole caer sobre la cama.

Él la atrapó la mano y le obligó a tumbarse junto a él. Carla contempló el gesto de gozo en su rostro y sonrió.

—Creo que he criado una gata salvaje —bromeó él acariciándole el pelo—, ¿sabías que tienes cara de picara?

—No, señor York —contestó ella en tono jocoso—. Es una de las tantas cosas que estoy descubriendo con mi nuevo jefe.

—Recuerdo que una vez dijiste que siempre estabas dispuesta a aprender…

—¿Crees que todo lo he aprendido de ti?

—¿No? —bromeó Slade mientras le acariciaba los senos.

—No —contestó ella mientras le besaba el cuello—. La habilidad debe haber estado dentro de mí. Nunca he tenido la oportunidad de manifestarla.

—¿Vas a decirme que soy un conejillo de Indias?

—¿Te sientes un conejillo de Indias? —preguntó ella divertida.

—No —admitió Slade—. Me siento como un hombre que ha

encontrado una mujer ardiente.

Con el aliento entrecortado por el deseo, Carla se movió sobre su cuerpo, explorando, aprendiendo, dejando que sus sentidos se deleitaran.

Al mover las piernas sentía su temblor y disfrutaba con él. Al besarle los hombros, Slade gemía y hundía las uñas en su espalda. El dolor despertaba todavía más su deseo.

—Me haces perder la cabeza, ¿lo sabes? Creo enloquecer cuando estás tan cerca —los labios de Slade rozaron sus pezones.

—¿Sí?

—¿No tienes miedo de que pierda el control? —le preguntó él.

Pero Carla ya no prestaba atención a las advertencias. Lo único que sabía era que algo la impulsaba a llegar hasta el final. Eso se había convertido en la meta más importante de su vida y se entregó a ella con toda la voluntad que había estado oculta durante cuatro largos años.

Instintivamente, se apretó contra el cuerpo de Slade incitándole a responder.

—No creo que pueda seguir esperando, mi querida Carla —gimió él con voz profunda—. ¡Sácame de esta agonía!

Era una orden y un ruego. Carla se sintió invadida por el deseo de incitarle de nuevo.

—No has dicho por favor —le dijo en tono jocoso.

—¿Es eso lo que quieres? —preguntó él—. ¿Quieres que te suplique que sigas?

—Me gustaría oírte suplicar —contestó Carla en tono malicioso aunque sabía que no iba a poder tolerarlo mucho tiempo más.

—¿Me estás excitando, verdad? —gruñó él—. Debería haber imaginado lo que ocurriría cuando te permitiera que me dominaras.

—¿Quieres decir que no esperabas tener que suplicarme?

—No —respondió él—. Sólo quería descubrir qué eras capaz de hacerme. Pero veo que me he excedido.

Súbitamente, Slade se movió debajo de ella, sus manos se posaron sobre la cintura de Carla e intentó separarse de ella.

—¡No! —gimió Carla temiendo que había ido demasiado lejos. Le agarró los brazos con desesperación y dijo—: Por favor, Slade, no me dejes…

—¿Qué te ha hecho pensar que te dejaría? —bromeó él mientras la

tendía sobre las sábanas y la cubría con su cuerpo—. Voy a mostrarte lo que le sucede a las mujeres imprudentes que no saben cuándo dejar de excitar…

Carla abrió los ojos y le contempló extasiada, mirándole fijamente a los ojos. Abrió la boca para recibir su apasionado beso y arqueó el cuerpo para hacer más profundo ese contacto.

La rodilla de Slade presionó sus piernas con insistencia hasta que ella las separó.

—¡Slade!

Carla clavó las uñas en los hombros de Slade con un gemido de placer y deseo, mientras le rodeaba las caderas obligándola a seguir su ritmo.

Carla sabía que ya no necesitaba estimular a Slade para que se quedase. También estaba perdido en ese torbellino de pasión. Ella le había llevado hasta el borde del abismo que les esperaba desde el primer encuentro.

—¡Sí! ¡Oh, Slade, sí…! —balbuceó con la cabeza echada hacia atrás en actitud de abandono, sintiendo un profundo placer que nunca había experimentado antes.

—¡Carla! —exclamó Slade al sentir que ella se estremecía.

Luego se movió sobre ella una vez más, sosteniendo su cuerpo mientras buscaba su propio placer.

Permanecieron en silencio durante unos minutos. Slade le acariciaba el pelo revuelto y ella apoyó la cara contra su pecho.

Finalmente, Carla se movió en los brazos de Slade y levantó la vista para mirarle.

—¿Estás satisfecha, Carla Nevin? —bromeó Slade entrecerrando los ojos.

Ella se estiró y suspiró complacida.

—No quiero escuchar tus protestas.

Slade le dio una suave palmada.

—¡No creas que son tuyos todos los méritos por lo ocurrido aquí esta noche! ¡Soy un experto en esto!

—Pero yo he logrado aliviar tu abatimiento —replicó Carla dulcemente mientras le acariciaba el pecho.

—¿Es éste el agradecimiento que obtengo después de demostrarte que eres una mujer muy apasionada? —le reprochó él.

Carla se puso rígida en sus brazos.

—¿Qué quieres decir?

Él sonrió con expresión burlona.

—¿No comprendes que yo sabía desde el comienzo cuál era el problema?

—¿Vas a felicitarte por haber sabido seducirme? —preguntó ella irónicamente.

—Oh, no —afirmó él sonriendo—. Tú has hecho todo el trabajo. Yo simplemente me he ofrecido como conejillo de Indias, ¿recuerdas?

—Los conejillos de Indias valen diez centavos la docena —replicó Carla.

—Pero tú necesitabas uno muy especial.

. —¿De qué clase?— preguntó ella.

—Uno que desearas realmente. Uno que estuviera dispuesto a darte tiempo para practicar antes de seguir adelante con el experimento.

—¿Son todos los hombres tan presumidos después de un experimento como éste?

—Yo nunca había tenido tanto éxito.

—¿Slade?

—¿Qué?

—Cállate y déjame experimentar una vez más.

—Sí, querida.

—Tú sabes que el método científico exige que un experimento sea repetido varias veces antes de ser aceptado como válido.

—No hay nada como una mujer con buena educación.

Carla se estiró y le rodeó el cuello con las manos, entregándose completamente a él de nuevo.

* * *

Era muy tarde cuando Slade se sentó en el borde de la cama y la miró un instante antes de ponerse de pie.

—¿Slade? —balbuceó Carla—. ¿Adonde vas?

—A casa, querida. Tenemos que estar temprano en el trabajo, ¿lo recuerdas? No puedo presentarme sin haberme afeitado. Debo regresar a casa y cambiarme de ropa.

—Es casi de día —protestó ella.

—Sí. Continúa durmiendo. Te llamaré a la oficina.

—Ojalá no tuvieras que irte…

—¿Sí?

Por un instante Carla trató de comprender el significado que encerraba el tono indiferente de su voz, pero enseguida lo olvidó. Debía ser su imaginación.

—¿Slade?

—¿Sí, cariño? —dijo él mientras se ajustaba el cinturón.

—Conduce con cuidado —era todo lo que podía decirle. Encontraba desagradable la sensación de separarse de su amante antes del amanecer. Irguió el cuerpo levemente y su pelo cayó sobre los hombros.

Slade esbozó una sonrisa breve.

—Lo haré —le prometió. Luego, se inclinó para besarla en la boca —. Te llamaré por la mañana, Carla.

Unos minutos más tarde, ella oyó el Mercedes que se alejaba y luego todo quedó en silencio.

Carla suspiró y hundió la cabeza en la almohada, mientras la luz del día comenzaba a filtrarse a través de la ventana. Pronto Slade no tendría que separarse al amanecer. Iba a casarse con él.

Sonrió complacida. Slade sabía que Carla había descubierto que no era incapaz de sentir placer. Pero a ella todavía le preocupaba la posibilidad de haberle dejado insatisfecho.

De pronto recordó que su orgullo no necesitaba ningún estímulo. ¿Sería eso un problema? Tal vez, pero ella podría dominarle, Slade no era Drew Sheridan. El orgullo de Slade se basaba en una justa apreciación de sus propias habilidades y no en una falsa presunción. Él había permitido que una mujer llevara la iniciativa en el amor. Drew jamás lo habría tolerado.

Carla movió la cabeza, decidida a olvidar. Debía pensar solamente en Slade York, Drew ya no era importante.

Mientras se vestía para ir al trabajo, recordó qué aún quedaban problemas a resolver entre Slade y ella. Slade debía entender que no había necesidad de ser posesivo o celoso. No se le podía acusar por sentir de esa forma después de lo vivido con su primera esposa, pero la relación con ella sería muy diferente.

Amor, comprensión y confianza. Ésos eran los pilares de un buen matrimonio. Se miró en el espejo mientras terminaba de sujetarse el moño.

Al sentarse detrás del volante de su Fiat, Carla llegó a una decisión. Pasaría por la oficina de Slade y le diría que iba a casarse con él.

Trató de imaginarse la imagen complacida de Slade y sonrió divertida. Probablemente él se felicitaría por el éxito de sus planes. Bueno, ella podía permitírselo. Después de todo, él había triunfado.

Después de aparcar el Fiat, Carla se dirigió hacia las oficinas de York Instruments, preguntándose cómo había podido soportar su soledad durante los últimos cuatro años.

Sin embargo, tenía que reconocer que esos cuatro años habían sido muy importantes para ella. Durante ese tiempo había intentado conocerse a sí misma y casi lo había conseguido.

Cuando llegó a las oficinas de York, sonrió a la secretaria que estaba sentada en la entrada del despacho de Slade y ésta la saludó amablemente.

—¡Señorita Nevin! —¿La está esperando el señor York?— la señora Cosgrove revisó la agenda con ansiedad.

—No, pero iba a mi oficina y he pensado que tal vez podría atenderme.

—Creo que tiene unos minutos libres antes de la reunión. Le haré saber que está usted aquí.

La señora Cosgrove pulsó el botón del intercomunicador.

—La señorita Nevin está aquí, señor York. Quiere hablar con usted si tiene unos minutos.

Se produjo un breve silencio y luego se escuchó la voz serena de Slade.

—Hágala entrar, señora Cosgrove.

La señora Cosgrove le indicó una puerta y Carla avanzó indecisa. Se detuvo un instante con la mano en el picaporte y comenzó a temblar.

Enseguida recordó el placer que había experimentado Slade la noche anterior. Abrió la puerta y miró a su alrededor. Luego miró a través de la ventana. Desde allí se divisaba el monte Camelback, el más alto del lugar.

Slade se levantó y se acercó para recibirla. La observó detenidamente y dijo:

—Buenos días, Carla.

Carla miró a Slade y aumentó su confianza. Él se acercó y le indicó una silla. Luego, se apoyó contra el escritorio y cruzó los brazos sobre

el pecho, esperando que ella hablara.

—Iba a la oficina —dijo Carla con voz serena—. Me detuve un minuto para verte.

—Carla, querida —la interrumpió Slade—. Tú nunca haces nada sin una razón. Intuyo que ésta no es una mera visita de cortesía.

Carla sonrió.

—Bueno, de alguna forma lo es. He venido a decirte que acepto tu propuesta de matrimonio.

Contuvo la respiración anticipando el momento en que él la estrechara entre sus brazos con entusiasmo. Pero todo lo que obtuvo fue una leve inclinación de cabeza.

—Entiendo.

Carla palideció. Se puso de pie con nerviosismo y fue hacia la ventana.

—Yo… pienso que el nuestro sería un buen matrimonio, Slade. Creo que podremos resolver los problemas que aún existen…

—¿Crees que sí?

Ella percibió con disgusto el tono de su voz, pero ya era demasiado tarde.

—Sé que tú eres un poco posesivo…

—¿Un poco?

Carla no le estaba mirando pero imaginó su expresión burlona.

—He comprendido que es normal después de la experiencia con tu primera esposa. Ya verás que los celos no tienen sentido en un buen matrimonio. Nuestra relación se basará en la confianza y la comprensión, Slade.

—¿No crees que tú también puedes ser un poco posesiva? —preguntó él con voz serena.

Carla sonrió.

—Confío en ti, Slade. No he confiado en ningún hombre durante mucho tiempo, pero confío en ti.

—Ya te he dicho que la necesidad de poseer no tiene relación con eso.

—Tiene relación. Y muy pronto tú lo comprenderás —afirmó ella enérgicamente mientras se volvía para mirarlo.

Los ojos de Slade tenían algo enigmático que Carla no podía descifrar.

—¿Te basas en lo ocurrido anoche para afirmar eso? —preguntó

Slade—. Piensas que por haberme controlado anoche, puedes controlar otros aspectos del matrimonio, ¿verdad?

—Slade…

—Dime exactamente lo que quieres de este matrimonio —murmuró Slade.

—¡Tú lo sabes!

—Quiero saber lo que voy a hacer. Dímelo una vez más.

—Deseo confianza y comprensión y respeto mutuo… —comenzó Carla con voz vacilante.

—Pero no deseas nada apasionado. Tú no puedes aceptar que sea posesivo o celoso. Tú no puedes aceptar que entre un hombre y una mujer sucedan cosas que no siempre son lógicas, racionales o civilizadas, que un hombre pueda sentir el deseo de encadenar a su mujer aunque confíe en ella y que una mujer pueda ser capaz de sentir lo mismo.

—Slade, tú no entiendes…

—Claro que entiendo. Tú quieres un matrimonio en el que el sexo apenas tenga importancia —afirmó él con voz áspera—. Me complace que hayas encontrado lo que buscabas anoche, Carla, pero no es suficiente para que nos casemos. La clase de matrimonio que tú propones no es lo que yo deseo.

Carla se dio cuenta de su error, y sintió que se ruborizaba. Era evidente que no había logrado satisfacer a Slade.

Quizá no había aprendido mucho durante esos cuatro años.

Capítulo 10

Desearía que el suelo desapareciese para permitirme una retirada digna —pudo decir Carla en un arrebato de humor que la sorprendió.

Se volvió bruscamente y se dirigió hacia la puerta.

—¡Carla! Espera…

Ella se detuvo junto a la puerta con la cabeza levantada. Slade se acercó con expresión brusca y decidida.

—¡No! —exclamó Carla, disimulando su temor con una sonrisa sarcástica—. No hay nada que explicar. ¡Debería haberlo advertido anoche!

Slade escrutó su rostro tratando de entender el significado de sus palabras.

—Carla, escúchame…

—Está bien, Slade. ¡Te aseguro que fuiste mucho más amable que mi esposo! Te agradezco que hayas esperado hasta la mañana —el tono de su voz tenía una frialdad escalofriante—. Soy más fuerte por la mañana. Puedo subir edificios con un solo salto algunas veces.

—¿Qué demonios estás diciendo? —gruñó él.

—No me hagas caso. Estoy divagando —dijo Carla—. Bueno, tengo que irme. Mi secretaria debe estar preguntándose dónde estoy.

—¡Carla, no te vayas!

Ella abrió la puerta y corrió hacia la salida ante la mirada atónita de la señora Cosgrove.

—Señor York, no olvide su reunión de las nueve.

—Dígales que llegaré un poco tarde.

Carla ya no dijo nada más. Salió del edificio y cruzó la calle

velozmente en dirección a su coche.

—¡Carla!

Ella buscó las llaves en el bolso y se apresuró al advertir que Slade la seguía.

Pero la alcanzó enseguida y la obligó a detenerse.

—¡Maldición! ¡No me gusta que me vean perseguir a mis empleadas por la calle! —exclamó él furioso.

—¡Nadie te ha pedido que lo hagas! ¡Ya has dicho lo que tenías que decir!

—Hay cosas que no están del todo claras.

—¡En absoluto! ¡Admito que no soy muy lúcida pero una vez que estoy segura de algo, sé cómo actuar!

Carla le miró con la cabeza erguida y los ojos llenos de lágrimas. Pero por nada del mundo permitiría que él descubriera que estaba llorando.

Slade le empujó suavemente y ella alzó la mano en actitud defensiva.

—¡Suéltame! —gritó.

—¡Te soltaré cuando me expliques lo que has dicho en la oficina! —gruñó Slade. Le apretó los hombros con fuerza y frunció el ceño.

—Me parece que no podrás entenderme —replicó ella—. ¿O te gusta ser cruel? Es eso, ¿verdad? —murmuró con voz enérgica—. ¡Te has propuesto hacerme ver mi gran error! ¡Nunca hubiera esperado algo así de ti, Slade!

—¡Cállate y explícame lo que estás diciendo!

—No puedo hacer las dos cosas. O me callo o intento explicártelo.

—Sube al coche. No quiero que la gente nos mire desde las ventanas.

Slade cogió la llave de sus manos y después de abrir la puerta la empujó hacia el interior del coche.

—Bueno, ahora dime qué significa todo esto.

Carla miró su reloj.

—Tienes una reunión.

—¡Tengo un problema mucho más grave aquí! Comienza a hablar, Carla Nevin. Es la última vez que te lo pido.

Ella se encogió de hombros y desvió la mirada.

—¿Qué más quieres de mí, Slade? Lamento haberte molestado en tu oficina. Te aseguro que estoy arrepentida.

—¿Porque he dicho que no me casaría contigo en esas condiciones? —preguntó Slade llanamente.

—He sido muy tonta al pensar que aún querrías casarte conmigo después de lo de anoche. No había pensado que tú no…

Carla no podía seguir hablando.

—Carla, empecemos de nuevo, ¿de acuerdo? —sugirió él con expresión tranquila—. Yo sé que sentiste placer anoche. Algo que no habías experimentado antes. No me digas que fingiste porque no te creeré. ¡Ninguna mujer podría fingir tan bien!

Carla frunció el ceño.

—¿Fingir? ¡No fingí nada! ¿También tendré que tolerar esa acusación?

Slade contuvo el aliento.

—¿Entonces sentiste placer anoche?

—Si lo que buscas es un testimonio de tu habilidad como amante, lo manifestaré por escrito —contestó ella con sarcasmo.

—Sólo deseo saber si experimentaste con lo que esperabas…

—No —murmuró ella apesadumbrada, apretando los dedos contra su regazo.

—¡Maldición, Carla! Tú acabas de decir…

—Slade, yo no me acosté contigo para descubrir el placer. Ni siquiera pensé en ello —afirmó ella.

—¿Qué sentido tenía el experimento que hiciste? —susurró Slade con los dientes apretados.

—No trataba de experimentar nada. Como ves, soy tan tonta que creí que podía hacerte feliz. Tenía confianza en mí misma cuando me preguntaste si podías quedarte anoche.

—¡Oh, Dios mío! —musitó Slade. Extendió la mano y le cogió la barbilla obligándola a mirarle—. ¿Qué te hizo ese hombre?

—¿Drew? —murmuró ella confundida—. Él me hizo ver que yo no era capaz de satisfacer a un hombre por completo. Al ver la forma en que tú reaccionabas durante los últimos días, imaginé que las cosas podrían ser diferentes. Yo deseaba hacerte feliz, Slade. A pesar de ser tan simple, parece imposible, ¿verdad?

—¡Carla, por Dios! —exclamó Slade enfáticamente—. Una vez te dije que eres un fuego debajo del mar y anoche estuve a punto de ser consumido por las llamas. ¡Satisfecho! Escúchame, querida, esta mañana cuando salí de tu casa, apenas pude llegar hasta el coche.

Eres una gata salvaje en los brazos de un hombre. Me despiertas el deseo de domarte y luego poner en libertad tus instintos para gozar de ellos. ¡Claro que me hiciste feliz, tonta! Y tuve el placer de hacerte feliz. ¿Por qué no me dijiste antes lo que te ocurría?

Carla se mantuvo apartada de él.

—No es algo que se pueda discutir con un hombre —se justificó en tono sereno.

—Pero sabías que yo ansiaba mostrarte la fuerza de tus emociones —protestó Slade.

—Bueno, ¿qué tiene de malo? —preguntó ella—. Yo nunca había… Quiero decir…

—Olvídalo. ¿No conoces el viejo dicho? ¡No hay mujeres incapaces de amar, sólo hombres inexpertos! —dijo sonriendo—. Supuse que tú necesitabas dominar la situación. Pensé que tal vez habías sido forzada por tu esposo y eso te impedía tener placer. Debe haber sido un golpe muy duro para ti mi actitud de la primera noche. Después de dejarte me maldije por haberte aterrorizado.

—¡No estaba aterrorizada! —afirmó ella.

Slade no le prestó atención a sus palabras.

—Comprendí que tú necesitabas dominar la relación hasta que recuperaras la confianza en ti misma. Pero estaba seguro de tu capacidad para sentir placer. No advertí que también dudabas de tu capacidad para satisfacer a un hombre.

Carla trató de disimular el alivio que le producían sus palabras.

—¡Sólo quiero que sepas que no conseguirás nada de mí tratándome como lo has hecho esta mañana! ¿Tienes idea de lo que significa para una mujer hacer el amor con un hombre que desea casarse con ella y enterarse de que él ha olvidado su propuesta a la mañana siguiente? ¡El hecho de tener treinta años no me hace inmune a la humillación!

—¡Pero yo no podía saber lo que te ocurría, demonios! ¿No lo entiendes? Sólo trataba de que comprendieras mis necesidades…

—¡Ya las he comprendido! —Carla dirigió una mirada a su reloj—. Será mejor que vayas a la reunión, Slade.

—Tú no eres mi secretaria. ¡No tienes obligación de recordarme nada! —exclamó él.

—Creo que estábamos hablando del orgullo hace un rato. El mío y el tuyo se verán afectados cuando tus empleados descubran que estás

sentado en un coche durante la reunión.

—No me des esa clase de consejos —le advirtió Slade.

—¿Por qué no? —insistió ella—. Es inútil que me amenaces. Ya sabes que no me interesa conservar el trabajo, además, me has dicho que no te casarás conmigo. Así que no puedes vengarte de mí.

La mano de Slade se apoyó contra la puerta con un movimiento agresivo.

—Lo discutiremos esta noche —le dijo con expresión altiva—. ¡Te veré en tu casa después del trabajo!

Salió del coche y cerró con un portazo.

—¡Vamos a aclarar esto aunque nos lleve toda la noche!

—¡Algunas cosas no se negocian, Slade!

—¡Bah! —gruñó Slade—. Tú y yo tenemos mucha práctica en negociaciones. Llegaremos a un acuerdo —dijo alejándose de ella.

* * *

Carla puso en marcha el Fiat y aceleró bruscamente. Ya no dudaba de que iría a la conferencia en Tucson. Necesitaba pensar en sí misma y ése era el momento más oportuno para hacerlo. Si partía esa misma tarde llegaría a tiempo para el cóctel de bienvenida.

Algunas horas después, iba por la autopista. No podía dejar de pensar en Slade. Era evidente que la había engañado.

Él la había seducido sin importarle las condiciones. Sólo en el momento de cumplir la promesa de matrimonio, se había vuelto más formal sobre esa cuestión. Era el típico estilo de York. Carla se lamentó por su ingenuidad. ¡Un mes de arduas negociaciones debería haberle enseñado cómo funcionaba la mente de ese hombre!

Durante el viaje de dos horas a Tucson se sucedieron una serie de recriminaciones y defensas de su propia conducta. Después de registrarse en el lujoso hotel, Carla revisó la información disponible para los asistentes a la reunión y se duchó. Esperaba que el cóctel la ayudara a distraerse para olvidar los problemas.

Se vistió con esmero, convencida de la necesidad de cuidar más su aspecto. Eligió el vestido negro que se había puesto para ir al club campestre. Era una prenda sencilla pero elegante. Se cepilló el pelo y se hizo una trenza. Luego se calzó unas sandalias del mismo color del

vestido.

Caminó con paso lento entre la multitud de invitados, algunos de los cuales le dirigieron miradas de admiración que ella ignoró con naturalidad. También recibió sonrisas de bienvenida de amigos y compañeros de trabajo. Alguien le sirvió una copa y enseguida se unió al bullicioso grupo.

—¡Carla! Me alegro de verte —dijo Sandra Miller con una sonrisa en los labios. Sandra trabajaba en otra compañía de Fénix y se habían encontrado en varias reuniones locales—. Ven aquí y ayúdame. Aún hay demasiados hombres en esta clase de trabajo. La proporción no es justa.

Carla sonrió y observó el círculo de rostros masculinos que rodeaban a la atractiva pelirroja.

—Preséntanos a tu amiga, Sandy —le pidió uno de los hombres en tono amistoso.

—Ella es Carla Nevin. Era gerente de Chapman Inc, en Fénix —dijo Sandra.

—¿Era? —preguntó con curiosidad el hombre que había pedido que le presentasen a Carla.

Carla se encontraba ante otro hombre preocupado por el éxito de las mujeres.

—Chapman Inc. ha sido comprada por York Instruments —explicó Carla en tono frío— Y York no necesita otro gerente de planificación y recursos.

—Entiendo. ¿Te quedarás en la compañía?

—Lo dudo.

—Mi nombre es Vance Ramsey. Represento a una firma de Tucson.

Carla hizo un gesto con la cabeza mientras los otros hombres del grupo comenzaban a discutir sobre la revolución de los procesadores de instrumentación. Vance era un hombre atractivo, de alrededor de treinta años, pelo castaño oscuro y cuerpo robusto. Vestía ropa deportiva y parecía tener confianza en sí mismo.

—¿Entonces no te quedarás con York? ¿Tienes planes para el futuro? —preguntó Ramsey apartándola ligeramente del grupo sin dejar de mirarla.

Carla aceptó mantener con él una conversación más íntima, pues había ido a la fiesta con la intención de olvidarse de Slade, pero no podía mirar a Vance Ramsey sin dejar de hacer comparaciones.

—Aún no he decidido lo que voy a hacer —dijo ella—. Recibí ofertas de otras empresas hace algún tiempo. Es probable que me ponga en contacto con alguna para ver si están interesados.

Él asintió.

—¿York ha tratado de convencerte?

—¡York está empeñado en convencerla! —dijo una voz áspera y viril.

—¡Slade! —Carla se volvió para mirarle—. ¿Qué estás haciendo aquí?

—Cierra la boca, cariño. Una dama no debe aparentar que ha sido sorprendida en una situación comprometedora —le sugirió él con voz suave.

—¿Es usted amigo de Carla? —preguntó Vance, mirando a Slade fijamente.

—Podría decirse que sí. Soy Slade York. Su jefe.

—Entiendo. Bueno, supongo que tendrán que hablar de negocios —Vance percibió el tono agresivo de Slade, pero no podía hacer nada —. Te veré más tarde, Carla. Encantado de conocerte…

La desaparición del hombre pasó inadvertida para ella. Toda su atención estaba puesta en Slade, que la observaba con expresión desafiante.

—¿Y bien? —preguntó Carla levantando la vista hacia él.

—¿Estabas disfrutando tu última conquista? —preguntó Slade.

—¡No era una conquista! —dijo Carla indignada—. ¡Dios mío, Slade! Eres posesivo hasta los límites del absurdo.

—Puedo reconocer a un hombre que se ha propuesto algo —contestó fríamente—. Era evidente que tú no querías desanimarlo. ¿Qué sucede? ¿Lo ocurrido anoche ha estimulado tu apetito, Carla? ¿Acaso ahora piensas en todo el tiempo que habías perdido?

Carla palideció.

—Eres un verdadero caballero, Slade —murmuró en tono acusador.

—¡Oh, diablos! —murmuró él disgustado—. No he debido decir eso. Lo lamento, querida, cuando me di cuenta de que habías salido de la oficina y que no habías venido a buscarme, decidí llegar hasta aquí y arrastrarte a casa con una cadena. No me he sentido muy bien cuando he entrado y te he visto hablando con otro tipo. Carla experimentó una curiosa excitación pero la reprimió de inmediato.

¿Qué le ocurría? Lo último que necesitaba era un hombre inmaduro y celoso. Pero nunca nadie la había perseguido de esa forma. Una primitiva sensación de satisfacción femenina la invadió.

—¿Qué harás ahora que me has encontrado? ¿Me arrastrarás con una cadena? —bromeo Carla sin poder disimular el placer que le causaba la voz de Slade.

—Voy a hacer todo lo posible para negociar contigo sobre bases racionales, lógicas y civilizadas —murmuró él—. Lo he repetido cien veces en el camino. Estoy aquí para asistir a la conferencia contigo y deseo aprovechar el tiempo para seguir las negociaciones.

—Suena como si quisieras probar tu propia voluntad.

—¡Así es!

—¿Debo sentirme halagada por el esfuerzo que estás haciendo? —se burló[1] Carla.

—Si tienes un poco de sentido común, Carla, no tratarás de hacerme olvidar mis buenas intenciones —le advirtió Slade en un tono muy persuasivo.

—¿Puedo confiar en tus buenas intenciones?

—¡Maldición, trato de ser razonable! ¿Por qué no lo entiendes? Lamento lo que ha sucedido esta mañana. Admito que no he hecho bien las cosas, pero eso ha ocurrido por pensar en mis propias necesidades. Creí que habíamos resuelto tus problemas anoche y podíamos hablar de los míos.

—¡Resolver mis problemas! —exclamó Carla con furia—. ¡Es típico en un hombre pensar que puede dominar a una mujer con el sexo. Todos los arrogantes, jactanciosos…!

—¡Slade, querido! ¡Has venido a la conferencia después de todo! ¡Cuánto me alegro!

La diatriba de Carla fue ahogada por una exclamación de alegría. Observó atónita a una rubia deslumbrante que se arrojaba a los brazos de Slade. Era muy hermosa y llevaba puesto un vestido rojo con un escote provocativo.

Después de vacilar un instante, Slade se relajó y bebió un sorbo de *whisky*.

—Hola, Brenda —le dijo amablemente—. Me alegro de verte. Quiero presentarte a una… colega, Carla Nevin.

—¿Cómo estás, Carla? —dijo Brenda apartando el brazo del hombro de Slade—. ¿Trabajas con Slade?

—Trabajo para él —la corrigió Carla, y su mano apretó el vaso.

—Oh, entiendo —Brenda pareció perder el interés y se volvió hacia Slade—. Debo admitir que me sorprende verte. Creí que odiabas estas reuniones. ¿Qué te ha traído por aquí?

—Yo… he querido asistir al curso sobre sistemas de pruebas —le explicó él.

Carla sonrió con sarcasmo al oír su mentira. Él no había mostrado ningún interés en ese tema antes de la llegada de Brenda. Slade había ido a la conferencia para verla a ella.

—¡Fantástico! —aprobó Brenda—. A mí también me interesa lo mismo. ¿Has visto los escaparates?

—Aún no. He llegado hace unos minutos.

—Entonces no has cenado…

—No, en realidad —comenzó a decir Slade.

—Slade y yo estábamos a punto de entrar al restaurante, Brenda. Estoy segura de que nos disculparás —dijo Carla.

Se produjo un breve silencio y Carla se sorprendió de su inesperada reacción antes de enfrentarse a la mirada divertida de Slade. Pero, después de todo, él había ido para hablar de su relación. ¿Cómo iba a hacerlo si se quedaban con Brenda?

—¿Slade…? —murmuró la rubia.

—Ehh… temo que Carla tiene razón. Nos vamos a cenar. ¿Nos acompañarás a tomar una copa después? —agregó Slade—. Estaremos en el bar.

—¡Claro! —Brenda sonrió y se acercó para besarle en los labios—. Os veré más tarde.

Carla contempló el vestido rojo que se perdía entre los elegantes trajes negros.

—Brenda… —murmuró con voz helada.

—Oh, he olvidado decirte su apellido, ¿verdad? —preguntó Slade en tono cordial—. Brenda Meredith. Hace varios años que la conozco. Trabajó en Fénix antes de mudarse a Tucson.

—¿Dónde trabajaba en Fénix?

—En York Instruments —respondió Slade.

—Comprendo.

—¿Sí?

—Me gustaría que no dijeras eso —afirmó Carla indignada.

—Lo siento.

—A pesar de tu intención de ser razonable esta noche, te sigues comportando como una persona inmadura. ¿Vendrás a cenar o no?

—Estoy hambriento —le cogió del brazo y la condujo hacia el restaurante del hotel.

—No debes preocuparte por Brenda —dijo Slade con cautela después de sentarse.

—No me preocupa en lo más mínimo. Parece ser una mujer capaz, de cuidarse sola —Carla cogió la carta y comenzó a leerla.

—¿No te interesa saber todo sobre mi… relación con ella? —le preguntó Slade con voz serena.

—En absoluto. ¡Creo que ella ha manifestado claramente la relación que tiene contigo!

—Es sólo una amiga, Carla —su voz áspera tenía un matiz conciliador—. Tú sabes cómo son los viejos amigos…

Ella dejó la carta encima de la mesa y enfrentó su mirada penetrante con decisión.

—¡No me preocupan tus viejos amigos, Slade York! ¡Pero quiero que sepas que si me has seguido hasta aquí para mantener una conversación civilizada sobre nuestra relación, puedes olvidarte de invitar a Brenda Meredith a que nos acompañe! A ella no le interesan nuestros problemas. ¡Deshazte de ella!

Capítulo 11

La expresión de Slade se mantuvo serena. Éste dejó el menú y estudió sus rígidas facciones. —¿No eres que, eres tú la que parece menos civilizada y razonable? Ya te he explicado todo sobre Brenda, Y tú has dicho muchas veces que confiás en mí.

—¡Esto no tiene nada que ver con la confianza…! —Carla se detuvo inmediatamente al comprender que estaba hablando del mismo modo que él—. Quiero decir… —continuó decidida— que si es cierto que has venido para hablar conmigo, no tiene sentido que esté presente Brenda.

—¿No querrás que sea grosero, verdad?

—Estoy segura de que con toda tu experiencia como presidente de una compañía tendrás recursos diplomáticos al alcance de tu mano.

—Trataré de solucionarlo tan bien como tú lo has hecho con Crispin y con ese tipo que estaba hablando contigo hace un instante —le dijo él suavemente.

—No te burles de mí, Slade. Esto es serio.

—Estoy de acuerdo. ¿Puedo elegir el vino?

—Siempre que elijas un Cabernet o un Zinfandel.

—Tu confianza en mi gusto me ha dejado sin aliento —comentó Slade.

Carla se esforzó por controlar su actitud. Sabía que había reaccionado muy mal ante la presencia de Brenda y no tenía motivos. Aquella mujer era una amiga de Slade.

Durante la cena, Carla trató de conservar la apariencia amable y se sorprendió al comprobar que Slade mantenía una actitud civilizada

con mucha naturalidad. ¿Se habría disipado su enojo por lo ocurrido con Vance Ramsey?

—Creo que hay una exhibición sobre la técnica de los círculos de calidad por la mañana —señaló él—. Tal vez asista si estoy aquí. Así podré juzgar mejor tu trabajo con ese sistema.

—Excelente idea —aprobó Carla—. Yo también asistiré a esa exhibición.

Mientras se dirigían al salón, Carla sintió que había recuperado el control. ¿Cuándo comenzarían a hablar de la razón que le había impulsado a perseguirla a Tucson? Hasta ese momento sólo habían hablado sobre el trabajo.

Apenas terminaron de sentarse en una pequeña mesa, Brenda Meredith surgió de la oscuridad.

—¡Pensé que nunca llegaríais! —exclamó complacida. Vance Ramsey estaba a su lado—. Vance, querido, baila con Carla. ¡Hace años que no puedo bailar con Slade!

Carla vio que Slade la seguía y comprendió el mensaje de sus instintos. Deseaba marcarlo a fuego para que ninguna mujer se atreviera a acercarse a él. Ella deseaba…

—¿Bailarás conmigo, Carla? —Vance interrumpió sus pensamientos y extendió una mano hacia ella.

Carla no podía dejar de mirar a la otra pareja. Brenda reía, alegremente ante la mirada atenta de Slade.

—Tengo la impresión de que York es algo más que tu jefe —dijo Vance mientras la abrazaba—. Pero parece muy feliz con Brenda. ¿Puedo pensar que aún no se ha adueñado de ti?

Carla irguió la cabeza con ira.

—¡Qué terrible impresión! ¡Yo no soy propiedad de Slade! Él es mi jefe por ahora, y no lo será por mucho tiempo.

—Está bien —dijo Vance—. Quería estar seguro antes de cometer un error.

Carla esbozó una sonrisa forzada.

—Brenda es una vieja amiga.

—Brenda es amiga de muchos hombres —comentó Vance con sarcasmo—. Espero que sea mi amiga uno de estos días. A menos que tú no lo permitas.

Carla contuvo una réplica violenta. Observó el rostro de Brenda apoyado contra la chaqueta gris de Slade y sonrió brevemente.

Vance la atrajo hacia él y la estrechó contra su cuerpo. Carla no se resistió y comenzó a experimentar un placer extraño al advertir la mirada de Slade.

Brenda logró persuadir a Slade para que siguieran hablando y Carla decidió permitir el mismo privilegio a Vance. Unos minutos después, las dos parejas se dirigieron a la mesa.

Carla se apresuró a sentarse, ansiosa por evitar el roce de las manos de Vance sobre su espalda desnuda.

¿Qué le estaba ocurriendo? ¿Acaso sentía celos?

Vance se sentó muy cerca de Carla y ésta observó que tampoco Brenda se separaba de Slade. ¿Qué estaba haciendo Slade? Se suponía que esa noche estaba con ella.

—¿Sabías que Carla cambiará de trabajo pronto? —preguntó Vance volviéndose hacia Brenda. Él no parecía preocuparse por decidir cuál de las dos mujeres conquistar, lo único que le importaba era asegurarse una agradable velada.

—¿Dejarás de trabajar para York?

—Es muy probable —contestó Carla secamente.

—Me gustaría poder convencerla de que hay otras posibilidades en el mundo —bromeó Vance.

—Le diré algo que le ayudará —bromeó Slade—. Es muy dura negociando.

—¡Slade! —exclamó Carla mientras Slade pedía una copa para Brenda.

—Lo recordaré —bromeó Vance divertido.

—No trate de negociar con ella —prosiguió Slade cuando el camarero se alejó de la mesa— Sólo acepta las condiciones que le son favorables.

—¿De qué estáis hablando? —preguntó Brenda.

—Ella dirigió las negociaciones cuando Chapman me vendió su empresa.

—¿Tú dirigiste las negociaciones? —preguntó Vance con expresión incrédula.

—Es una mujer de negocios muy agresiva y testaruda —dijo Slade con voz suave.

—El señor York se está burlando de ti, Vance —dijo Carla, levantando la copa y enfrentando la mirada de Slade.

—El señor York nunca se burla de los rivales —replicó Slade—.

Deja esa táctica para otros.

—¡El señor York prefiere métodos más directos tales como las artes marciales! —exclamó Carla.

—Las mujeres han perdido la delicadeza.

—Ese comentario sólo lo hacen los hombres que no saben tratar a la mujer sobre la base de la igualdad.

—Esa acusación es la última defensa intelectual que le queda a una mujer que no tiene otra alternativa.

—¡Al menos tiene el mérito de ser una defensa intelectual y no una demostración de fuerza bruta! —exclamó Carla.

—¡La señorita Nevin no tiene una buena opinión de las emociones primitivas y los instintos!

—El señor York piensa que esas emociones deben ser aceptadas simplemente porque existen. No considera el uso del comportamiento racional como un medio para controlar esas emociones y permitir que exista una relación más profunda.

—¡La señorita Nevin considera profunda una relación cuando ella puede ejercer él control! —afirmó Slade.

Sin preocuparse por las miradas atónitas de Brenda y Vance, Carla replicó:

—Como la mayoría de los hombres, el señor York no concibe la idea de que una mujer domine algo.

—La señorita Nevin ha experimentado recientemente el gusto del poder y se ha entusiasmado —dijo Slade.

—¡El señor York teme haber creado un monstruo!

—¡No tengo dudas sobre ello! —admitió Slade.

—Siempre son suyos los méritos de todo lo que ocurre.

—También acepto mis responsabilidades. Al haber creado un monstruo estoy obligado a domarlo.

Brenda apretó la mano de Slade con desesperación.

—Dejad de discutir, por favor. Vamos, Slade.

Carla contempló a su víctima mientras se alejaba y trató de evitar la mirada de Vance.

—¿Te gustaría bailar, Carla?

Ella advirtió que Vance estaba sorprendido.

—Me encantaría —le dijo con malicia.

—¡Diablos! —balbuceó él sosteniéndola con cautela—. Vosotros dos no os lleváis muy bien, ¿verdad? Ahora entiendo por qué estás

buscando otro trabajo.

Carla, permaneció en silenció, con los ojos fijos en la otra pareja.

Un rato después, Slade dirigió una mirada a Carla, que estaba sentada muy cerca de Vance, esta vez por su propia voluntad.

—¿Podrás dejar a tu amigo por un rato para honrar a tu jefe, Carla?

—La pregunta es si tu amiga podrá quitar las manos de ti para que puedas bailar —replicó Carla en tono burlón.

—Estoy seguro de que los dos nos disculparán —Slade miró a Vance y a Brenda y cogió a Carla por la muñeca.

Él la abrazó con fuerza.

—No pareces muy segura —bromeó Slade cuando Carla tropezó contra él—. Quiero decir, teniendo en cuenta que eres una bailarina; y…

—¡Creo que podré bailar si dejas las exhibiciones de judo para un momento más apropiado!

—¿Sabe el pobre Ramsey que no volverás a su habitación con él esta noche o le seguirás incitando hasta que se produzca una gran escena? —le preguntó él con voz suave.

—¡El único que está haciendo una escena esta noche eres tú! —replicó Carla con los dientes apretados—. ¡Y creí que habías venido para ser razonable!

—He tratado de serlo. Tú te has comportado como una gata endemoniada desde la aparición de Brenda.

—Estoy segura de que me perdonarás cuando te explique que he tenido un día muy agitado. Creo que todo ha empezado esta mañana cuando he descubierto que el hombre que me había propuesto matrimonio había cambiado de idea.

—Y encima de eso, tú no habías dormido mucho la noche anterior, ¿verdad?

Carla ignoró su burla. ¿Qué otra cosa podía hacer?

—Todo este lío se ha montado al aparecer tú diciendo que me habías seguido para discutir nuestra relación de una forma razonable. Pero no has tenido oportunidad de hacerlo porque has estado ocupado con tu amiga.

—Estás levantando la voz —señaló Slade—. ¿Por qué no vamos afuera a seguir la discusión?

—¿Queda algo por discutir? —preguntó Carla con sarcasmo.

—Tu comportamiento —suspiró Slade.

Sin darle la posibilidad de decir nada, Slade la condujo hacia el jardín, donde había una gran piscina.

—Siempre terminamos en el mismo lugar. Es nuestro destino.

—Si vas a recordar la noche anterior nuevamente…

—No, no lo haré. Me refería a la noche en el club cuando firmamos los papeles, ¿recuerdas?

—¿Cómo podría olvidarlo? —balbuceó Carla—. En cuanto a Brenda…

—¿Qué sucede con ella? Te he dicho que es nada más que una amiga…

—¡Se comporta como una verdadera amante!

—Si tú lo ves así… —comenzó a decir Slade mientras caminaba sobre el borde de la piscina.

—Por supuesto.

—Bueno, honestamente, no puedo culparte —admitió Slade—. A mí no me gustan tus viejos amigos; tampoco alguno de los nuevos —agregó con sinceridad.

—¡Mis sentimientos sobre Brenda son diferentes de tus celos egoístas!

—Mentirosa —gruñó él.

—Slade York, no voy a seguir escuchándote. O te deshaces de esa mujer o yo…

—¿Tú qué? —preguntó él con fingido interés—. No creo que puedas hacer mucho si quieres conservar tu absurda creencia en una relación pura, una relación que no se ensucia más que con emociones posesivas y celos.

Carla le contempló furiosa. ¿Cómo se atrevía a sugerir que sus sentimientos estaban motivados por impulsos posesivos que él consideraba normales?

—Según veo —continuó Slade con la mirada perdida— tú no quieres darme los mismos derechos y privilegios que me reclamas para ti. De otra forma, tu sistema filosófico se derrumbaría, ¿verdad?

—¡Slade York! —dijo Carla con voz profunda—, ¡eres un demonio arrogante y ya te he aguantado más de un mes!

De pronto, Carla extendió los dos brazos y, con todas sus fuerzas, empujó a Slade a la piscina.

Él cayó con un grito ahogado que se interrumpió cuando se hundió

debajo del agua.

Carla permaneció en el borde contemplándole con una sensación de femenina satisfacción. Pensó que algunas cosas en la vida eran dignas de intentarse a pesar de los riesgos. Un instante después, Slade salió a la superficie y sacudió la cabeza.

Carla advirtió que él estaba muy furioso.

La necesidad de empujarle había sido irresistible. Carla no perdió tiempo en arrepentimientos, pero después de contemplar sus amenazadoras facciones, se alejó apresuradamente.

Sin pensar en su dignidad o en el peligro de torcerse un tobillo, atravesó el jardín y fue al salón.

Miró hacia atrás y vio que Slade había salido de la piscina y estaba tratando de quitarse la chaqueta empapada.

Carla subió al segundo piso del hotel y buscó las llaves cuando llegó a la puerta de su habitación. Podía oír los pasos de Slade mientras sus dedos temblorosos colocaban la llave en la cerradura.

—No podrás hacerlo —murmuró Slade mientras se aproximaba a la puerta—. Y aunque lo hicieras no serviría de nada. Tengo otra llave.

Carla se volvió hacia él bruscamente.

—¡No me digas que eres la clase de persona que busca venganza por una insignificante…! ¡Slade!

Él abrió la puerta con violencia y la empujó hacia adentro. Luego cerró golpeando la puerta con el pie.

Carla recuperó el equilibrio y se apartó de él con decisión. Slade se quitó la corbata con impaciencia. Después comenzó a desabrocharse la camisa.

—¿Qué estás haciendo? —preguntó ella—. ¡Puedes ir a tu habitación si quieres cambiarte de ropa!

—Tengo problemas más importantes en este momento —respondió él, arrojando la camisa húmeda al suelo. Luego se agachó y se quitó los zapatos.

—¿Tienes algún, problema?

Él alzó la cabeza.

—Debo demostrarte que soy un hombre razonable.

—¿De qué estás hablando, Slade? ¡Estás mojando el suelo! —agregó confundida.

—¿Quién tiene la culpa?

—Escúchame, Slade York…

—Eso es lo que pensaba hacer. Escucharte. Espero que me expliques por qué me has empujado a la piscina…

—¡Ya te lo he explicado! ¡Lo he hecho antes de empujarte!

—Quiero la verdadera razón —la corrigió él en tono sereno.

—¡La única razón ha sido tu despreciable comportamiento!

—Y después de esta pequeña discusión, nos iremos juntos a la cama como dos seres racionales que han logrado comunicarse.

Carla advirtió que Slade había ido al baño para quitarse los pantalones. Pero la estaba mirando desde la puerta y no tenía posibilidades de escaparse.

—Empecemos de nuevo —sugirió él al salir del baño envuelto en una toalla. Luego se sentó en una silla junto a la puerta y la miró con los ojos entrecerrados.

—No tienes ningún derecho a estar aquí. ¡Exijo que te vayas inmediatamente!

Él alzó las manos con gesto reprobatorio.

—¿Por qué me has empujado a la piscina?

—¡Porque eres el hombre más provocador que he tenido la desgracia de conocer! —replicó Carla indignada.

Slade movió la cabeza y apoyó la espalda contra el respaldo.

—No es suficiente. Continúa.

—¡Es la mejor explicación que tendrás!

—Tonterías. Puedes darme una mejor. ¿Quieres que te ayude? Tú has llegado aquí muy nerviosa, ¿verdad? Aún estabas molesta por lo de anoche y por mi comportamiento esta mañana, ¿na es verdad?

—¡Tenía derecho a estar disgustada! —le recordó Carla en tono acusador.

Él se encogió de hombros.

—Quizá. Como te he dicho esta mañana, ha habido un mal entendido. Pero ya lo hemos aclarado. De cualquier manera, tú estabas muy alterada esta noche. No has dormido lo suficiente en las últimas horas y has conducido una larga distancia esta tarde.

—Parece que estás justificando mi conducta. Nunca podré entenderte.

—No. Estoy explicando la razón por la cual se han derrumbado tus defensas. Estabas tensa, te sentías atrapada…

—Y tú has contribuido a empeorar mi estado.

—De acuerdo. Te entiendo perfectamente. —Eres muy

comprensivo…— bromeó Carla.

—Trato de serlo, y eso es lo que pretendía demostrarte cuando ha aparecido Brenda. Entonces has empezado a perder el control, ¿verdad? Te he dejado todo preparado. Lo único que debes hacer es terminar la historia con una explicación sobre tu absurda actitud hacia mi vieja amiga.

—¡No ha sido una actitud absurda! ¡Tú dijiste que habías venido para hablar conmigo y todo lo que hiciste fue cortejar a esa mujer!

—¡Estabas celosa! —exclamó Slade.

—¡No!

—¡Sí, demonios, y haré que lo admitas aunque sea lo último que consiga!

Slade se levantó súbitamente y avanzó hacia Carla, que trató inútilmente de retroceder.

—¡Dímelo, Carla! —le ordenó él—. ¡Dime exactamente qué ha pensado esa cabecita loca toda la noche!

—¿Por qué no le has dicho que se marchara, Slade? —preguntó ella furiosa.

—¿Por qué tendría que haberlo hecho? —replicó él—. ¡Tú no has dejado plantados a tus viejos amigos!

Carla era consciente de que estaba demasiado alterada, pero era incapaz de controlarse. Alzó la mano para darle una bofetada, pero Slade atrapó su muñeca en el aire, ignorando su ataque desesperado.

—¿Por qué estás tan sensible esta noche, Carla Nevin? —murmuró él acercándola hacia su cuerpo—. ¿No confías en mí?

Carla levantó la cabeza y exclamó:

—¡Eso es otro problema! ¡Se supone que tú eres mío, Slade York! ¡No tienes que cortejar a otras mujeres, maldito seas! ¡Debes decirles que ya no estás disponible! ¡No tolero que otras mujeres te miren y que tú les sonrías! ¡No me importaba con Drew! ¡Me alejé de él sin lamentarlo! ¡Pero no podría hacer lo mismo contigo!

—Y eso te asusta, ¿verdad? —sugirió Slade mientras contemplaba su rostro con una mirada posesiva—. ¡Eso te asusta!

—¡Sí! ¡Claro que sí! ¡Porque no quiero ser destructiva! No quiero… —se detuvo para controlar el llanto.

—No quieres que se repita lo ocurrido en tu primer matrimonio — concluyó Slade abrazándola—. Querida, ¿no ves que no es lo mismo? Nosotros compartimos una pasión que exige todo, pero no es

destructiva, es protectora. Nuestros instintos reconocen la necesidad de proteger nuestra relación. No somos niños. Somos adultos y tenemos la inteligencia necesaria para saber lo que es razonable. ¡Por Dios, confía en ti y confía en mí!

Carla apoyó su rostro contra el pecho de Slade y enjugó las lágrimas con una sensación maravillosa de alivio.

—Lamento haberte empujado a la piscina —balbuceó un momento después.

—Yo también deseaba empujarte. Necesitábamos algo para aliviar la tensión —dijo abrazándola con fuerza—. Además lo merezco por haberme regocijado toda la noche.

—¡Regocijado!

—Claro. Cada vez que veía el fuego que ardía en tus ojos, me felicitaba por la forma en que estaba usando a Brenda.

—Malvado.

—¿Por aprovecharme de Brenda?

—¡No, por atormentarme!

—Ah, bueno, tú has utilizado a Ramsey con mucha efectividad.

—Tú no parecías muy preocupado —le acusó ella.

—Tenía un objetivo más importante en mente esta noche —bromeó él.

—¿Planeaste todo antes de llegar? —preguntó Carla.

—No, he venido hasta aquí guiado por los instintos y porque me sentía muy mal por haber sido tan cruel contigo —dijo él.

—Sí, esta mañana tu comportamiento ha sido despreciable —le reprochó Carla con sarcasmo.

Slade ignoró su comentario.

—Cuando ha aparecido Brenda, he advertido el brillo de tus ojos y he pensado que no podía desperdiciar una oportunidad como ésa.

—Bueno, me alegra que hayas disfrutado esta noche porque no voy a permitirte más juegos —le dijo Carla enfáticamente.

Él inclinó la cabeza y le besó la oreja mientras le acariciaba la espalda.

—¿Qué significa eso?

—Significa que ya es hora de que vuelvas a tu habitación.

—¿Estás bromeando? —preguntó Slade con cautela.

—No.

—¿Entonces qué quieres decir? ¡No tengo ninguna intención de

dejarte sola esta noche y tú lo sabes!

—Aprendí la lección anoche, Slade —contestó Carla mirándole fijamente.

—¡Dios mío! —suspiró Slade—. ¡No me digas que aún temes que no me case contigo! ¡Ya te he explicado lo ocurrido esta mañana! Carla, debes comprender que debo casarme contigo. ¡Eres una parte de mí! ¡Quiero que seas mía y de nadie más!

—Es maravilloso escuchar tus palabras, pero no es lo que me preocupa —Carla sonrió con expresión divertida—. Sin embargo, no quiero interrumpirte, me gustan esa clase de declaraciones…

—¿Por qué no me dejas dormir aquí esta noche? —murmuró él con voz profunda, mientras le acariciaba el rostro—. Cariño, tú no tienes miedo de mí, ¿verdad? ¿Aún temes que te trate como lo hice en el club campestre? Confia en mí, nunca volverá a suceder…

Una sonrisa se dibujó en los labios de Carla. ¿Qué le sucedía a Slade? ¿Nunca conseguiría entenderle?

—Anoche aprendí que hay un cierto poder en la relación física —dijo ella lentamente—. Y me gustó.

—¿El poder o el sexo? —murmuró él, divertido.

—Las dos cosas —contestó Carla—. Pero esta noche quiero experimentar el poder.

Los ojos de Slade brillaron profundamente.

—¿Vas a decirme que usarás el poder sobre mí?

—¿Por qué no? ¿Tienes idea de lo maravilloso que es sentir que puedo dominarte? ¿Saber que harás lo que te ordene aunque tengas que tomar otro baño helado para enfriarte? Tenías razón cuando le has explicado a Brenda y a Vance lo peligroso que podía ser el poder en manos de una mujer. Me gusta. Es un elemento de mi naturaleza que sólo había gozado en los negocios y en la danza.

—¡He creado un monstruo! —exclamó Slade.

Los ojos de Carla brillaron con malicia.

—No te preocupes, querido Slade. Cuando nos casemos yo te llevaré a la cama de nuevo, pero hasta que eso ocurra, estarás atrapado en las redes de una mujer.

—No sé si hablas en serio o estás burlándote de mí —señaló Slade con voz profunda—. Pero te aseguro que antes de que amanezca eso no tendrá importancia. No tengo intención de regresar a mi habitación.

Capítulo 12

Carla se apartó de él y le miró con expresión divertida.

—Buenas noches, Slade. Nos veremos por la mañana. La —primera conferencia empieza a las ocho y…

—Carla, cariño —la interrumpió Slade—. Deja de bromear.

—¿Por qué piensas que estoy bromeando?

—Ven aquí, pequeño diablo —le ordenó él sin moverse.

—Estás equivocado, Slade —murmuró Carla—. Soy yo quien da las órdenes esta noche, ¿recuerdas? ¿No recurrirás a la fuerza como la noche que me llevaste a casa después de la fiesta?

—Me estás provocando y no sé por qué —gruñó Slade acercándose hacia ella.

Carla se estremeció.

—No estoy de humor para esto.

—Tu humor no me preocupa en este momento —señaló él.

Carla intentó escapar pero fue inútil. Slade la abrazó y la estrechó contra su pecho desnudo.

—¡Suéltame, Slade!

—No te soltaré, aunque hubiera una buena razón para hacerlo.

La besó apasionadamente. Eso era precisamente lo que Carla había deseado durante toda la noche, aunque hubiera tratado de negarlo.

Ya era demasiado tarde para detenerle. La boca de Slade la quemaba, su lengua buscaba los labios de ella con codicia. De repente, él desabrochó la cremallera del vestido y lo dejó caer hasta la cintura.

—Slade, espera…

Carla intentó protestar pero la boca de Slade le impidió continuar

mientras todo su cuerpo le demostraba que él no estaba interesado en las explicaciones. Ella tembló estremecida al sentir el roce de sus dedos sobre los senos.

—¡Dios mío, Carla! —exclamó Slade—. ¿Cómo has podido pensar que después de la última noche yo te dejaría dormir sola?

—Slade, escúchame, yo solo…

—Cállate, querida —le ordenó él secamente, y la llevó en brazos a la cama—. Te daré otra lección sobre la relación entre el poder y el sexo.

—¿Me estás amenazando? —preguntó Carla, indignada.

—¿Cómo lo has adivinado? —preguntó él con fingida admiración mientras se quitaba la toalla.

Carla contuvo el aliento.

—Anoche descubriste que podías lograr que yo respondiera. Hoy daremos un paso más. Descubrirás que tu cuerpo ha sido hecho para mí.

Carla balbuceó una protesta pero sus palabras se ahogaron cuando él terminó de quitarle el vestido y comenzó a acariciarla.

—Mi dulce Carla —musitó apoyando el rostro en sus senos—. Eres mía, ¿no lo sabes? Has sido mía desde el primer momento que te vi.

Carla escuchó sus palabras y comprendió que Slade iba a revelarle el poder que tenía sobre ella.

—¡Slade, mi querido Slade!

Slade irguió la cabeza y la contempló con los ojos entrecerrados.

—¿Harías que me fuera a mi habitación si pudieras?

—¡Demonios! No conseguirás lo que buscas —balbuceó ella con voz trémula.

—Sí, pequeña —afirmó él con arrogancia—. ¡Tendré todo lo que deseo esta noche! ¡Y también lo que aún no me has dado!

Los labios de Slade iniciaron un lento descenso desde los senos hacia el abdomen mientras ella enredaba los dedos en su pelo.

—Oh…

La mano de Slade le acarició los muslos provocándole temblores incontenibles.

—Eres flexible como una gata y yo quiero tener todo de ti —musitó Slade mientras le besaba el cuello.

Un instante después sintió que la espalda de Slade se ponía rígida al acercarse el momento de la íntima unión.

—Oh, por favor, Slade…
—¿Qué quieres, pequeña? —murmuró él en tono insinuante.
—Tú sabes lo que quiero. ¡Todo de ti!
—¿Entonces te has rendido? —bromeó Slade.
—¡Me he rendido! —balbuceó ella.
—Ésa es una de las cosas que busco esta noche…
—¡Slade, deja de bromear! —le suplicó Carla clavándole las uñas.
—No estoy bromeando. Hablo en serio.
—¡Llámalo como quieras, pero por favor, ámame!
—Lo haré —dijo él—. Pero tú tendrás que amarme también.
Ella se sobresaltó.
—Te amo desde hace muchos días —murmuró Carla con desesperación—. Quizá desde que empezamos las negociaciones. ¡Dios! ¡Cuánto te quiero!
—Nunca me lo has dicho.
—¡No me digas que no lo sabías! —gimió ella en tono insinuante —. Creí que podías entenderme tan bien…
—Algunas cosas hay que decirlas —observó Slade bruscamente.
—Entonces es hora de que tú también las digas.
—Te quiero. Te he querido desde el primer día. Mi amor y mi pasión son inseparables. Te quiero y te deseo. Debo tenerte para seguir viviendo. ¿Lo entiendes, querida?
—Oh, sí, Slade —murmuró Carla, emocionada—. Lo entiendo porque a mí me ocurre lo mismo.
—Ahora que he conseguido que te rindieras, quiero el premio que he ganado.
—¡No es una rendición…! —su protesta se quebró cuando él se adueño de su cuerpo—. ¡Slade…!
Después de eso ya no deseaba resistirse. Deslizó las manos por la espalda de Slade, y sintió un profundo placer.
El también manifestó su satisfacción con un gemido apasionado.
—¿Satisfecho con tu monstruo domado? —bromeó ella acariciándole con la pierna.
—Temo que dominarte me llevará toda la vida —dijo él divertido con los labios contra su pelo—. ¿Me quieres?
—¿Aún tienes dudas?
—No, pero me gusta escucharlo.
—Te quiero —los senos de Carla rozaron su pecho—. ¡Te quiero, te

quiero!

—Bien —dijo él complacido—. Ahora dime por qué lo hiciste.

—¿A qué te refieres? —preguntó Carla inocentemente.

—Te olvidas de que después de un mes de negociaciones, sé cómo trabaja tu mente. ¿Por qué me has obligado a dominarte esta noche?

—¿Te he obligado? ¡Creí que era el único papel que se ajustaba a tu carácter!

—¡Gracias! —exclamó Slade—. Debo admitir que es verdad, pero he pasado varios días enseñándote cómo se siente el agresor. Y tú has reconocido que te gustaba.

Ella sonrió divertida y le acarició el pelo.

—Si me hubieras dejado explicarte…

—Las cosas habían llegado demasiado lejos para explicaciones —señaló él secamente.

—Sí, bueno, mi razonamiento era simple. Quería que supieras que no necesitaba seguir controlándote. ¡No deseaba ser tratada con tanta delicadeza! Él rió a carcajadas.

—Oh, tonta. Ya deberías saber que puedo dominarte bien —4e recordó él con su arrogancia habitual—. De todas maneras, me alegro de que no te asustaras la noche que practiqué el judo para dominarte… ¡Pensé que había perdido la única oportunidad! ¡Nunca he sentido tanto alivio como cuando aceptaste que te cortejase!

—Yo también me sentí aliviada —dijo ella.

—¿Sí?

—Bueno, no sabía cómo hacer para controlarte durante tres meses, y pensé que la situación no sería tan difícil si te acostumbrabas a una relación más rutinaria.

—Lo imaginé, pero todo lo que posibilitara verte con frecuencia valía la pena.

—¿Qué hubieras hecho si no aceptaba?

—Hubiera encontrado otra excusa para verte en el trabajo. Tarde o temprano te haría probar mis comidas y lograría seducirte.

—¡Una buena táctica! —murmuró ella.

—¡Podría haber conseguido lo que quería si no hubieras huido tan deprisa esta tarde!

—¡Oh…!

—¿Qué sucede?

—¡Acabo de recordar a Brenda y a Vance! ¡Deben estar

preocupados por nosotros! —bromeó Carla.

—Creo que se habrán imaginado dónde estamos —dijo Slade sonriendo—. En cuanto a los planes para este fin de semana…

—¿Sí, señor York?

—Voy a sugerir un cambio de itinerario.

—¿No deseas asistir a la conferencia sobre los círculos de calidad? —preguntó ella sorprendida.

—Preferiría hablar sobre los planes de nuestra luna de miel.

—Hay un descanso programado para las diez, después de la primera de las conferencias.

—Tonta. ¿No has dicho que yo soy el que domina? ¿Crees que pasaré los próximos días escuchando conferencias?

—¿Regresarás a Fénix y me esperarás hasta el domingo?

—¡Te ataré al volante de tu Fiat, te señalaré la dirección y te seguiré hasta tu casa!

—¿Y cuando lleguemos?

—Te llevaré a volar y haré que pruebes una deliciosa lasaña —afirmó él con decisión—. Luego volaremos nuevamente.

—¿Nuevamente?

—Sí, pero entonces no necesitaremos un planeador.

—Oh, entiendo.

—Me alegro.

—Una semana después, cuando Carla estaba tomando el sol, tendida sobre una hamaca, murmuró:

—Otra vez estamos en una piscina.

—¿Qué esperabas? —preguntó Slade cogiéndole la mano sin abrir los ojos—. Hay muchas piscinas en Fénix.

—Lo sé, pero estoy empezando a pensar que hay mucho de simbólico en ello.

—Al menos ésta es mi piscina —bromeó él satisfecho—. Aquí hay intimidad.

—Es el lugar apropiado para una discusión de negocios —dijo Carla.

—Se supone que estamos en nuestra luna de miel —le recordó Slade con sarcasmo.

—Sí, es por eso por lo que he iniciado la discusión. Los hombres son más dóciles en estas circunstancias.

—Quieres hablar sobre esos círculos de calidad, ¿verdad?

—¿Cómo lo has adivinado?

—No es justo, Carla —señaló él en tono reprobatorio.

—¿No usarás ese argumento para detenerme?

—No —suspiró Slade.

—Necesito seis meses de experiencia con ellos, Slade.

—Convinimos tres.

—No es suficiente. Sólo se habían puesto en práctica cuando te hiciste cargo de Chapman Inc. Seis meses es el tiempo mínimo que debes aceptar para el experimento.

Slade cerró los ojos para protegerlos del sol.

—: ¿Qué obtendré a cambio si te doy seis meses?

—Tendrás unos empleados más eficientes —afirmó ella con convicción—. Y mejoraremos el control de calidad.

—No es suficiente. Puedo lograrlo de otra manera.

Ella vaciló.

—Veamos. ¿Qué deseas a cambio de los seis meses?

—Deseo una garantía de cooperación en la implementación de las reducciones de costos programadas…

—¡Imposible! Algunos de los programas costarán el doble de lo que se espera que ahorren. ¡Nuestro personal no está preparado para las tareas que propone tu asesor!

—Sus ideas merecen la mínima consideración que tú exiges para los círculos de calidad —argumentó Slade.

—¡De acuerdo! Seis meses y seis meses. Después de ese período voy a tener el placer de demostrar que mi tiempo ha producido mejores resultados que el tuyo.

—Estoy seguro de que así será —admitió él con voz serena.

—¿Por qué te estás riendo?

—Por nada en especial.

—¡Oh, sí, quiero saberlo! —Carla cogió un trozo de hielo y se lo metió a la boca.

—¡Diablos! —Slade se levantó de un salto y corrió detrás de ella.

Carla ya se había tirado a la piscina.

—¡Ven aquí, pequeña…!

Un instante después, Slade la persiguió en el agua hasta que logró agarrarle el tobillo. La hundió en el agua con firmeza y luego la soltó, riendo a carcajadas al verla contener el aliento.

—Te sumergiré conmigo si vuelves a hacerlo —le advirtió Carla.

Slade la miró con expresión burlona.

—¡Dime de qué te ríes, Slade York!

—¿No lo adivinas?

—¡Tratándose de ti puede haber muchas razones!

—Me río porque acabas de negociar para quedarte seis meses en lugar de tres —le dijo él.

—¡Oh!

—¿No te habías dado cuenta de eso?

—¿Lo has planeado tú? —preguntó ella con fingida admiración mientras sus manos trazaban círculos sobre el agua.

—Digamos que he esperado la oportunidad propicia.

—Supongo que tu habilidad para manejar a la gente es una de las razones por las que eres mi jefe —murmuró ella con ingenuidad.

—Quizá —asintió Slade deslizando los dedos sobre el traje de baño de Carla.

—Recuerda que dentro de siete años tendré más experiencia en esta clase de negociaciones. ¡No seré una presa tan fácil!

—Sí, señora —dijo él amablemente mientras le quitaba el traje de baño con movimientos precisos.

—¡Slade! —protestó ella al ver que se había quedado completamente desnuda en el agua. Interiormente estaba satisfecha de saber que su esposo nunca la vería como una amenaza si alcanzaba el éxito. Pero había otras cosas en la vida además del éxito.

—Recuerda que yo siempre tendré siete años más de experiencia —le advirtió él y se inclinó para besarla.

—No te servirá de nada —replicó ella con malicia—. Aprendo muy rápidamente y he nacido para los negocios. ¡Veremos quién conduce York Instruments dentro de siete años!

—¿Tienes pensado desterrarme a la cocina? —preguntó él sin poder contener la risa.

—Creo que eres más feliz allí —respondió Carla.

—Estás equivocada. Aquí es donde soy más feliz —murmuró Slade besándola apasionadamente.

FIN



Jayne Ann Castle Krentz es uno de los seudónimos utilizados por la autora estadounidense Jayne Ann Krentz.

Jayne Ann Castle Krentz (Borrego Springs, California, EE. UU., 1948) es una escritora estadounidense, autora superventas dentro del género de la novela romántica. J. A. C. K. (abreviatura que usan sus seguidores) ha llegado a utilizar hasta siete seudónimos distintos, Jayne explica que usa diversos nombres de manera que los lectores puedan rápidamente advertir qué clase de libro leerán. Actualmente ha decidido usar solamente tres de ellos: firma las novelas contemporáneas con su nombre de casada Jayne Ann Krentz, las novelas históricas con el afamado seudónimo de Amanda Quick, y las futuristas con el nombre de soltera, Jayne Castle. Los seudónimos que ya no utiliza son: Jayne Taylor, Jayne Bentley, Stephanie James y Amanda Glass, aunque la mayoría de esos libros han sido reeditados bajo su nombre de casada:

Jayne Ann Krentz.

Sus novelas han sido *best-sellers* en más de 30 ocasiones, 20 de ellas

consecutivas, según la prestigiosa lista del New York Times.

Prolífica autora, tiene publicados en total más de 140 libros, de los cuales están traducidos al español más de 75.